ÚLTIMAS CONVERSACIONES

No todo fueron rosas,
Teresa, en tu camino,
ni luces de alboradas jubilosas,
ni charlas amorosas
con tu Amado divino.
Conociste también noches oscuras,
y en el yunque de muchas amarguras
se forjó tu destino.

Emeterio García Setién

INTRODUCCIÓN
A LAS ÚLTIMAS CONVERSACIONES

Ya desde la primera edición de la *Histoire d'une âme*, en 1898, la madre Inés incluyó en el capítulo XII, después de los «Testimonios de las novicias», un gran número de dichos de Teresa bajo el título de «Últimas Conversaciones». Esta denominación se hará tradicional y aparecerá como subtítulo de las *Novissima Verba*, hasta que vuelva a ser adoptada como título en la edición crítica del Centenario.

Estos textos los debemos, en su mayoría, a las notas tomadas por la madre Inés de Jesús, que recogió unos setecientos veinticinco dichos de su hermana durante su última enfermedad (número que asciende aproximadamente a ochocientos cincuenta con los dichos de que han dejado constancia otros testigos).

1. A la cabecera de Teresa. Madre Inés de Jesús

En la primavera de 1897, la salud de Teresa se deterioró rápidamente. El 30 de mayo, la madre Inés siente una verdadera conmoción interior al conocer las dos hemoptisis del año anterior (Jueves y Viernes Santo de 1896; cf. Ms C 4v°/5r°). Por esa razón, el 2 de junio, la madre Inés sugiere a la madre María de Gonzaga que mande a sor Teresa que continúe la redacción de sus recuerdos (cf. Introducción a los *Manuscritos autobiográficos*).

Ella, por su parte, irá anotando las palabras de su hermana. ¿Pidió permiso para ello, en orden a poder redactar más adelante la «Circular necrológica»? Así lo afirma sor Genoveva en una nota manuscrita tardía. Sea como fuere, la

madre Inés, liberada de las preocupaciones del priorato desde marzo de 1896, no había esperado al mes de junio para comenzar. ¿Por qué?

Se pueden aventurar varias razones. Que la madre Inés, ya antes del 3 de junio, haya querido conservar algunas enseñanzas de Teresa para su consuelo personal, es algo que no ofrece ninguna duda. ¿No había recogido también sor Genoveva sus «recuerdos de una novicia», con el consentimiento de Teresa? Pero a partir del 4 de junio, la madre Inés se siente como en misión oficial. Ciertamente, ella no puede barruntar el «huracán de gloria» (para usar la expresión de Pío XI) que un día se desatará sobre Lisieux, pero se da cuenta de la excepcional madurez de su joven hermana. Es preciso mencionar también algunas razones familiares. Leonia, que se ve privada del trato directo con Teresa, escribe a Celina: «¡Cómo debe de perfumarte con sus virtudes! Si pudieses poner todo eso por escrito, ¡qué consolador sería para mí el tenerlo, pues yo no tengo, como vosotras, hermanitas queridísimas, la dicha de estar al lado de mi querida hermana» (18/7/1897). Dos días antes, la madre Inés había ya enviado a los Guérin varios dichos de Teresa, que le había oído en la enfermería (16/7). Otro tanto hizo sor María de la Eucaristía. Todas ellas tienen la impresión de que no hay que dejar que nada se pierda.

La madre Inés comienza, pues, su oficio de enfermera la noche de 5 de junio de 1897, mientras la comunidad canta los maitines de Pentecostés. A partir del traslado de Teresa a la enfermería, el 8 de julio, se instalará a su cabecera durante las horas del Oficio divino, de las recreaciones y siempre que las enfermeras (sor San Estanislao y sor Genoveva) estén ocupadas en otros menesteres.

A lo largo de estas visitas regulares, se va a reavivar una gran intimidad entre la enferma y su «*mamá*». A pesar de su gran debilidad, Teresa no se refugia en una regresión infantil, sino que «*ahora*» (cf. UC, pp. 48s, nota 113) Teresa se encuentra ya en tal estado de desapego, que puede vivir esa intimidad con absoluta transparencia. En el estado en que se encuentra, esas visitas son un gran consuelo para ella. Y son también de gran ayuda para la madre Inés, tan sensible y con-

mocionada ante la perspectiva de la muerte de su hermanita; y no duda en hacerle preguntas, a tiempo y a destiempo. Esta insistencia en provocar preguntas y respuestas –que a veces llega a resultar fastidiosa– tiene la ventaja de obligar a la enferma a precisar su pensamiento y tomar posición. Una auténtica indagación que Teresa compara con los interrogatorios sufridos por su hermana querida, Juana de Arco (CA 20.7.6). La madre Inés va acumulando así una información inigualable, cuya importancia histórica ella no podía entonces sospechar.

2. Sor Genoveva y las otras hermanas

Después de la madre Inés de Jesús, la más asidua en la enfermería es sor Genoveva. Duerme en una celda contigua. Sor San Estanislao, primera enfermera, por delicadeza y con el consentimiento de la priora, delega en ella sus facultades. En la enfermería, la enferma considera que la tarea de formar a su hermana aún no ha terminado, y las últimas conversaciones recogidas por su enfermera dan fe de esa perseverancia. Pero esto no le impide desahogarse libremente, al igual que con la madre Inés, y demostrarle su cariño. Sabiendo que la madre Inés toma abundantes notas de las palabras de Teresa, sor Genoveva se conforma con escribir las que la conciernen personalmente a ella y las que completan sus recuerdos de novicia (cf. CR, pp. 218-245).

El papel de sor María del Sagrado Corazón al lado de su ahijada aparece más desdibujado que el de sus dos hermanas. Sus diversos oficios le dejan menos tiempo libre. Gracias al permiso de la madre María de Gonzaga, puede pasar al menos las recreaciones en la enfermería y anotar algunos dichos de Teresa.

Sor María de la Eucaristía –prima carnal de Teresa e hija de farmacéutico– tomará también algunas notas; pero, sobre todo, enviará a sus padres verdaderos «boletines de salud», en los que ofrece una cantidad de informaciones de primerísimo orden[1].

[1] Publicadas en «Cartas de Testigos», en UC, pp. 600-693, y, extractadas, en JEV, pp. 241-262.

Por lo que se refiere a sor María de la Trinidad, ayudante de enfermera, es retirada de ese oficio cuando Teresa baja a la enfermería. Y se lamenta de ello amargamente. Su maestra la riñe y la consuela al mismo tiempo.

Evidentemente, todos estos testimonios conviene pasarlos por el tamiz de la crítica, dado que se trata de palabras y no de escritos.

3. Las sucesivas transcripciones de la madre Inés

Rehacer aquí la historia de las versiones transcritas por la madre Inés resultaría pesado, tan complicada es esa historia (cf. *Últimas conversaciones*, vol. I y II, Burgos, Monte Carmelo, 1973; y *Derniers Entretiens*, edición crítica del Centenario, 1971-1992). Baste aquí con resumir sus grandes etapas.

En 1910, la madre Inés testificaba así en el Proceso Ordinario: «Lo que acabo de decir sobre la última enfermedad y la muerte de sor Teresa del Niño Jesús es tan sólo un resumen muy incompleto de mis recuerdos. Durante los últimos meses de su vida, fui anotando, día a día, a medida que iba siendo testigo de ellas, las particularidades de la jornada, y sobre todo lo que decía. No podría completar mejor esta deposición que entregando al Tribunal un ejemplar de dichas notas». Y éstas aparecen a continuación en el PO[2].

En ese mismo sentido deponía sor Genoveva: la madre Inés de Jesús «escribía, en el mismo momento, lo que sor Teresa del Niño Jesús decía a las que se acercaban a su le-

[2] Pp. 181-220, bajo el título: «Fisonomía moral de sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa faz durante su última enfermedad, según sus *palabras textuales* recogidas por mí (sor Inés de Jesús) de labios de la Sierva de Dios y que puse por escrito en un cuaderno a medida que las iba pronunciando, lo cual parecía fatigarla y paralizaba sus desahogos, pero que ella me dejaba hacer con sencillez por no apenarme» (las cursivas son nuestras). Esta deposición se encuentra también en *Últimas Conversaciones. Anexos*, 1973; han sido reeditadas en francés con el título de *Derniers Paroles*, en la «Nouvelle Édition du Centenaire» (1992), en paralelo con las otras tres versiones principales de la Madre Inés (Cuaderno Amarillo, Cuadernos Verdes y *Novissima Verba*).

cho; lo escribía textualmente, tal como la querida enfermita lo iba diciendo» (PO, p. 305). Habla también de un cuaderno, pero cuarenta años más tarde, en los *Consejos y Recuerdos* (p. 208) precisó que se trataba de «hojas sueltas». Sólo se ha conservado una de esas hojas, arrancada de una agenda y que lleva la letra de la madre Inés (puede verse una reproducción, fuera de texto, en DE). Pero, más o menos rápidamente, ésta ha debido de pasar a limpio sus notas en un cuaderno.

Luego las utilizará en diversas ocasiones: para el capítulo XII de la *Historia de un alma*; luego, en febrero de 1909, en los cinco «Cuadernos verdes», para Mons. de Teil, vice-postulador de la Causa de Teresa; después, para su deposición en el Proceso Ordinario (cf. *supra*), que consta de 275 dichos. Esta versión, muy parecida a la de los «Cuadernos verdes», es la más hierática: de los dichos de Teresa tan sólo conserva los más edificantes y los que más se ajustan a los cánones de la santidad. Las Últimas conversaciones –al menos en parte– fueron, pues, incluidas en el Proceso de beatificación, tanto más cuanto que la madre Inés dará la misma versión en el Proceso Apostólico de 1915.

En orden a conservar para sí, en una forma definitiva, estos preciosos recuerdos, la madre Inés escogió tres cuadernos idénticos. En el primero de ellos transcribió las Últimas conversaciones, y en los otros dos los Manuscritos autobiográficos de su hermana. Debido a su encuadernación en cuero, el primero recibió el nombre de «Cuaderno amarillo». Encima del título figura la indicación «*Muy íntimo*». Este cuaderno estuvo en posesión de la madre Inés hasta su muerte. A veces lo sacaba del cajón de su mesa y leía un pasaje a las religiosas que venían a verla. Aunque fue transcrito veinticinco años después de la muerte de la santa, goza de una máxima proximidad a los hechos, ya que sustancialmente reproduce un primer cuaderno, hoy perdido, cuyo texto fue fijado hacia 1904-1905.

En 1927, obligada en cierta medida por las circunstancias (cf. UC, p. 89), la madre Inés publicó las *Novissima Verba, Derniers Entretiens de Sr Thérèse de l'Enfant-Jésus, Mai-Septembre 1897*, un librito que tuvo un gran éxito hasta la

fecha en que dejó de publicarse en 1960 (107 000 ejemplares, y traducciones a once lenguas).

Tras los trabajos del abate Combes sobre las *Cartas* (que aparecieron en 1948) y del P. Francisco de Santa María sobre los *Manuscritos autobiográficos* (1956), se hacía sentir también la necesidad de una nueva edición crítica de las *Últimas Conversaciones*. Éste fue el primer trabajo de la edición llamada «del Centenario», en la que se optó por la versión del «Cuaderno Amarillo» considerándola como la más completa: 714 dichos, de los que 327 son propios, mientras que las *Novissima Verba* sólo tenían un total de 362, los «Cuadernos verdes» 306 y el Proceso Ordinario 275. Un estudio en profundidad demostró que el «Cuaderno amarillo» es también, sin lugar a dudas, el más auténtico (cf. UC, pp. 101-110). Pero esta edición recogía, en un segundo volumen, toda la serie de testimonios recogidos por la madre Inés y las carmelitas de Lisieux[3].

4. El testimonio de la madre Inés ante la crítica

Es evidente que la madre Inés no pudo anotarlo todo. El Cuaderno amarillo es fragmentario. Y su afecto fraternal ¿no habrá distorsionado su testimonio, aunque sólo haya sido a la hora de hacer la selección? Muchas de las palabras dirigidas a ella fueron para ella «pequeños consuelos» y le sirvieron para su edificación personal, sobre todo al principio. Afortunadamente, muy pronto una finalidad histórica viene a modificar el proyecto inicial, aunque sin eliminarlo por completo. El 4 de junio, la madre Inés escribía a Teresa: «Yo seré tu humilde heraldo...». Y fiel a su papel, irá anotando, «a medida que se pronuncian», no sólo lo que le conviene sino también lo que la rebasa; no sólo lo que le gusta, sino también lo que la sorprende o la cuestiona.

---

[3] *Últimas Conversaciones con sus hermanas y testimonios diversos*, 2 vols. Trad. de Emeterio Gª Setién, Burgos, Monte Carmelo, 1973. El segundo volumen, en el que se contiene una sinopsis de las cuatro versiones de la madre Inés, ha sido reeditado en francés en 1992, en la «Nouvelle Édition du Centenaire», con el título de *Derniers Paroles*.

A veces toma sus notas a la vista de Teresa o pocos instantes después. La testigo tenía conciencia de lo que era autenticidad literal y autenticidad en cuanto al sentido. Para ayudar al trabajo crítico, podría enunciarse la siguiente «ley»: cuanto más breve, original, pintoresco, chocante es un dicho, tanta mayor posibilidad tiene de ser literal. Y a la inversa, cuanto más largo y más hermoso es un dicho, tanto mayor riesgo corre de haber sido reconstruido, lo cual no altera necesariamente su autenticidad.

Además, puede hacerse un trabajo de crítica interna comparando los dichos con los escritos de Teresa, en concreto con los de esta época (Ms C, seis poesías, cuarenta billetes y cartas); y es también, naturalmente, de gran interés confrontar entre ellos los dichos recogidos por los diversos testigos.

Por lo que se refiere a la cronología, ha de aceptarse con cautela. La madre Inés no ocultó que a veces había distribuido arbitrariamente algunos dichos. Pero se ha podido llegar a la conclusión de que el Cuaderno amarillo ofrece una estructura cronológica bastante consistente para aquella época que se preocupaba bastante poco por la exactitud en este ámbito.

El valor excepcional de estos dichos no puede hacernos olvidar sus limitaciones. Sería un error de método colocar absolutamente en el mismo plano los escritos de Teresa y las Últimas conversaciones. Hay que tener en cuenta el carácter propio del testigo. Por grandes que fuesen las cualidades humanas y espirituales de la madre Inés, ésta no podía por menos de verse rebasada por la excepcional madurez de su hermana y por su santidad. Sin embargo, ¡qué suerte para la posteridad que el testigo privilegiado haya sido una mujer, una carmelita y la «*madrecita*» de Teresa! De todas las religiosas de la comunidad, ella era la mejor situada para comprender el alma de su hermana.

5. La pasión de Teresa de Lisieux

Sólo el conocimiento del contexto médico puede permitirnos estimar en su justo valor los dichos, los hechos y

los gestos de sor Teresa. Ciertamente, se sabía que había sufrido. Pero sus sufrimientos se quedaban en una especie de halo romántico: una «joven tuberculosa» sonriente muere deshojando rosas sobre un crucifijo. La realidad fue muy distinta y las *Últimas conversaciones* lo muestran muy a las claras: sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz recorrió un verdadero calvario. Murió asfixiándose, no respirando ya más que con medio pulmón, conoció la sed, la fiebre, sudores profusos, la gangrena en los intestinos.

Remitimos al lector a las introducciones previas a cada mes. Desde el 9 de junio, Teresa sabe que está condenada a morir. A comienzos de junio, sigue todavía en pie, pero está en el límite de sus fuerzas. El 6 comienza el período de las hemoptisis, que se prolongará hasta el 5 de agosto. En la noche del 8 de julio la trasladan a la enfermería. Desde su lecho de hierro, rodeado de altas cortinas marrones en las que ha hecho prender con alfileres sus estampas preferidas, puede ver la imagen de la Virgen de la Sonrisa que han bajado con ella a este lugar.

Las diversas fases de la enfermedad desconciertan al Dr. de Cornière, de 56 años, médico del carmelo. Ese cuerpo tan joven conoce sorprendentes altibajos de vida. A partir del 27 de julio, comienzan los grandes sufrimientos, que el 30 por la mañana llegan al paroxismo. Le administran la Unción de los enfermos. Con alternancias de sufrimientos como «*para gritar*» y remisiones aparentes, la enfermedad no deja de empeorar hasta la agonía y la muerte, en el atardecer del 30 de septiembre.

6. El testamento de una vida

Cuando se recorren de un tirón las *Últimas conversaciones*, uno tiene la impresión de vivir en compañía de Teresa el largo calvario de su enfermedad: se nos muestra sorprendentemente cercana y llena de vida. ¿No es eso una prueba definitiva de la veracidad de las notas de la madre Inés? ¿No resulta sorprendente que unas breves palabras sin aparente ligazón puedan hacer surgir el misterio de una persona cuyo

encanto indefinible se irradia a lo largo de todas estas páginas? ¡Qué contrastes en su carácter!

Atracción por la pequeñez unida al sentido de la grandeza, ingenuidad de niña unida a una experiencia de mujer («*un bebé que es un anciano*»), amor a la naturaleza coexistente con el deseo del cielo, apariencia «angelical» inseparable de un sólido sentido común enraizado en tierra normanda, esperanza audaz mezclada con angustias sumamente humanas, heroísmo en la vida de cada día..., todos estos contrastes se entremezclan en Teresa. Ante la muerte, los rasgos fundamentales de su ser se despliegan en una espontaneidad permeada de gracia.

Abrevada de sufrimientos, corporales y espirituales –sigue viviendo en la prueba contra la fe y la esperanza[4]–, la enferma da muestras de una alegría y de un humor (a veces negro) desconcertantes, multiplicando las bromas, los juegos de palabras y las imitaciones; con sus palabras y con sus gestos, consigue distraer y hacer reír a las que lloran su muerte inminente. Realmente resurge aquí en toda su libertad su «*temperamento feliz*», con ese amor a la naturaleza (flores, frutos, estrellas, animales) constitutivo desde siempre de su personalidad.

Purificada y liberada por años enteros de fidelidad al «*Amor Misericordioso*» (Or 6) que se ha abajado hasta ella, Teresa puede ahora dejar que se manifiesten abiertamente todos los dones de su exquisita humanidad. Su corazón rompe el círculo demasiado estrecho de las relaciones familiares y religiosas: se ensancha hasta alcanzar las dimensiones del mundo. Como «*hija de la Iglesia*» que es, Teresa ofrece todos sus sufrimientos por «*las almas*», especialmente por las de los pecadores y los ateos, con los que sigue compartiendo el «*pan del dolor*», sentada voluntariamente con ellos a «la mesa de la amargura» (Ms C 6r°).

Como hermana universal, el anuncio del Evangelio en todo el mundo no cesa de atormentarla. De manera misteriosa, presiente que su misión póstuma va a tener esta escala

[4] Cf. Ms B 4v°, 5r°; Ms C 4v°; PN 45, 48, 52, 54, y sus notas.

mundial, y el cielo no podrá ser para ella un remanso donde descansar, sino por el contrario el lugar de una intensa actividad salvadora que no conocerá los límites del tiempo ni del espacio: «*Si Dios escucha mis deseos, pasaré mi cielo en la tierra hasta el fin del mundo. Sí, yo quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra*» (CA 17.7).

Y finalmente, las *Últimas conversaciones* nos muestran a Teresa frente a la muerte. «*Morir de amor no es morir entre transportes*» (CA 4.7.2), y menos para una discípula de san Juan de la Cruz. Las notas de los testigos, en su aridez objetiva, demuestran que el «*caminito*» ha superado victoriosamente el último obstáculo. No al estilo de los estoicos, sino en el abandono, en la confianza y en el amor a Jesús, el Siervo sufriente.

Sólo le quedaba atravesar la agonía. Que, según el testimonio de las que asistieron a ella, fue terrible. Pero una última palabra resumía toda la vida de Teresa, aureolándola con aquella paz repentina que, en el instante último, autentificaba la muerte de amor que tan ardientemente había deseado, en conformidad con la muerte de Cristo: «*¡Dios mío..., te amo!*».

NOTA SOBRE LA FIJACIÓN DEL TEXTO

Los textos de esta edición son idénticos a los de la edición crítica. Remitiremos a ésta (con la sigla UC) para las informaciones y las justificaciones relativas a cada documento. Junto al *Cuaderno amarillo* de la madre Inés, nos ha parecido conveniente conservar los testimonios menores de sor Genoveva y de sor María del Sagrado Corazón, que son, por cierto, los únicos en los que aparecen ciertos dichos que han llegado a ser ya célebres.

Para las Cartas de los testigos, que con frecuencia aportan detalles importantes sobre la enfermedad y el comportamiento de Teresa, remitimos al lector a UC, (cf. *supra*, nota 1).

La presentación sigue la de la edición crítica; los trazos de separación adoptados por la madre Inés para distinguir los dichos de una misma jornada, no los hemos conservado. Los dichos están numerados día por día.

SISTEMA DE REFERENCIAS

Cada uno de los dichos de una misma jornada irá numerado con 1. 2. etc. antes del texto de cada dicho. En el caso de un solo dicho en una jornada, no se pondrá esta numeración. Ejemplos (para el *Cuaderno amarillo*):

CA 12.7.3 indica el 12 de julio, dicho tercero;

CA 10.6 indica el 10 de junio, único dicho.

EL «CUADERNO AMARILLO»
DE LA MADRE INÉS

Muy íntimo

Palabras recogidas durante los últimos meses

de nuestra santa Teresita

Sor Inés de Jesús
c.d.i.

Abril

Los ocho dichos fechados en abril de 1897 son expresión principalmente de la experiencia adquirida por Teresa en la formación de las novicias. Estas palabras se parecen a las de los Consejos y Recuerdos *publicados hace poco en la* Histoire d'une âme.

Las escasas cartas de la familia (UC, pp. 604-606) mencionan una reiterada aplicación de vegigatorios, que no logran cortar la tos. Hacia finales de mes, se registran varias hemoptisis por la mañana. El estado general es muy precario.

+

6 de abril de 1897

6.4.1

Cuando no nos comprenden o nos juzgan desfavorablemente, ¿a qué defendernos o dar explicaciones? Dejémoslo pasar, no digamos nada, ¡es tan bueno no decir nada, dejarse juzgar, digan lo que digan...! En el Evangelio no vemos que santa María Magdalena haya dado explicaciones cuando su hermana la acusaba de estarse a los pies de Jesús sin hacer nada. No dijo: «¡Si supieras, Marta, lo feliz que soy, si escucharas las palabras que yo estoy escuchando! Además, es Jesús quien me ha dicho que me esté aquí». No, prefirió callarse. ¡Venturoso silencio, que da al alma tanta paz[1]! Lc 10,39-40

6.4.2

«Que la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios, esté siempre en nuestra boca y en nuestros corazones». Cuando nos encontremos con un alma poco agraciada, no nos desanimemos, no la abandonemos nunca. Tengamos Ef 6,17

[1] Cf. Ms C 36r° y RP 4.

siempre en la boca «la espada del espíritu» para reprenderle sus faltas, no dejemos pasar las cosas por conservar nuestra paz, luchemos siempre, aun sin esperanzas de ganar la batalla. ¿Qué importa el triunfo? Lo que Dios nos pide es que no nos detengamos por las fatigas de la lucha, que no nos desanimemos diciendo: «¡Allá ella! No se puede conseguir nada, hay que dejarla por imposible». No, eso es cobardía, hay que cumplir con el deber hasta el final[2].

6.4.3*

¡Qué importante es no hacer juicios sobre nada aquí en la tierra! Mira lo que me sucedió en la recreación, hace algunos meses[3]. Fue una insignificancia, pero me enseñó mucho:

Sonaron dos golpes de campana, y, como la procuradora[4] estaba ausente, sor Teresa de San Agustín necesitaba una tercera[5]. Ordinariamente resulta enojoso hacer de tercera, pero en esa ocasión más bien me atraía porque había que abrir la puerta para recibir unas ramas de árbol para el belén.

Sor María de San José estaba a mi lado, e intuí que compartía mi deseo infantil. «¿Quién me va a hacer de tercera?», dijo sor Teresa de San Agustín. Inmediatamente me puse a desatarme el delantal, pero lentamente con el fin de que sor María de San José estuviese lista antes que yo para cubrir la plaza, como ocurrió. Entonces sor Teresa de San Agustín dijo, riéndose y mirándome a mí: «Ya veo que va a ser sor M. de S. J. quien pondrá esta perla en su corona. Vuestra Caridad[6] iba demasiado lentamente». Yo sólo contesté con una

---

[2] Idéntico sentido del deber en Ms C 23v°; CA 18.4.1 y 18.4.4.

[3] En diciembre de 1896; cf. Ms C 13r°.

[4] La hermana ecónoma, que entonces lo era la madre Inés de Jesús.

[5] Religiosa que acompañaba a la procuradora cuando ésta hacía entrar obreros en clausura. Teresa fue «tercera de la procuradora» (13.7.18) en junio-julio de 1893 (CG, p. 728+g).

[6] Fórmula de trato que, hasta hace poco tiempo, era habitual entre las carmelitas, en vez del tú o del usted. La conservamos porque, a nuestro entender, es la que mejor traduce el sentido de la frase [N. del T.].

sonrisa y volví a mi trabajo, pensando en mi interior: «¡Qué diferentes son tus juicios, Dios mío, a los de los hombres! Por eso nosotros nos equivocamos muchas veces en la tierra, tomando por imperfección ante nuestras hermanas lo que es mérito ante tus ojos».

7 de abril

7.4

Le preguntaba de qué manera moriría yo, haciéndole ver mis temores. Me contestó, con una sonrisa llena de ternura:

«Dios te absorberá como a una gotita de rocío[7]...».

18 de abril

18.4.1

Acababa de confiarme ciertas humillaciones muy penosas que le habían infligido algunas hermanas.

Dios me proporciona así todos los medios para permanecer muy pequeña; y eso es lo que hace falta. Yo estoy siempre contenta. Me las arreglo, aun en medio de la tempestad, para mantenerme en una gran paz interior. Si me hablan de las peleas entre las hermanas, yo procuro no excitarme a mi vez contra ésta o contra aquélla. Necesito, por ejemplo, sin dejar de escuchar, mirar por la ventana y gozar interiormente de la vista del cielo, de los árboles..., ¿comprendes? Hace poco, durante mi lucha con sor X, yo miraba gustosa cómo retozaban las hermosas picazas en el prado, y me sentía tan en paz como en la oración... He discutido mucho con... y estoy muy cansada, pero no temo la guerra. Es voluntad de Dios que luche hasta la muerte. ¡Madrecita, reza por mí!

18.4.2

... Cuando rezo por ti, no digo el Padrenuestro o el Avemaría; digo simplemente, en un arranque del corazón: Dios

[7] Cf. Cta 141,2v°. La madre Inés morirá el 28 de julio de 1951 al cabo de varios días de coma.

mío, colma a mi madrecita de toda clase de bienes, ámala aún más si puedes».

18.4.3

Era yo todavía muy pequeña cuando nuestra tía me dio a leer un cuento que me extrañó mucho. Vi, en efecto, que se alababa a una directora de internado porque sabía salir airosamente de cualquier apuro, sin herir a nadie. Me fijé sobre todo en esta frase: «A ésta le decía: tú no tienes la culpa; a aquélla: tienes razón». Y yo pensaba para mí: eso no está bien. Aquella directora no debería haber tenido miedo de nada y tendría que haber dicho a las niñas que habían actuado mal, cuando era así.

Hoy no he cambiado de opinión. Me cuesta mucho actuar así, lo confieso, pues lo más fácil es echar siempre la culpa a los ausentes, y eso aplaca enseguida a la que se lamenta. Sí, pero[8]... yo hago todo lo contrario. Si no me quieren, ¡peor para ellas! Yo digo siempre toda la verdad; si no quieren saberla, que no vengan a buscarme.

18.4.4.

No hay que dejar que la bondad degenere en debilidad. Cuando se ha reprendido a alguien justamente, hay que mantenerse firmes, sin dejarse ablandar hasta el punto de acongojarse por haber causado dolor, por ver sufrir y llorar. Correr tras la afligida para consolarla es hacerle más daño que provecho. Dejarla a solas consigo misma es obligarla a recurrir a Dios para reconocer sus faltas y humillarse[9]. De otra manera, se acostumbraría a recibir consuelo después de una reprimenda merecida y, en las mismas circunstancias, actuaría siempre como una niña mimada que grita y patalea hasta que su madre viene a secarle las lágrimas.

---

[8] Cf. Cta 204, n. 2.

[9] La misma línea de conducta en Ms C 24r°.

Mayo

La correspondencia de mayo de 1897 no dice nada acerca del estado físico de Teresa. Los parcos datos del Cuaderno amarillo indican que la tos persiste, agotadora, sobre todo por la noche. A los vegigatorios se añaden las sesiones de botones de fuego. La resistencia de la enferma se va debilitando. A partir de la segunda quincena, Teresa se ve obligada a renunciar progresivamente a la vida comunitaria.

Sin embargo, aún no se ha perdido toda esperanza de curación. En medio de esta incertidumbre, el abandono de la santa muestra su verdadera dimensión: es ésta una de las notas dominantes de este mes de mayo. La poesía Una hoja deshojada (PN 51) es una prueba patética de ello.

En este mes Teresa escribe ocho cartas o billetes (Cta 225 a 232) y cinco poesías (PN 50 a 54), coronadas por su testamento mariano: Por qué te amo, María.

1 de mayo

1.5.1

No es «la muerte» quien vendrá a buscarme, será Dios. La muerte no es un fantasma ni un espectro horrible, como se la representa en las estampas. En el catecismo se dice que «la muerte es la separación del alma y del cuerpo», ¡no es más que eso[1]!

1.5.2

Hoy he tenido el corazón totalmente inundado de paz celestial. ¡Había rezado tanto ayer noche a la Santísima Virgen, pensando que su hermoso mes iba a comenzar!

---

[1] La madre Inés consigna una frase análoga en una carta del 16 de julio (UC, p. 636); cf. 11.9.4.

Tú no estabas esta noche en la recreación. Nuestra Madre nos dijo que uno de los misioneros[2] que se embarcaron con el P. Roulland[3] había muerto antes de llegar a la misión. Este joven misionero había comulgado en el navío con las hostias del carmelo que le dimos al P. Roulland... Y ahora ha muerto... sin haber hecho ningún apostolado, sin haberse tomado ninguna molestia, por ejemplo la de aprender el chino. Dios le ha concedido el martirio de deseo; ya ves cómo Él no necesita de nadie.

Yo no sabía entonces que la madre María de Gonzaga le había dado por segundo hermano espiritual al P. Roulland. Lo que acabo de referir se lo había escrito a ella el P. R., pero como nuestra Madre le había prohibido decírmelo, sólo me habló de lo que había oído en la recreación

Para ella constituyó un gran sacrificio este silencio, de cerca de dos años, sobre sus relaciones con dicho misionero[4]*...*

Nuestra Madre le había pedido que pintase para él una estampa en pergamino. Como yo era su primera de oficio en la pintura, hubiera podido aprovechar la ocasión para pedirme consejo y así hacerme adivinar todo el asunto. Pero, muy al contrario, se ocultaba de mí lo mejor que podía y venía a buscar a hurtadillas –lo supe más tarde– el bruñidor para sacar brillo al oro, que yo guardaba en mi mesa. Luego lo devolvía cuando yo no estaba.

Sólo tres meses antes de su muerte le dijo nuestra Madre, por propia iniciativa, que me hablase libremente sobre ese tema y sobre cualquier otro.

7 de mayo

7.5.1

7 de la mañana

Hoy es día de licencia[5]. Mientras me vestía, he cantado «Mi alegría»[6].

---

[2] El P. Mazel; cf. Cta 226, n. 3.

[3] Sobre este segundo hermano espiritual de Teresa, cf. Ms C 33r°.

[4] En realidad un año.

[5] Día de recreación extraordinaria; las hermanas podían conversar libremente entre ellas, y cantar en su celda en ciertos momentos de la jornada; cf. Ms A 20v°; Ms C 19r° y 28r°; Cta 225.

[6] PN 45.

7.5.2

Nuestra familia no permanecerá mucho tiempo en la tierra... Cuando yo esté en el cielo, os llamaré muy pronto... ¡Y qué felices seremos! Todas nosotras hemos nacido coronadas...

7.5.3.

¡Toso! ¡Toso! Hago como la locomotora de un tren cuando llega a la estación. Yo también estoy llegando a una estación: a la estación del cielo, ¡y lo anuncio!

9 de mayo

9.5.1

Podemos decir muy bien, sin vanagloria, que hemos recibido gracias y luces muy especiales. Vivimos en la verdad; vemos las cosas bajo su verdadera luz.

9.5.2

A propósito de esos sentimientos que una a veces no puede evitar, cuando, después de haber prestado un servicio, no se recibe ninguna muestra de gratitud.

Te aseguro que también yo experimento ese sentimiento de que me hablas. Pero nunca me dejo atrapar por él, pues no espero ninguna recompensa aquí en la tierra: lo hago todo por Dios; y de esta manera, nada puedo perder y siempre me doy por bien pagada del trabajo que me tomo por servir al prójimo.

9.5.3

Si, por un imposible, ni el mismo Dios viese mis buenas acciones, no me afligiría por ello lo más mínimo. Le amo tanto, que quisiera poder darle gusto sin que ni él mismo supiese que soy yo[7]. Al verlo y al saberlo, está como obligado a «pagármelo» , y yo no quisiera causarle esa molestia...

---

[7] Palabras análogas a las de san Juan de la Cruz a sor Magdalena del Espíritu Santo; cf. Crisógono de Jesús Sacramentado, *Vida de*

15 de mayo

15.5.1

Ap 22,12 Me alegro mucho de irme pronto al cielo. Pero cuando pienso en aquellas palabras del Señor: «Traigo conmigo mi salario, para pagar a cada uno según sus obras», me digo a mí misma que en mi caso Dios va a verse en un gran apuro: ¡Yo no tengo obras! Así que no podrá pagarme «según mis obras»... Pues bien, me pagará «según las Suyas...».

15.5.2

Me he formado del cielo una idea tan elevada, que a veces me pregunto cómo se las arreglará Dios, en mi muerte, para sorprenderme. Mi esperanza es tan grande y es para mí motivo de tanta alegría –no por el sentimiento, sino por la fe–, que necesitaré algo que supere todo pensamiento para saciarme plenamente. Preferiría vivir en eterna esperanza a sentirme decepcionada.

En fin, pienso ya desde ahora que, si no me siento suficientemente sorprendida, aparentaré estarlo por darle gusto a Dios. No habrá peligro alguno de que le haga ver mi decepción; sabré ingeniármelas para que él no se dé cuenta. Por lo demás, me las arreglaré siempre para ser feliz. Para lograrlo, tengo mis pequeños trucos, que tú ya conoces y que son infalibles... Además, con sólo ver feliz a Dios me bastará para sentirme yo plenamente feliz.

15.5.3

Le había hablado de ciertos ejercicios de devoción y de perfección aconsejados por los santos y que a mí me desanimaban.

Yo ya no encuentro nada en los libros, a no ser en el Evangelio[8]. Este libro me basta. Escucho con verdadera delicia estas palabras de Jesús que me dicen todo lo que tengo

---

san Juan de la Cruz, 11ª ed. Madrid, BAC, 1982, p. 193. [San Juan de la Cruz, *Obras Completas* 4ª ed., Burgos, Monte Carmelo, 1983, p. 108. N. del T.]

[8] Cf. Ms A 83v°; Ms C 36v°; y BT.

que hacer: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón»; y encuentro la paz, según su promesa: «... y encontraréis descanso para vuestras almas». Mt 11,29

Esta última frase me la dijo levantando los ojos con una expresión celestial. Añadió la palabra «pequeñas» a la frase de Nuestro Señor, lo cual le dio todavía más encanto:

«... y encontraréis descanso para vuestras *pequeñas* almas...».

15.5.4

Le habían dado un hábito nuevo (el que aún se conserva). Se lo había puesto por primera vez en Navidad de 1896. Este hábito, el segundo después de su toma de hábito, le caía muy mal. Le pregunté si eso la disgustaba:

¡Ni pizca! No más que si fuese el de un chino allá lejos, a 2.000 leguas de nosotras.

15.5.5

Echo a mis pajaritos[9], a derecha y a izquierda, los granos buenos que Dios pone en mi manita. Y luego, ¡que sea lo que Dios quiera! No vuelvo a ocuparme más de ello. Unas veces, es como si no hubiera echado nada; otras, ayuda. Pero Dios me dice: «Da, da siempre, sin preocuparte del resultado».

15.5.6

Me encantaría ir a Hanoi[10] para sufrir mucho por Dios. Quisiera ir allá para estar completamente sola, para no tener consuelo alguno en la tierra. En cuanto a la idea de ser útil allí, ni siquiera se me pasa por el pensamiento, sé muy bien de que no haría absolutamente nada.

15.5.7

En realidad, me da igual vivir que morir. No entiendo bien qué podré tener después de la muerte que no tenga ya

---

[9] Las novicias.

[10] Al carmelo, fundado por el de Saigón en 1895; cf. Ms A 84v°; Ms C 9r°; Cta 221; PN 47,6.

en esta vida. Veré a Dios, es cierto, pero estar con él, ya lo estoy completamente en la tierra[11].

18 de mayo

18.5.1

Me han liberado de todos los oficios. Y pensé que mi muerte no causaría el menor trastorno a la comunidad.

¿Te apena el pasar por un miembro inútil ante las hermanas?

No, ésa es la menor de mis preocupaciones, ¡me da exactamente igual!

18.5.2

Al verla tan enferma, yo había hecho todo lo posible para conseguir que nuestra Madre la dispensase de rezar los oficios de difuntos[12].

Por favor, no me impidas rezar mis «pequeños» oficios de difuntos. Es lo único que puedo hacer ya por las hermanas que están en el purgatorio, y eso no me cansa lo más mínimo. A veces, al final del silencio[13], tengo un momentito libre; y eso más bien me relaja.

18.5.3

Necesito tener siempre algo que hacer; de esa manera, no estoy preocupada ni pierdo nunca el tiempo.

18.5.4

Había pedido a Dios poder asistir a los actos de comunidad hasta mi muerte. ¡Pero él no quiere! Estoy segura de que

---

[11] Cf. Cta 56, n. 2.

[12] Oficio que se rezaba en privado a la muerte de cada carmelita (durante la vida religiosa de Teresa murieron cerca de quinientas en Francia). Cf. 27.5.1; 6.8.4.

[13] Tiempo libre durante el «silencio riguroso», desde las 12 del mediodía a la 1 de la tarde en verano y de 8 a 9 de la noche durante todo el año; cf. UC, p. 725.

podría muy bien asistir a todos los oficios divinos, no moriría por ello ni un minuto antes. A veces pienso que, si no hubiera dicho nada, no me creerían enferma.

19 de mayo

19.5

¿Por qué estás hoy tan alegre?

Porque esta mañana he tenido dos «pequeñas» penas. ¡Muy agudas, sí...! Nada me produce tantas «pequeñas» alegrías como las «pequeñas» penas...

20 de mayo

20.5.1

Me dicen que tendré miedo a la muerte. Puede ser. No hay nadie aquí que desconfíe más que yo de sus sentimientos. Yo nunca me apoyo en mis propias ideas; sé muy bien cuán débil soy. Pero quiero disfrutar del sentimiento que Dios me da ahora. Siempre habrá tiempo de sufrir por lo contrario[14].

20.5.2

Le estaba enseñando su fotografía:

Sí, pero... eso es el sobre. ¿Cuándo se podrá ver la carta? ¡Cuánto me gustaría ver la carta[15]...!

Del 21 al 26 de mayo

21/26.5.1

Teófanes Vénard[16] me gusta más todavía que san Luis Gonzaga, porque la vida de san Luis Gonzaga es extraordina-

---

[14] Cf. 9.7.6.

[15] Cf. 30.5.1.

[16] Sobre este joven mártir cf. Cta 221 y 245; PN 47; diecisiete veces aparece nombrado en CA, una de ellas en 27.5.10.

ria, y la suya totalmente ordinaria. Además, es él quien habla, mientras que en el caso del santo es otro el que escribe y el que le hace hablar; ¡y entonces, no se sabe casi nada de su «pequeña» alma!

Teófanes Vénard quería mucho a su familia, y yo también quiero mucho a mi «pequeña» familia. No entiendo a los santos que no quieren a su familia... ¡Sí, a mi pequeña familia actual yo la quiero mucho! Quiero mucho, mucho a mi Madrecita.

21/26.5.2

Voy a morir pronto, pero ¿cuándo? Sí, ¿cuándo...? ¡Nunca acaba de llegar! Soy como un niñito al que le están prometiendo siempre un pastel: se lo enseñan desde lejos, y luego, cuando él se acerca para cogerlo, retiran la mano... Pero, en el fondo, estoy totalmente resignada a vivir, a morir, a recobrar la salud o a ir a Cochinchina[17], si Dios así lo quiere.

21/26.5.3

Después de mi muerte, no hace falta que me rodeéis de coronas, como a la madre Genoveva[18]. A las personas que quieran donarlas, podréis decirles que prefiero que empleen ese dinero en rescatar a algunos negritos. Eso sí que me gustaría.

21/26.5.4

Hace algún tiempo, sentía mucho tomar remedios caros; pero actualmente no me preocupa lo más mínimo, al contrario. Es así desde que leí en la vida de santa Gertrudis que ella se alegraba en su interior, diciéndose que todo redundaría en provecho de los que nos hacen el bien. Y se apoyaba en
Mt 25,40 estas palabras de Nuestro Señor: «Lo que hagáis al más pequeño de los míos, a mí me lo hacéis».

---

[17] Al carmelo de Saigón; cf. 2.9.5.

[18] Fundadora [del carmelo] de Lisieux; cf. Ms A 78r°/79r°.

21/26.5.5

Estoy convencida de la inutilidad de los remedios que tomo para curarme; pero me las he arreglado con Dios para que haga que se aprovechen de ellos los pobres misioneros enfermos que no tienen ni tiempo ni medios para curarse. Le pido que los cure a ellos, en vez de a mí, por medio de los medicamentos y del reposo que a mí me obligan a tomar.

21/26.5.6

Me han repetido tantas veces que soy valiente, y esto responde tan poco a la verdad, que me he dicho a mí misma: ¡Bueno, no puedo dejar por mentiroso a todo el mundo! Y me he puesto, con la ayuda de la gracia, a adquirir esa valentía. He hecho como el guerrero, que, al oírse felicitar por su bravura, sabiendo muy bien que no es más que un cobarde, acaba por sentir vergüenza de los elogios y quiere merecerlos.

21/26.5.7

Cuando esté en el cielo, ¡cuántas gracias pediré para ti! Sí, importunaré tanto a Dios, que si al principio quisiera negarse a lo que le pido, mi insistencia lo obligará a satisfacer mis deseos. Esta historia está en el Evangelio... Lc 11,5-8

21/26.5.8

... Si los santos me demuestran menos cariño que mis hermanitas, será muy duro para mí..., y me iré a llorar en un rinconcito...

21/26.5.9

Los santos inocentes no serán niños en el cielo; sólo tendrán los encantos indefinibles de la infancia[19]. Se los representa como «niños» porque nosotros tenemos necesidad de imágenes para comprender las cosas del espíritu.

---

[19] Cf. PN 44 y Or 18.

... Sí, yo espero unirme a ellos. Si quieren, seré su pajecito y llevaré la cola de sus trajes...

21/26.5.10

Si no tuviese esta prueba del alma[20], que no se puede comprender, estoy segura de que moriría de alegría al pensar que pronto dejaré la tierra.

Del 21 al 26 de mayo (*)

21/26.5.11*

Esta tarde estaba un poco triste, preguntándome si Dios estaría realmente contento de mí. Pensaba en lo que cada una de las hermanas diría de mí, si se lo preguntasen. Una diría: «Es un alma buena, puede llegar a ser santa». Otra: «Es muy amable y muy piadosa, pero esto... y lo de más allá...». Y otras tendrían también otros pareceres; varias me juzgarían muy imperfecta, lo cual es verdad... Mi Madrecita me quiere tanto, que el amor la ciega, así que no puedo creerla. ¿Y quién me dirá lo que piensa Dios? Estaba en estos pensamientos cuando me llegó tu billetito. Me decías que todo en mí te gustaba, que Dios me amaba de manera muy especial, que él no me había hecho subir como a las demás la áspera escalera de la perfección sino que me había puesto en un ascensor para que llegase antes a Él[21]. Todo eso me emocionaba, pero el pensamiento de que tu amor te hacía ver lo que no existe me impedía gozar en plenitud. Entonces tomé en mis manos el Evangelio, pidiendo a Dios que me consolase, que él mismo me respondiera... Y he aquí que mis ojos se posaron en este pasaje que nunca me había llamado la aten-
Jn 3,34 ción: «El que Dios ha enviado dice las mismas cosas que Dios, porque no le comunicó su espíritu con medida». Entonces derramé lágrimas de alegría, y esta mañana, al despertarme, me encontraba todavía llena de ese aroma. Eres tú, Madreci-

[20] Tentación respecto a la existencia del cielo (3.7.3); cf. Ms C 5v°/7r°.

[21] Cf. Cta 229; Ms C 3r°; Cta 258.

ta querida, la que Dios me ha enviado, eres tú quien me educó, eres tú quien me ha he hecho entrar en el Carmelo; todas las grandes gracias de mi vida las he recibido por medio de ti. Por eso, tú dices las mismas cosas que Dios, y ahora creo que Dios está muy contento de mí, ya que tú me lo dices.

(*) Ya no recuerdo la fecha exacta.

26 de mayo

– Víspera de la Ascensión –

Esta mañana, durante la procesión[22], estaba yo en la ermita de san José y miraba de lejos por la ventana a la comunidad en la huerta. Era sublime esa procesión de religiosas con capas blancas; me hacía pensar en el cortejo de las vírgenes en el cielo. Al doblar el paseo de los castaños, os veía a todas medio tapadas por las altas hierbas y por los capullos dorados del prado. Era cada vez más delicioso.

Y de pronto, entre esas religiosas veo a una, de las más elegantes, que mira hacia mí y se inclina sonriendo para hacerme una seña de que me había visto. ¡Era mi Madrecita! Inmediatamente me acordé de mi sueño: la sonrisa y las caricias de la madre Ana de Jesús[23], y me invadió la misma impresión de dulzura. Y pensé: ¡De modo que los santos me conocen, me aman, me sonríen desde lo alto y me invitan a reunirme con ellos!

Entonces se me saltaron las lágrimas... Hace muchos años que no había llorado tanto. ¡Y qué dulces eran esas lágrimas!

27 de mayo

– Ascensión –

27.5.1

Yo quiero tener una «circular»[24], porque siempre he pensado que tenía que corresponder al oficio de difuntos que

---

[22] Procesión de las Rogativas.

[23] Cf. Ms B 2r°/v°.

[24] Reseña biográfica que se envía a todos los monasterios de la Orden después del fallecimiento de una hermana. En el caso de Teresa, hizo sus veces la *Historia de un alma* (30 de septiembre de 1898).

cada carmelita dirá por mí. No comprendo muy bien cómo hay quienes no quieren circular; es tan hermoso conocerse, saber un poco con quiénes vamos a vivir eternamente.

27.5.2

No tengo absolutamente ningún miedo a los últimos combates, ni a los sufrimientos de la enfermedad, por grandes que sean. Dios me ha socorrido siempre, me ha ayudado y me ha llevado de la mano desde mi más tierna infancia..., cuento con él. Estoy segura de que continuará ayudándome hasta el fin. Tal vez llegue a no poder más, pero nunca tendré demasiado, de esto estoy segura.

27.5.3

No sé cuándo moriré, pero creo que será pronto. Tengo muchas razones para esperarlo así.

27.5.4

No deseo más morir que vivir. Es decir: si tuviese que escoger, preferiría morir; pero como es Dios quien escoge por mí, prefiero lo que quiera él. Me gusta lo que él hace[25].

27.5.5

Que no piensen que, si me curo, eso me va a desconcertar o a desbaratar mis planes. ¡En absoluto! La edad no es nada a los ojos de Dios, y yo me las arreglaré para seguir siendo una niña aunque viva mucho tiempo[26].

27.5.6

Siempre miro el lado bueno de las cosas. Hay quienes se lo toman todo de la manera que más les hace sufrir. A mí me ocurre todo lo contrario. Cuando no tengo más que el sufrimiento puro, cuando el cielo se vuelve tan negro que no veo ni un solo claro, pues bien, hago de ello mi alegría... ¡Me

[25] Cf. 2.8.4; 30.8.2; 4.9.7; 5.9.2.
[26] Cf. 25.9.1.

pavoneo[27]! Como en las humillaciones de papá[28], que hacen que me sienta más gloriosa que una reina.

27.5.7

¿Te has fijado, en la lectura del refectorio, en esa carta dirigida a la madre de san Luis Gonzaga, en la que se dice de él que no habría podido aprender más ni ser más santo aunque hubiera llegado a la edad de Noé[29]?

27.5.8

A propósito de su muerte.

Soy como una persona que, al tener un billete de lotería, tiene más posibilidades de que le toque que otra que no lo tiene. Sin embargo, tampoco ella está segura de conseguir un premio. Pero, a fin de cuentas, yo tengo un billete, que es mi enfermedad, y puedo abrigar esperanzas.

27.5.9

Me acuerdo de una vecinita de los Buissonnets, de 3 años de edad, que, al oír que las otras niñas la llamaban, le decía a su madre: «¡Mamá, me necesitan *allí*! Déjame ir, por favor... ¡me necesitan *allí*...!».

Pues bien, me parece que hoy los angelitos me llaman, y yo te digo como aquella niñita: «¡Déjame partir, me necesitan *allí*!».

No los oigo, pero los siento.

27.5.10

Cuando hacia el mes de noviembre[30] se había proyectado mi partida para Tonkín, ¿te acuerdas que comenzamos

---

[27] [La santa usa la expresión] «Faire jabot: familiarmente, sacar hacia fuera la chorrera de la camisa para hacer alarde de algo; en sentido figurado, pavonearse» (Littré).

[28] La enfermedad mental del señor Martin.

[29] *Histoire de saint Louis de Gonzague*, por J.-M- Daurignac, (Paris, Douniol, 1864), p. 346.

[30] En 1896.

una novena a Teófanes Vénard para obtener una señal de la voluntad de Dios? En aquel entonces yo había vuelto a asistir a todos los actos de comunidad, incluso a Maitines. Pues bien, justo durante la novena comencé a toser de nuevo, y desde entonces voy de mal en peor. Es él quien me llama. Me gustaría mucho tener su retrato. Es un alma que me gusta. San Luis Gonzaga estaba serio incluso en la recreación, pero Teófanes Vénard estaba siempre alegre.

Por aquellos días estábamos leyendo en el refectorio la vida de san Luis Gonzaga.

29 de mayo

29.5

Botones de fuego por segunda vez. Por la noche yo estaba triste, y abrí el Evangelio delante de ella para consolarme. Mis ojos se posaron sobre estas palabras, que le leí: «Ha resucitado, ya no está aquí, mirad el sitio donde lo pusieron».

Mc 16,6

¡Sí, así es! En efecto, yo ya no soy, como en mi infancia, sensible a cualquier sufrimiento. Estoy como resucitada, no estoy ya en el sitio en que me creen... ¡Pero no te aflijas por mí! He llegado a no poder ya sufrir, porque cualquier sufrimiento me resulta agradable.

30 de mayo

30.5.1

Ese día, le dieron permiso para que me contara su vómito de sangre del Viernes Santo de 1896. Como le manifesté mi gran pesar por no haber sido avisada enseguida, me consoló lo mejor que pudo y por la noche me escribió este billete:

«No sufras, Madrecita querida, porque *parezca* que *tu* hijita te ha ocultado algo, pues sabes muy bien que si te ha ocultado una esquinita del *sobre*, nunca te ha ocultado ni una sola línea de la *carta*. ¿Pues quién conoce mejor que tú esta cartita que tanto amas? A las demás se les puede enseñar el sobre por todos sus lados, pues no pueden ver

más que eso, ¡¡¡pero a ti...!!! Tú sabes ya, Madrecita, que fue el Viernes Santo cuando Jesús comenzó a rasgar un poco el sobre de TU cartita. ¿No te alegra que él se disponga a leer esta carta que tú estás escribiendo desde hace 24 años? ¡Si supieras qué bien sabrá ella decirle tu amor durante toda la eternidad!»[31].

30.5.2

¡Tal vez sufras mucho antes de morir...!

No te aflijas por eso, ¡lo deseo tanto!

30.5.3

¡No sé cómo haré en el cielo para vivir sin ti!

[31] Cf. el texto exacto en Cta 231.

Junio

Los primeros días del mes de junio están marcados por un empeoramiento brusco de la enferma. El día 5, víspera de Pentecostés, es grande la inquietud. La comunidad está consternada, y la madre priora empieza una novena a Nuestra Señora de las Victorias.

Para suplir la alimentación, que es casi nula, el médico prescribe un régimen lácteo. Hasta el 15 de junio, Teresa habla una veintena de veces sobre su muerte como muy próxima. Luego, la situación se estabiliza: junio aparece como el mes de la espera dolorosa.

La madre Inés de Jesús consigue de la madre María de Gonzaga que Teresa complete su autobiografía. Así pues, a partir del 4 de junio la enferma consagra el resto de sus fuerzas a la redacción del Manuscrito C. Las que la rodean apenas sospechan que está redactando, al correr de la pluma, su testamento espiritual que, a partir del año siguiente, llevará a cabo la conquista del mundo.

El lunes de Pentecostés, día 7 de junio, en previsión del santo de la madre María de Gonzaga, y «en vista de la proximidad de mi muerte» (Cta 258), sor Genoveva fotografió a su hermana en tres poses sucesivas, tres documentos de incomparable valor para la historia (cf. VTL, nn. 41, 42, 43). Dieciséis cartas o billetes de Teresa llevan la fecha de este mes de junio (Cta 233 a 248).

4 de junio

4.6.1

Se despidió de nosotras (*) en la celda de sor Genoveva de la Santa Faz, que daba a la terraza, del lado de la sala capitular.

(*) Era durante la novena a Nuestra Señora de las Victorias para obtener su curación.

Estaba acostada en el jergón de sor Genoveva. Ese día parecía no sufrir ya y tenía el rostro como transfigurado. No nos cansábamos de mirarla y de escuchar sus dulces palabras.

Le he pedido a la Santísima Virgen no seguir estando amodorrada y enajenada, como me encontraba todos estos días; me daba cuenta de que os hacía sufrir. Y esta noche me ha escuchado.

¡Hermanitas mías, qué feliz me siento! Veo que voy a morir pronto, ahora estoy segura de ello.

No os extrañéis si no me aparezco a vosotras después de la muerte y si no veis ninguna cosa extraordinaria como señal de mi felicidad. Acordaos de que en mi «caminito» está el no desear ver nada[1]. Sabéis bien lo que tantas veces he dicho a Dios, a los ángeles y a los santos: Jn 20,29

que no es mi deseo
aquí en la tierra verte[2]...

Los ángeles vendrán a buscarte, dijo sor Genoveva. ¡Cómo nos gustaría verlos!

No creo que los veáis, pero no por eso dejarán de estar allí...

Sin embargo, por complaceros, me gustaría tener una hermosa muerte. Se lo he pedido a la Santísima Virgen. No se lo he pedido a Dios porque quiero dejarle hacer lo que él quiera. Pedirle a la Santísima Virgen no es lo mismo. Ella sabe bien lo que ha de hacer con mis pequeños deseos, si tiene que decirlos o no... En definitiva, ella es la que tiene que juzgar, para no obligar a Dios a escucharme, para dejarle hacer en todo su voluntad.

Esta noche he logrado poder consolaros un poco y ser muy buenita, pero no debéis esperar verme así en el momento de la muerte... ¡No lo sé! A lo mejor la Santísima Virgen ha hecho esto por su cuenta, sin decírselo a Dios; y en ese caso, eso no prueba nada para más tarde.

---

[1] Cf. nota 37 del mes de agosto.

[2] PN 24,27.

No sé si iré al purgatorio, y no me preocupa en absoluto[3]; pero si voy, no lamentaré no haber hecho nada por evitarlo. Nunca me arrepentiré de haber trabajado únicamente por salvar almas. ¡Cuánto me alegré al saber que N. M. santa Teresa pensaba lo mismo[4]!

Madrecita querida, si algún día vuelves a ser priora[5], no te preocupes, ya verás cómo no te va a costar tanto como la otra vez. Estarás por encima de todo. Dejarás que piensen y que digan lo que quieran, cumplirás en paz con tu deber... etc... etc.

No hagas nunca nada por serlo, ni nada tampoco por no serlo... Por lo demás, te prometo que yo no dejaré que te elijan para serlo si eso es perjudicial para tu alma.

Cuando la abracé:

¡Ya lo he dicho todo! En especial a mi Madrecita, para más tarde...

Hermanitas, no os aflijáis si sufro mucho y si, como ya os he dicho, no veis en mí ninguna señal de felicidad en el momento de mi muerte. Nuestro Señor murió ciertamente víctima de amor, ¡y ya veis qué agonía fue la suya[6]...! Todo eso no significa nada.

4.6.2

Un poco más tarde, estando yo sola con ella y viéndola sufrir otra vez mucho, le dije: «Bueno, deseabas sufrir, pues Dios no lo ha olvidado».

Deseaba sufrir y he sido escuchada. Desde hace varios días estoy sufriendo mucho. Una mañana, durante la acción

---

[3] Acerca del purgatorio cf. 8.7.15; 30.7.3; Ms A 84r°/v°; Cta 226; PN 17,6; 23,8; UC, p. 615; y deposiciones en los Procesos.

[4] Cf. Santa Teresa de Jesús, C 3,6.

[5] La madre Inés fue priora desde 1902 hasta su muerte (1951), con una interrupción de dieciocho meses en 1908-1909.

[6] Cf. 4.7.2. Y sobre la muerte de amor: Ms C 7v°/8r°; Cta 242 y 255; PN 17,14; 18,52; 24,26; 31,6; Or 6; CA 27.7.5; 15.8.1; 30.9 (Apéndice IV).

de gracias después de la comunión, sentí unas angustias como de muerte... ¡y sin una pizca de consuelo!

4.6.3

Lo acepto todo por amor de Dios, hasta toda esa serie de pensamientos extravagantes que me vienen a la mente.

5 de junio

5.6.1

(Durante Maitines)

Madrecita, he visto que me quieres con un amor desinteresado. Pues bien, si yo sé que tú eres mi madrecita, ¡un día tú sabrás que yo soy tu hijita! ¡Sí, cuánto te quiero!

5.6.2

He vuelto a leer la obra que compuse sobre Juana de Arco[7]. Allí verás mis sentimientos sobre la muerte; están todos expresados en ella. Te gustará. Pero no creas que me parezco a Juana de Arco cuando por un momento sintió miedo... Ella se mesaba los cabellos[8]... Yo no me meso mis «pequeños» cabellos...

5.6.3

Madrecita, tú me preparaste para la primera comunión[9], prepárame ahora para morir...

5.6.4

Si una mañana me encontráis muerta, no sufráis: será simplemente que papá Dios habrá venido a buscarme. Sin

---

[7] RP 3.

[8] Teresa pudo leer este detalle en *Jeanne d'Arc* de H. Wallon, p. 343. Sobre el miedo de Juana de Arco ante la muerte, cf. RP 3,16v°/19r°. Teresa volverá a evocar a su heroína en 20.7.6; 27.7.6; 10.8.4.

[9] Cf. Ms A 33r°.

duda es una gracia muy grande recibir los sacramentos; pero cuando Dios no lo permite, también está bien, todo es gracia.

6 de junio

6.6.1

Te agradezco que hayas pedido que me diesen una partícula de la sagrada hostia. Aun así me ha costado mucho pasarla. ¡Pero qué feliz me sentía de tener a Dios en mi corazón! He llorado como el día de mi primera comunión[10].

6.6.2

El Sr. Youf[11] me ha dicho acerca de mis tentaciones contra la fe: «No se detenga en eso, es muy peligroso». No es muy consolador oír una cosa así, pero afortunadamente no me impresiono por ello. Estate tranquila, que no voy a devanarme los «sesitos» atormentándome.

El Sr. Youf me ha dicho también: «¿Está usted resignada a morir?». Y yo le contesté: «Padre, me parece que sólo se necesita resignación para vivir; para morir, lo que yo siento es alegría».

6.6.3

Me pregunto cómo haré para morir. Sin embargo, quisiera salir de ese trance «¡con honor!». En fin, creo que eso no depende de uno.

(Pensaba en nosotras)

6.6.4

Cuando era niña, los grandes acontecimientos de mi vida me parecían montañas inalcanzables. Al ver a las niñas hacer la primera comunión, me decía a mí misma: ¿Cómo haré yo en mi primera comunión...? Más tarde: ¿Cómo haré para en-

---

[10] Cf. Ms A 35r°/v°.

[11] El capellán del carmelo.

trar en el Carmelo...? Y luego: ¿y para tomar el hábito?, ¿y para hacer la profesión? ¡Actualmente, es para morir[12]!

6.6.5

«Voy a hacerte fotografiar para complacer a nuestra Madre[13]. Sonrió con aire travieso:

Di más bien que es por ti... «¡Ciercecito, deja de soplar! No es por mí, es por mi compañero que no lleva chaqueta...».

Me recordaba con ello una historieta de auverneses que nos contaba papá. Le ponía entonación, y venía muy a cuento, pues el compañero, aparentemente tan caritativo, en realidad abogaba en su favor.

6.6.6

Por miedo a que le diera asco, no queríamos decirle que el jarabe que tomaba era jarabe de caracoles, pero ella se dio cuenta y se rio de nuestros temores.

¡Qué me importa tomar jarabe de caracoles, con tal que no vea los cuernos! ¡Ahora como caracoles, como los patitos! Ayer hacía como los avestruces: ¡comía huevos crudos!

6.6.7

¡Te quiero mucho, mucho!

6.6.8

Le dije: «Los ángeles te llevarán en sus manos, para que tu pie no tropiece en la piedra». Respondió: Sal 90,11-12

Sí, eso está bien para ahora mismo; pues más tarde, después de mi muerte, ¡¡¡ya no encontraré ningún obstáculo!!!

6.6.9

Tras la visita del Dr. de Cornière[14], que la había encontrado mejor, le dije: «¿Estás triste?».

---

[12] Cf. 6.6.3.; 31.7.4; 29.9.2; 30.9 (Apéndice).

[13] La madre María de Gonzaga, priora.

[14] El médico.

Mc 14,62 No, no... He encontrado en el Evangelio: «Pronto veréis al Hijo del Hombre sentado sobre las nubes del cielo».

Yo respondí: «¿Cuándo, Señor?». Y en la página de en-
Mc 14,30 frente leí estas palabras: «Hoy mismo».

Pero todo esto... es para que no nos inquietemos por nada, ni por querer vivir ni por querer morir...

Y unos instantes después:

¡Sin embargo, tengo muchas ganas de irme! Le digo a la Santísima Virgen que haga ella lo que quiera.

7 de junio

7.6.1

– Domingo[15]*–*

Estuvo sentada un rato a mi lado en el banco al fondo del cementerio. Al final, apoyó tiernamente la cabeza sobre mi pecho y cantó a media voz:

¿Olvidarme de ti, Madre querida?
¡No, no, jamás![16]

.....

Al bajar las escaleras, vio a la derecha, bajo el níspero, la gallinita blanca que tenía a todos sus polluelos bajo sus alas. Algunos sólo enseñaban su cabecita. Se paró a contemplarlos, muy pensativa. Al cabo de un poco, yo le hice señas de que era hora de volver. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Le dije: «¡Estás llorando!». Entonces se cubrió los ojos con la mano, llorando más todavía, y me respondió:

En este momento no puedo decirte por qué, estoy demasiado emocionada...

Por la noche, en su celda, me dijo con una expresión celestial:

Mt 23,37 He llorado al pensar que Dios escogió esa comparación para hacernos creer en su ternura. ¡Eso es lo que ha hecho

---

[15] Domingo de Pentecostés, en realidad el 6 de junio.

[16] Pasaje de un canto de la época, titulado: «*Nous t'oublier, Mère cherie?*».

conmigo durante toda mi vida! ¡Me ha escondido totalmente bajo sus alas...! Luego, al separarnos, lloraba mientras subía la escalera, sin poder ya contenerme, y tenía prisa por volver a la celda. Mi corazón rebosaba de amor y de gratitud.

7.6.2

Hoy hace diez años que papá me dio esta florecita blanca cuando le hablé por primera vez de mi vocación[17].

(Y me enseñó la florecita)

7.6.3

Si no me hubieses educado bien, habrías visto cosas muy tristes[18]... Y no hubiera llorado hoy al ver la gallinita blanca...

8 de junio

8.6.1

Pronto vendréis todas conmigo; ¡vamos, que no tardará mucho!

A sor María de la Trinidad, que le pedía que se acordase de ella en el cielo:

Aún no has visto más que el cascarón; pronto verás el pollito.

8.6.2

Le decía que yo no tenía ya apoyo alguno en la tierra.

¿Cómo que no? Sí que tienes un apoyo: ¡yo!

8.6.3*

Habíamos hablado de esas largas enfermedades que con frecuencia cansan a las enfermeras, lo cual constituye un gran sufrimiento para las enfermas que se dan cuenta de ello.

Yo acepto seguir como estoy hasta el final de una vida muy larga. Y si eso le agrada a Dios, acepto incluso que me «tomen ojeriza».

---

[17] El 29 de mayo de 1887, día de Pentecostés; cf. Ms A 50r°/v°.

[18] [Teresa escribió «*tistes*», en vez de «tristes»].

9 de junio

9.6.1

Mt 24,43-44 Se dice en el Evangelio que Dios vendrá como un ladrón. A mí vendrá a robarme con gran delicadeza. ¡Cómo me gustaría ayudar al Ladrón!

9.6.2

¡Qué feliz me siento hoy!

¿Es que ha pasado ya la prueba?[19]

No, pero hay como una especie de tregua. Las serpientes malignas ya no silban en mis oídos...

9.6.3

¡Con qué paz dejo que digan a mi alrededor que estoy mejor! La semana pasada estaba levantada, y me creían muy enferma. Esta semana no puedo tenerme de pie, estoy agotada, ¡y mira por dónde me creen ya sana! ¡Pero qué importa!

Sin embargo, ¿esperas morir pronto?

Sí, espero irme pronto. La verdad es que no estoy mejor; me duele mucho el costado. Pero –siempre lo diré– si Dios me cura, no sufriré la menor decepción.

A sor María del Sagrado Corazón, que le decía: «¡Qué tristes nos vamos a quedar cuando nos dejes!».

No, ya veréis, será como una lluvia de rosas[20].

9.6.4

No tengo miedo al Ladrón... Lo veo a lo lejos y me guardo muy bien de gritar: ¡Al ladrón! Al contrario, lo llamo diciéndole: ¡Por aquí, por aquí!

9.6.5

Soy como un niñito que espera a sus papás en la estación del ferrocarril para que lo suban al tren. Ellos, ¡ay!, no vienen

---

[19] Cf. la nota 20 del mes de mayo.

[20] Comparación tomada de la *Histoire de saint Louis de Gonzaga* (que se estaba leyendo en el refectorio), p. 411.

y el tren se va! Pero hay otros trenes y no todos los voy a perder...

10 de junio

10.6

Había mejorado, y le extrañaba. Tenía que esforzarse para no dejarse llevar de la tristeza.

...La Santísima Virgen cumple bien mis encargos, ¡volveré a dárselos!

Le repito con frecuencia: «Dile que por mí nunca se moleste»[21].

Él ha comprendido, y eso es lo que hace. Yo ya no entiendo nada de mi enfermedad. ¡Ahora resulta que he mejorado! Sin embargo, me abandono y me siento feliz. ¡Qué sería de mí si abrigase la esperanza de morir pronto! ¡Cuántas decepciones! Pero no me llevo ninguna, porque me contento con todo lo que Dios hace y sólo deseo su voluntad.

11 de junio

11.6.1

Había arrojado flores al san José de la huerta (al fondo del paseo de los castaños), diciendo con tono infantil y gracioso: «¡Toma!».

¿Por qué arrojas flores a san José? ¿Para obtener alguna gracia?

¡Qué va! Es por complacerle... Yo no quiero dar para recibir.

11.6.2

Para escribir mi «pequeña» vida[22], no me devano los sesos. Es como si estuviera pescando a caña: escribo lo que me sale.

---

[21] PN 54,16.

[22] El Manuscrito C.

12 de junio

12.6.1

No me creen tan enferma como estoy. Por eso me resulta más penoso verme privada de la comunión y del Oficio divino. Pero mejor que nadie se preocupe ya por eso. Yo sufría mucho por ello, y había pedido a la Santísima Virgen que arreglase las cosas para que nadie sufriese. Y me escuchó.

En cuanto a mí, no me importa que piensen o que digan lo que quieran. No veo razón para desconsolarme.

12.6.2

¡Mañana no comulgaré! ¡Y tantas niñas recibirán a Dios[23]!

(Había primeras comuniones en la parroquia de Santiago)

13 de junio

13.6

(En la huerta)

Tengo la impresión de ser una tela tensada en el bastidor para que la borden, y que nadie viene a bordarla. ¡Espero y espero! ¡Pero en vano...! En fin..., no es nada extraño: ¡los niños no saben lo que quieren!

Digo esto porque pienso en el Niño Jesús: él es quien me ha tensado en el bastidor del sufrimiento para darse el gusto de bordarme y luego el de aflojarme para ir a mostrar allá arriba su precioso trabajo.

Cuando hablo del Ladrón, no me refiero al Niño Jesús, me refiero al Dios «grande».

---

[23] Aunque todavía se levanta un poco, Teresa ya casi no asiste a Misa ni al Oificio divino (12.6.1). Pero su estado no se considera lo suficientemente grave como para que el sacerdote entre en clausura a llevarle la Eucaristía.

14 de junio

14.6

Último día de la novena[24]. Se encontraba mucho mejor, nuevo motivo de decepción para ella, que sin embargo me dijo con una sonrisa:

¡Soy una niña curada!

¿Y eso te entristece?

No..., momento a momento se puede soportar mucho.

15 de junio

15.6.1

El día 9, veía muy claramente a lo lejos el faro que me anunciaba el puerto del cielo, pero ahora ya no veo nada, tengo los ojos como vendados. Ese día veía al Ladrón; ahora ya no le veo por ningún lado. Lo que me dicen sobre la muerte ya no puede penetrar en mi interior; es como si resbalase sobre una losa. ¡Se acabó! La esperanza de la muerte se ha gastado. Sin duda es que Dios no quiere que piense en ella como antes de caer enferma. Entonces, ese pensamiento me era necesario y muy provechoso, y así lo sentía. Pero hoy ocurre lo contrario. Dios quiere que me abandone como un niño que no se preocupa de lo que harán con él.

15.6.2

¿Estás cansada de ver que tu estado se prolonga? ¡Debes de estar sufriendo mucho!

Sí, pero «me place».

¿Por qué?

Porque «le place» a Dios.

(Empleaba esta palabra y algunas otras que no iban con su manera sencilla de expresarse normalmente, cuando quería encubrir su pensamiento de una manera que fuese entretenida para nosotras.

---

[24] En realidad, se terminó el domingo día 13.

Había adoptado también ciertas expresiones ingenuas, de las que se servía en la intimidad, y que en sus labios tenían mucha gracia.)

15.6.3

No sé cuándo moriré; ya no tengo la menor confianza en la enfermedad. Aun cuando me administrasen los últimos sacramentos, seguiría creyendo que aún puedo dar marcha atrás. No estaré realmente segura de que me ha llegado el turno hasta que haya dado el paso y me vea en los brazos de Dios.

15.6.4

(Por la noche)

¡Cómo me gustaría decirte algo agradable!

Dime sólo si te olvidarás de mí cuando estés en el cielo.

¡Si te olvidase, me parece que todos los santos me echarían del paraíso como a un búho feo! Madrecita, cuando esté
Jn 14,3 allá arriba, «vendré a llevarte conmigo, para que donde yo esté estés también tú».

15.6.5

Estoy contenta, no ofendo a Dios lo más mínimo durante mi enfermedad. Hace un poco, estaba yo escribiendo sobre la caridad (*en el cuaderno de su Vida*[25]), y con mucha frecuencia venían a interrumpirme; entonces, he procurado no impacientarme y poner en práctica lo que estaba escribiendo.

19 de junio*

19.6

Nuestra prima, la madre Margarita (superiora general en París de las religiosas Auxiliadoras del Inmaculado Corazón, enfermeras) me había enviado una preciosa canastilla repleta de azu-

[25] Cf. Ms C 17r°.

cenas artificiales, para el día 21, santo de la madre María de Gonzaga. Le llevé la canastilla, diciéndole muy alegre: «¡Me la envía la Superiora General de las Auxiliadoras!».

Me respondió de repente, en un arranque y con cariño:

¡La Superiora General de mi corazón eres tú!

20 de junio

20.6

Le estaba enseñando las pequeñas fotografías de la Virgen Madre que yo había pintado para el santo de nuestra Madre[26]. Puso las manos sobre las miniaturas extendidas ante sus ojos y, separando los dedos, consiguió tocar todas las cabecitas del Niño Jesús. Entonces me dijo:

Los tengo a todos bajo mi dominio...

22 de junio

22.6

Estaba en la huerta, en la silla de ruedas[27]. Cuando me acerqué a ella por la tarde, me dijo:

Qué bien que entiendo las palabras de Nuestro Señor a nuestra Madre santa Teresa: «¿Sabes, hija mía, quiénes son los que me aman de verdad? Los que reconocen que todo lo que no se refiere a mí no es más que mentira»[28].

¡Qué gran verdad me parece esto, Madrecita! Sí, fuera Qo 1,2
de Dios, todo es vanidad.

---

[26] Fiesta de san Luis Gonzaga, el 21 de junio. Para esta ocasión Teresa compuso aún algunos versos: PS 6.

[27] Silla de ruedas utilizada por el señor Martin y más tarde donada al carmelo.

[28] Sainte Thérèse d'Ávila, *Vie par elle-même*, chap. XI. [Las palabras textuales de la Santa son: «¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí», y se encuentran en V 40,1. N. del T.]

23 de junio

23.6

Le decía yo: ¡Ay, a mi muerte, yo no tendré nada que dar a Dios: ¡tengo las manos vacías! Y eso me entristece mucho.

Claro, tú no eres como «el bebé»[29] (*algunas veces se daba a sí misma este nombre*), que sin embargo se encuentra en las mismas condiciones... Aunque yo hubiese realizado todas las obras de san Pablo, seguiría creyéndome un «siervo
Lc 17,10 inútil»; pero eso es precisamente lo que constituye mi alegría, pues, al no tener nada, lo recibiré todo de Dios.

25 de junio

25.6.1

Fiesta del Sagrado Corazón.

La habíamos instalado en la biblioteca, porque en su celda daba mucho el sol. Durante el sermón, había cogido un libro de la Propagación de la Fe. A continuación, me mostró un pasaje en el que se hablaba de la aparición de una hermosa Señora, vestida de blanco, al lado de un niño recién bautizado, y me dijo:

Más tarde, también yo iré así junto a los niños recién bautizados...

25.6.2

Durante el sermón he hecho novillos, sentía que era fiesta. No todos los días me puedo permitir eso. Considero mi cuaderno (*su Vida*) como mi *pequeña* tarea escolar.

---

[29] Cf. Cta 237, 254, 255, 257; CA 7.7.1; 29.7.8; 31.7.4; 2.8.5; 18.8.2; 19.8.4; 20.8.1; 21.8.2; 30.9. Pero a sor María del Sagrado Corazón Teresa le precisará: *«Un bebé que es un anciano»* (PA 231). En ese mismo sentido encontraremos *«infantil»* en CA 11.6.1; 10.7.3; 25.8.3; 5.9.1; 29.9.3. Pero, como se ha señalado (*Prières*, p. 129), en esa actitud no existe la más mínima cursilería.

26 de junio

26.6

Ayer me dolió mucho el costado, luego... ¡esta mañana cesó! ¡Ay, cuándo me iré con Dios! ¡Cómo me gustaría irme al cielo!

27 de junio

27.6

Cuando esté en el cielo, les diré a todos los santos tantas cosas hermosas sobre mi Madrecita, que les entrarán muchas ganas de llevársela. Estaré siempre con mi Madrecita; les pediré a los santos que vengan conmigo a las oscuras bodegas para protegerla, y si no quieren, pues bueno, vendré yo solita.

Se refería con eso a una pequeña aventura que me había acaecido ese mismo día en la bodega de la sacristía.

29 de junio

29.6.1

... Mira lo que ha pasado: como yo estaba a punto de morir, los angelitos hicieron toda clase de hermosos preparativos para recibirme; pero se cansaron y se quedaron dormidos. ¡Ay, los niñitos duermen mucho!, no se sabe cuándo despertarán...

(Nos contaba con frecuencia historietas de este tipo para distraernos de sus sufrimientos de alma y de cuerpo[30].)

29.6.2

¡Qué desdichada me sentiré en el cielo si no puedo dar pequeñas alegrías en la tierra a los que amo!

---

[30] Cf. 9.7.9.

29.6.3

Por la noche se acentuó más su prueba interior, y ciertos comentarios la habían hecho sufrir. Me dijo:

Mi alma está desterrada, el cielo está cerrado para mí, y aquí en la tierra, también la prueba.

... Ya veo que no me creen enferma, pero es Dios quien lo permite.

29.6.4

Me alegrará en el cielo que compongas unos bonitos versos para mí; me parece que eso les va a gustar los santos.

30 de junio

30.6.1

Le hablaba de ciertos santos que llevaron una vida extraordinaria, como san Simón Estilita[31]. Me dijo:

Yo prefiero a los santos que no tienen miedo a nada, como santa Cecilia, que se casa sin temer nada...

30.6.2

Mi tío había pedido que bajase con nosotras al locutorio, y, como de costumbre, ella no había hablado casi nada.

¡Qué acobardada me sentía con mi tío en el locutorio! Al volver, reñí mucho a una novicia, no me conocía a mí misma. ¡Qué contrastes hay en mi carácter! Mi timidez proviene del gran malestar que siento cuando se ocupan de mí[32].

---

[31] Santo del Oriente que vivió largos años en lo alto de una columna, y de ahí su nombre.

[32] Cf. Ms A 13r°/v°.

Julio

Dos fuentes nos suministran una rica información sobre el mes de julio: los 238 dichos, o sea casi una tercera parte del Cuaderno amarillo, y 34 cartas que hablan de Teresa, en su mayor parte dirigidas a la familia Guérin que estaba de vacaciones en La Musse (cf. UC, pp. 611s). Dichas fuentes nos permiten seguir paso a paso el curso de la tuberculosis.

Tras la aparente mejoría de finales de junio, se declaran abundantes y repetidas hemoptisis los días 6 y 7 de julio. Reposo absoluto, hielo y otros cuidados conjuran el peligro inmediato. Al atardecer del 8 de julio, bajan a la enferma a la enfermería de la planta baja.

Pronto vuelven las hemoptisis. El Dr. de Cornière no espera ya la curación. El 29 de julio, se agrava de tal manera, que al día siguiente administran la Unción de los enfermos a la moribunda: se piensa que no pasará de la noche.

A comienzos de mes, Teresa ha tenido que abandonar la redacción de su manuscrito. Su tarea ha terminado. Y comienza la de la madre Inés de Jesús. A la cabecera de su hijita, el futuro «historiador» (CA 29.7.7) pregunta y recibe explicaciones. Recuerdos de la infancia que evoca la enferma, comentarios espontáneos sobre su experiencia religiosa, reacciones ante los sufrimientos del cuerpo y del alma. Teresa es veraz, con total espontaneidad. Su «caminito» deberá transmitirse al mayor número posible de almas. Julio es el mes de las intuiciones proféticas sobre su misión póstuma.

Durante este mismo mes, Teresa escribe (a lápiz) trece cartas y billetes (Cta 249 a 261).

2 de julio

Por la tarde, fue por última vez al oratorio a hacer una visita al Santísimo; pero estaba al límite de sus fuerzas. La vi mirar largamente a la hostia, y adiviné que lo hacía sin experimentar ningún consuelo pero con una gran paz en el fondo del alma.

Recuerdo que por la mañana, después de Misa, cuando la comunidad se dirigía al oratorio para la acción de gracias, nadie pensó en sostenerla. Caminaba muy despacito, arrimada a la pared. No me atreví a ofrecerle el brazo.

3 de julio

3.7.1

Había muerto una de nuestras amigas[1], y el doctor de Cornière había hablado delante de ella de su enfermedad, una especie de tumor que no había podido definir exactamente. Aquel caso le interesaba vivamente desde el punto de vista médico. «¡Qué lástima –dijo– que no haya podido hacerle la autopsia!»

Ella me dijo más tarde:

¡Ay, así de indiferentes somos los unos con los otros en la tierra! ¿Se diría eso mismo si se tratase de una madre o de una hermana? ¡Qué ganas tengo de irme de este triste mundo!

3.7.2

Le confiaba mis sentimientos de tristeza y desaliento después de una falta.

... Tú no haces como yo. Cuando yo cometo una falta que me pone triste, sé muy bien que esa tristeza es la consecuencia de mi infidelidad. ¿Pero crees que me quedo en eso? ¡No, no soy tan tonta! Corro a decirle Dios: Dios mío, sé que he merecido este sentimiento de tristeza, pero déjame que te lo ofrezca igualmente como una prueba que me envías con amor. Lamento mi pecado, pero me alegro de poder ofrecerte este sufrimiento.

3.7.3

¿Cómo es posible que desees morir, con esa prueba contra la fe que nunca acaba?

¡Ah...! ¡Pero creo en el Ladrón! Es sobre el cielo sobre lo que recaen todas la dudas. ¡Qué extraño e incoherente!

---

[1] Juana María Primois, fallecida el 1 de julio a los 43 años.

3.7.4

Como la leche le sentaba mal y de momento no podía tomar ninguna otra cosa, el Sr. de C.[2] *había prescrito una especie de leche condensada que debía encontrarse en las farmacias con el nombre de «leche maternizada». Por diversas razones, esta prescripción la apenó, y cuando vio llegar las botellas se echó a llorar a lágrima viva.*

Por la tarde sintió necesidad de desahogarse, y nos dijo con expresión triste y dulce a la vez:

Necesito un alimento para el alma; leedme la vida de un santo.

¿Quieres la vida de san Francisco de Asís? Te distraerá cuando habla de los pajarillos.

No, no para distraerme, sino para ver ejemplos de humildad.

3.7.5

Cuando estés muerta, te pondrán una palma en la mano[3]*.*

Sí, pero tendré que poder soltarla cuando quiera, para poder dar a mi Madrecita gracias a manos llenas. Tengo que poder hacer todo lo que me guste.

3.7.6

(Por la noche)

¡Hasta los santos me abandonan! Durante Maitines le pedí a san Antonio que me ayudase a encontrar el pañuelo que había perdido. ¿Crees que me ha escuchado? ¡Se guardó[4] muy bien de hacerlo! Pero no importa: le he dicho que, a pesar de todo, lo quiero mucho.

---

[2] El Dr. de Cornière.

[3] La palma puede verse en la foto VTL, nº 46, y se encontró intacta a la hora de exhumarla el 6/9/1910.

[4] [Teresa dice: *«bien guetté»*. N. del T.], expresión normanda por «bien gardé».

3.7.7

Durante Maitines, veía brillar las estrellas, y además escuchaba el Oficio divino. Y me gustaba.

(La ventana de su celda estaba abierta.)

4 de julio

4.7.1

Dios me ha ayudado y he superado mi tristeza a propósito de la leche maternizada...

4.7.2

(Por la noche)

Nuestro Señor murió en la cruz entre angustias, y sin embargo la suya fue la más bella muerte de amor. Es la única que se ha visto; la de la Santísima Virgen no se vio. Morir de amor[5] no es morir entre arrobamientos. Te lo confieso francamente: me parece que eso es lo que yo estoy sintiendo.

4.7.3

¡Presiento que vas a sufrir mucho!

¿Y qué importa? El sufrimiento podrá llegar a límites extremos, pero estoy segura de que Dios nunca me abandonará.

4.7.4

Estoy muy agradecida al P. Alejo[6], me ha hecho mucho bien. El P. Pichon[7] me trataba demasiado como a una niña; con todo, también él me hizo mucho bien cuando me dijo que no había cometido ningún pecado mortal.

---

[5] Ver la nota 6 del mes de junio.

[6] Cf. Ms A 80r°/v°; y 25.7.7.

[7] Cf. Ms A 70r° y LC 151; para sus otras quince cartas a Teresa, véase CG, p. 1438.

5 de julio

5.7.1

Le hablaba de mis debilidades, y me dijo:

También yo tengo debilidades, pero me alegro de ello. 2Co 12,5
Tampoco yo estoy siempre por encima de las naderías de la tierra. Por ejemplo, si me da rabia por una tontería que he dicho o que he hecho, me recojo en mi interior y me digo a mí misma: ¡Vaya, sigo todavía en el mismo punto que antes! Pero me lo digo con gran suavidad y sin tristeza. ¡Es tan bueno sentirse uno débil y pequeño!

5.7.2

No estés triste por verme enferma, Madrecita, pues ya ves lo feliz que me hace Dios. Yo estoy siempre alegre y contenta[8].

5.7.3

Después de mirar una estampa que representaba a Nuestro Señor con dos niños, el más pequeño de los cuales está en su regazo y el otro a sus pies, besándole la mano:

Yo soy ese pequeñito que se ha subido al regazo de Jesús, que estira tan graciosamente su piernecita, que levanta la cabecita y le acaricia sin ningún temor. El otro pequeño no me gusta tanto. Está como una persona mayor; le han dicho algo..., sabe que hay que tratar con respeto a Jesús...

6 de julio

6.7.1

Acababa de expectorar sangre. Yo le dije: ¿Así que vas a dejarnos?

¡Qué va! El Sr. abate[9] me ha dicho: «Será para ti un gran sacrificio dejar a tus hermanas». Y yo le he contestado: «Pero,

---

[8] Sobre la alegría de Teresa enferma, cf. 19.5; 6.7.3; 9.7.1; 13.7.7; 10.8.3; 20.8.4; 5.9.3; 6.9.2; Cta 255; UC, p. 620-621, 656.

[9] El abate Youf.

Padre, creo que no las dejaré, al contrario, después de mi muerte estaré aún más cerca de ellas»[10].

6.7.2

Creo que ante la muerte tendré que tener la misma paciencia que para los demás acontecimientos importantes de mi vida. Fíjate: entré joven en el Carmelo, y, sin embargo, cuando todo estaba ya decidido, tuve que esperar tres meses; para la toma de hábito, lo mismo; para la profesión, otra vez lo mismo[11]. Pues bien, para mi muerte será también lo mismo: llegará pronto, pero tendré todavía que esperar.

6.7.3

Cuando esté en el cielo, me acercaré a Dios, como la sobrinita de sor Isabel[12] ante la reja del locutorio. Ya sabes, cuando recitaba su felicitación y terminaba con una reverencia, levantando los brazos y diciendo: «Felicidad para todos los que amo».

Dios me dirá: «¿Qué quieres, hijita?». Y yo contestaré: «Felicidad para todos los que amo». Y haré lo mismo delante de todos los santos.

Estás hoy muy alegre, parece que ves al Ladrón.

Sí, cada vez que me pongo peor, le vuelvo a ver. Pero aun cuando no lo viese, lo quiero tanto que estoy siempre contenta con lo que hace. No le amaría menos si no viniese a robarme, al contrario... Cuando me engaña, le hago toda suerte de cumplidos; ya no sabe qué hacer conmigo.

6.7.4

He leído un pasaje precioso en los *Comentarios sobre la Imitación*[13]. Es un pensamiento del Sr. de Lamennais –¡mala suerte!–, pero es precioso a pesar de todo.

---

[10] Cf. 27.8.6; Cta 229 y 253; UC, p. 664.

[11] Sobre esos sucesivos retrasos, cf. Ms A 68r°, 72r° y 73v°.

[12] Tornera del carmelo.

[13] Cf. Im II, 9, *Réflexions.*

Ella creía, y nosotras también, que el abate Lamennais había muerto impenitente.

Nuestro Señor, en el Huerto de los Olivos, gozaba de todas las delicias de la Trinidad, y sin embargo su agonía no fue por eso menos cruel. Es un misterio, pero os aseguro que comprendo algo de él por lo que yo misma estoy viviendo. Lc 22,39.44

6.7.5

Estaba poniendo yo una lámpara ante la Virgen de la Sonrisa[14]*, para conseguir que no siguiese expectorando sangre.*

¿No te alegras, pues, de que me muera? Para alegrarme yo, tendría que seguir expectorando sangre. ¡Pero, por hoy, se acabó!

6.7.6

Ocho y cuarto de la mañana. Le llevé su lámpara, que se habían olvidado de subirle. Le había hecho otros pequeños favores. Se mostró muy emocionada y me dijo:

Siempre te has portado así conmigo... No sé expresarte mi gratitud.

Y secándose las lágrimas:

Lloro porque me siento muy conmovida por todo lo que has hecho por mí desde mi infancia. ¡Cuantísimo te debo! Pero cuando esté en el cielo, diré la verdad, diré a los santos: todo lo que os gusta de mí me lo ha dado mi Madrecita.

6.7.7

¿Cuándo llegará el juicio final? ¡Cómo me gustaría estar ya en ese momento! ¡¿Y después, qué habrá...?!

6.7.8

Hago muchos pequeños sacrificios...

---

[14] La estatua que Teresa, siendo niña y estando gravemente enferma, vio que le sonreía el 13 de mayo de 1883, cf. Ms A 30r°.

7 de julio

7.7.1

Después de haber vuelto a expectorar sangre:

El bebé va a ir pronto a ver a Dios...

¿Tienes miedo a la muerte, ahora que la ves tan de cerca?

¡No, cada vez menos!

¿Tienes miedo al Ladrón? ¡Esta vez está a la puerta!

Mt 24,43-44 No, no está a la puerta, ya ha entrado. ¿Pero qué estás diciendo, Madrecita? ¿Que si tengo miedo al Ladrón? ¡¿Cómo quieres que tenga miedo a alguien a quien amo tanto?!

7.7.2

Le pedí que me volviera a contar lo que le había ocurrido después de su ofrenda al Amor[15]. Empezó diciéndome:

Madrecita, te lo confié aquel mismo día, pero no me prestaste atención.

(En efecto, había aparentado no darle a la cosa ninguna importancia.)

Bueno, pues comenzaba a hacer el viacrucis cuando de pronto me sentí presa de un amor tan intenso a Dios, que sólo puedo explicarlo diciendo que era como si me hubiesen metido toda entera en el fuego. ¡Qué fuego aquél, y al mismo tiempo qué dulzura! Me abrasaba de amor, y sentía que un minuto, un segundo más, y no hubiese podido soportar aquel ardor sin morir. Entonces comprendí lo que dicen los santos sobre esos estados que ellos experimentaron tantas veces. Yo no lo probé más que una vez, y un solo instante, y luego volví a caer enseguida en mi habitual sequedad.

Un poco más tarde:

A partir de los 14 años, he tenido también otros ímpetus de amor. ¡Ay, cómo amaba a Dios[16]! Pero no era, en absoluto,

---

[15] Ofrenda del 9 de junio de 1895; cf. Ms A 84r° y Or 6; vuelve a evocarse en 29.7.9; 8.8.2; y el 30.9.

[16] Cf. Ms A 52r°.

como después de mi ofrenda al Amor, no era una verdadera llama que me abrasase.

7.7.3

Desde niña, me encantaban estas palabras de Job: «Aunque Dios me matara, seguiría esperando en él»[17]. Pero he tardado mucho tiempo en llegar a este grado de abandono. Ahora ya estoy en él; Dios me ha introducido en él, me ha tomado en brazos y me ha instalado en él... Jb 13,15

7.7.4

Le pedía que dijese algunas palabras amables y edificantes al Dr. de Cornière.

Madrecita, no es ése mi estilo... Que el Sr. de Cornière piense lo que quiera. Sólo amo la sencillez y aborrezco el «*fingimiento*»[18]. Te aseguro que si hiciera lo que deseas, estaría mal por mi parte.

7.7.5

Ahora sí que tengo la impresión de que estoy realmente muy enferma. No olvidaré nunca la escena de esta mañana mientras expectoraba sangre: el Sr. de Cornière parecía consternado.

7.7.6

Ya ves, Dios me trata tan dulcemente en atención a ti. Nada de vejigatorios, sólo remedios suaves. Sufro, pero no como para gritar.

Tras un momento, con aire travieso:

Sin embargo, Dios nos ha mandado pruebas como para «gritar»..., y, no obstante, no hemos «gritado»...

(Aludía a nuestra gran tribulación familiar[19]).

---

[17] Traducción de la Vulgata.

[18] Cf. 13.7.7; 11.8.6; 15.8.7.

[19] La enfermedad del señor Martin.

En cuanto a los «remedios suaves», no siempre lo fueron, y sus sufrimientos llegaron a ser terribles.

7.7.7

Soy como un pobre «lobito gris», que tiene muchas ganas de volver a su selva y que se le obliga a vivir en las casas.

(En los Buissonnets, nuestro padre la llamaba algunas veces «mi lobito gris».)

7.7.8

Acabo de ver sobre el muro un gorrioncillo que esperaba pacientemente, lanzando de vez en cuando un gritito de llamada, a que sus padres vinieran a buscarlo para darle de comer. Y he pensado que yo me parecía a él.

7.7.9

Le decía que me gustaban mucho los cumplidos.

Me acordaré en el cielo...

8 de julio

8.7.1

Se encontraba tan enferma, que se hablaba ya de administrarle la Unción de los enfermos. Ese día, la bajaron de su celda a la enfermería. Ya no podía sostenerse y tuvieron que llevarla. Estando todavía en su celda, y viendo que se pensaba en darle la Unción de los enfermos, dijo con un tono de gozosa sorpresa:

¡Me parece estar soñando...! Bueno, no están locos... *(El Sr. abate Youf y el Sr. de Cornière.)*

Sólo tengo miedo de una cosa; de que esto vaya a cambiar.

8.7.2

Quiso examinarse conmigo de los pecados que hubiese podido cometer con los sentidos, para acusarse de ellos antes de recibir la Unción de los enfermos. Estábamos en el olfato, y me dijo:

Recuerdo que en mi último viaje de Alençon a Lisieux[20], usé un frasco de agua de Colonia que la Sra. de Tifenne (*) me había regalado, y lo hice sintiendo placer.

(*) (Una amiga de la familia.)

8.7.3

Queríamos hablarle todas a la vez.

¡Mucha gente tiene algo que decir!

8.7.4

Estaba rebosante de alegría y se esforzaba por comunicárnosla.

Si cuando esté en el cielo no puedo volver a la tierra para gastaros algunas «bromitas», me iré a llorar a un «rinconcito»[21].

8.7.5

A mí:

Tienes larga la nariz, más tarde tendrás buen olfato[22]...

8.7.6

Mirando sus manos enflaquecidas:

Esto se está convirtiendo ya en un esqueleto, y «me place»[23].

8.7.7

¿Sabes?, pronto seré una «moribunda».

... Y eso me produce la impresión de que fuera una cucaña: he dado más de un resbalón, pero luego, de pronto, ¡ya estoy arriba!

---

[20] En octubre de 1886; cf. Ms A 43r°.

[21] [El original dice «*toin*», en vez de «coin» [(rincón)].

[22] «Papá decía esto algunas veces, era una expresión familiar», anotó la madre Inés. Sobre la nariz de ésta, cf. Cta 219.

[23] Cf. 15.6.2; y sobre la delgadez de la enferma, 14.7.10; 20.9.2; 24.9.3.

8.7.8

Prefiero ser reducida a polvo a conservarme como santa Catalina de Bolonia[24]. No conozco más que a san Crispín que haya salido con honor del sepulcro.

El cuerpo de este santo se encuentra admirablemente conservado en su convento de los franciscanos de Roma.

8.7.9

Hablando consigo misma:

¡Como si no hubiese más que hacer que estarse ahí agonizando...! Pero a fin de cuentas, ¡qué importa! Ya alguna vez me he visto *cubierta de injurias* por tonterías[25]...

8.7.10

Con expresión seria y dulce a la vez, ya no me acuerdo por qué razón pero sé que había sido incomprendida:

Lc 2,19.51 La Santísima Virgen hizo muy bien guardándolo todo en su «pequeño» corazón... No se me puede reprochar a mí que quiera actuar como ella...

8.7.11

Los angelitos se han divertido mucho gastándome pequeñas bromas... Se han dedicado a esconderme la luz que me señalaba mi cercano final.

¿Han escondido también a la Santísima Virgen?

No, la Santísima Virgen nunca estará escondida para mí, pues la quiero demasiado.

8.7.12

Tengo grandes deseos de recibir la santa unción; si luego se ríen de mí, ¡lo siento!

---

[24] Cf. Ms A 59v°.

[25] Cf. Ms C 27r°. [En el original, Teresa hace un juego de palabras intraducible al español, incurriendo en un barbarismo francés: «agoniser» = agonizar, y «*agoniser*», que, usado como barbarismo en lugar de «agonir», significa colmar, cubrir de injurias. N. del T.]

(Si recobraba la salud, pues sabía que algunas hermanas no la creían en peligro de muerte.)

8.7.13

Seguro que lloraré al ver a Dios... Pero no, en el cielo no se puede llorar... ¿O sí?, ya que él mismo ha dicho: «Enjugaré las lágrimas de vuestros ojos». Ap 21,4

8.7.14

Te ofrezco los pequeños frutos de mi alegría tal como Dios me los da[26].

En el cielo alcanzaré muchas gracias para todos los que me han ayudado. Para la Madrecita, *todo*. Aunque no todo te sirva, habrá mucho para divertirte[27].

8.7.15

¡Si supieras lo bondadoso que va a ser Dios conmigo! Pero si es un poquito menos bondadoso, a mí me seguirá pareciendo bondadoso... Si voy al purgatorio, me sentiré muy contenta; haré como los tres hebreos en el horno: me pasearé por entre las llamas cantando el cántico del amor. ¡Qué feliz sería si, yendo al purgatorio, pudiese librar a otras almas y sufrir en su lugar, pues entonces haría el bien, libertaría a los cautivos! Dn 3,51s

8.7.16

Me previno de que, más tarde, un gran número de jóvenes sacerdotes, al saber que ella había sido dada por hermana espiritual a dos misioneros[28], nos pedirían ese mismo favor. Y me advirtió que esto podría constituir un gran peligro.

Cualquiera podría escribir lo que yo escribo, y recibiría los mismos cumplidos y la misma confianza. Nosotras sólo

---

[26] Cf. Cta 260.

[27] «*Éjouir*» [leemos en el original, en vez de «réjouir»].

[28] El abate Bellière (cf. 30.7.4; 12.8.2; 4.9.4; 21.9.3) y el P. Roulland (cf. 1.5.2; 30.7.4; 4.9.4).

podemos ser útiles a la Iglesia con la oración y el sacrificio. La correspondencia epistolar debe ser muy rara, y no se debe permitir en absoluto a ciertas religiosas que vivirían pendientes de ella, creerían hacer maravillas, y en realidad no harían más que perjudicar a su alma y tal vez caer en los lazos sutiles del demonio[29].

Insistiendo aún más en ello:

Madre, lo que acabo de decirte es muy importante, te pido por favor que no lo olvides más tarde. En el Carmelo, no se ha de acuñar moneda falsa para comprar almas... Y con frecuencia las bellas palabras que se escriben y las bellas palabras que se reciben son un intercambio de moneda falsa.

8.7.17

Para hacernos reír:

Quisiera que me pusiesen en una cajita de Gennin, y no en el *ataúd*.

Jugaba con la palabra «bière» [caja de muerto, ataúd]. Habían enviado al carmelo unas preciosas flores artificiales en cajas de madera, alargadas y muy bien acondicionadas, de la Casa Gennin de París.

8.7.18

... Trae mucho bien consigo el sufrimiento. Nos lleva a ser observantes y caritativas.

9 de julio

9.7.1

No quería caras tristes a su alrededor, y tampoco en casa de mi tío.

Quiero que en La Musse estén todos «de boda». Yo estoy de boda espiritual todo el día.

No es una boda muy alegre, que digamos, la tuya.

Pues a mí me parece muy alegre.

---

[29] Cf. Ms C 32r°/v°.

9.7.2

Sor Genoveva me va a necesitar... Pero volveré.

9.7.3

Tras la visita de Nuestro Padre[30], le comenté que no se las había ingeniado para conseguir que le administraran los últimos sacramentos, que cuando tenía visitas no daba la impresión de estar muy enferma.

¡No conozco el oficio[31]!

9.7.4

... ¡Quisiera irme ya...!

9.7.5

Seguramente morirás el 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, o el 6 de agosto, fiesta de la Santa Faz[32].

Come todos los «dátiles»[32a] que quieras, yo no quiero ya comerlos... Ya me he engañado demasiado con las *fechas*.

9.7.6

... ¿Por qué iba a estar yo más a salvo que cualquier otra de tener miedo a la muerte? Yo no digo, como san Pedro: «Yo nunca te negaré». Mt 26,35

9.7.7

Hablábamos de la santa pobreza:

¡Santa Pobreza! ¡Qué curioso, una santa que no irá al cielo!

---

30 El canónigo Maupas.

31 «De la astucia», precisa en otra parte la madre Inés.

32 Cf. Or 12. Y sobre los pronósticos acerca de la fecha de su muerte, cf. 15.7.1; 31.7.1; 25.8.1; 2.9.1; 23.9.2.

32ª Teresa juega con las palabras «dattes» (= dátiles) y «*dates*» (= fechas), que se pronuncian lo mismo. N. del T.

9.7.8

Yo había estado triste:

Mi amor debería consolarte.

Y a las que estaban presentes:

Ya me pondré de acuerdo con mi Madrecita.

Por la noche, a mí sola:

Vamos, yo no me engaño, sé muy bien que todo lo que haces por mí lo haces por amor...

9.7.9

Habían cogido un ratón en la enfermería. Ella nos inventó toda una historieta, pidiéndonos que le trajésemos el ratón herido, que ella lo acostaría a su lado y lo haría auscultar por el médico. Nos reímos de buena gana, y estaba contenta de habernos distraído.

10 de julio

10.7.1

... Los niñitos no se condenan.

10.7.2

Lo que has escrito[33] *podría muy bien llegar un día hasta el Santo Padre.*

Riéndose:

Et nunc et semper!

10.7.3

Señalándome con gesto infantil la estampa de la Santísima Virgen amamantando a Niño Jesús[34]*:*

¡Esa leche sí que es buena! Habrá que decírselo al Sr. de Cornière[35].

---

[33] Su autobiografía.

[34] Reproducción de un cuadro pintado por Celina (1894); cf. 10.7.10.

[35] Cf. 3.7.4 y 20.8.6.

10.7.4

Era sábado, y a medianoche había expectorado sangre.

El Ladrón ha convertido en ladrona a su mamá... Y entonces ella vino a medianoche para obligar al Ladrón a descubrirse... O a lo mejor vino ella sola, si el Ladrón no quiso venir.

10.7.5

No me prolongarán la vida ni un minuto más de lo que quiera el Ladrón. Mt 24,43-44

10.7.6

A mí sola:

Te preocupas demasiado por cosas que no valen la pena.

10.7.7

Sonriendo:

... Cuando has hecho *algo* así, es todavía peor que temas demasiado las consecuencias...

10.7.8

Eres como un pajarillo miedoso que nunca ha vivido entre los hombres: siempre tienes miedo a que te atrapen. Yo nunca he tenido miedo a nadie; he ido siempre adonde he querido... Yo me habría deslizado entre sus piernas...

10.7.9

Tenía el crucifijo entre las manos, y después de besarlo a las 3 de la tarde[36], hizo ademán de querer quitarle la corona y los clavos.

10.7.10

Volviendo sobre el percance de la noche anterior[37], dijo con gran salero, mirando a la estampa de la Virgen Madre que estaba prendida en la cortina al fondo de su lecho:

---

[36] Era costumbre en el Carmelo tocar la campana a las 3 de la tarde, en recuerdo de la muerte de Cristo. Entonces todas las religiosas besaban su crucifijo.

[37] Una hemoptisis.

La Santísima Virgen no es ladrona de nacimiento..., pero desde que tuvo a su Hijo él le enseñó el oficio...

Tras una pausa:

Sin embargo, el Niño Jesús es aún demasiado pequeño para tener esas ideas... En brazos de su Madre no piensa en robar... Aunque sí, ya piensa en ello, y sabe muy bien que vendrá a robarme.

¿A qué edad?

A los 24 años.

10.7.11

Hablábamos de la muerte y de las contracciones que en ese momento se producen con frecuencia en el rostro. Ella replicó:

Si me ocurre a mí eso, no os entristezcáis, pues inmediatamente después no tendré más que sonrisas.

Sor Genoveva estaba mirando la tapa de una caja-regalo de bautismo, y dijo que la linda cabecita que veía en ella le serviría de modelo para una cabeza de ángel. Nuestra Teresita mostró deseos de verla, pero a nadie se le ocurrió enseñársela, y ella no dijo nada. Yo lo supe más tarde.

10.7.12

¿Qué pensaré al mirar la ventana de tu celda cuando hayas dejado la tierra? Se me partirá el corazón.

Pensarás que soy muy feliz, que allí yo he luchado y sufrido mucho... Me habría gustado morir en ella.

10.7.13

(Durante Maitines)

Le viene a la mente que no está gravemente enferma, que el doctor se equivoca acerca de su estado de salud. Me confía sus temores y añade:

Si mi alma no estuviese de antemano totalmente dominada por el abandono a la voluntad de Dios, si se dejase inundar por los sentimientos de alegría o de tristeza que se suceden tan rápidamente unos a otros en la tierra, sería una oleada de dolor muy amarga y no podría soportarla.

Pero esas alternancias sólo llegan a rozar la superficie de mi alma... ¡Sin embargo, son pruebas muy duras!

10.7.14

... *Creo que no* es la Santísima Virgen la que me hace esas jugarretas... Más bien, se ve obligada a ello por Dios... Él le dice que me pruebe para que yo le dé más pruebas de abandono y de amor.

10.7.15

A mí sola:

... Tú estás siempre ahí para consolarme... Tú llenas mis últimos días de ternura.

11 de julio

11.7.1

Recita toda esta estrofa:

«Puesto que el Rey del cielo quiso ver a su Madre
sumergida en la noche y en la angustia del alma,
María, ¿es, pues, un bien el sufrir en la tierra?[38]
etc. .....

¿Así que ya no ves a la «Ladrona»?

¡Sí, sí que la veo! ¡Tú no lo entiendes! Ella es muy libre de no robarme... «Miro a la derecha… y nadie me conoce». Sólo Dios puede comprenderme. Sal 141,5

11.7.2

Durante Maitines.

Me habló de sus oraciones de antaño, por la noche, durante el silencio del verano, y me dijo que entonces había sabido por experiencia lo que es un «vuelo del espíritu»[39]. Me habló de otra gracia de este género que recibió en la gruta de santa María

---

[38] Cf. el texto original en PN 54,16.

[39] Cf. Santa Teresa de Jesús, M6, 5.

Magdalena[40]*, en el mes de julio de 1889, gracia a la que siguieron varios días de «quietud»*[41]*.*

... Era como si me hubiesen corrido un velo sobre todas las cosas de la tierra... Estaba totalmente escondida bajo el manto de la Santísima Virgen. En esos días yo estaba encargada del refectorio, y recuerdo que hacía las cosas como si no las hiciese, era como si me hubiesen prestado un cuerpo. Estuve así durante toda una semana.

11.7.3

Le hablaba yo del manuscrito de su Vida y del bien que iba a hacer a las almas.

... ¡Y qué bien se verá que todo viene de Dios! Y la gloria que yo tenga será un don gratuito que no me pertenecerá. Todos lo entenderán así...

11.7.4

Me habló de la comunión de los santos, y me explicó cómo los bienes de los unos serán los bienes de los otros[42]*.*

... Como una madre está orgullosa de sus hijos, así lo estaremos nosotros unos de otros, sin la menor envidia.

11.7.5

¡Ay, qué poco he vivido! Siempre me ha parecido muy corta la vida. Me parece que fueron ayer los días de mi niñez[43].

11.7.6

Alguien podría creer que si tengo una confianza tan grande en Dios es porque no he pecado[44]. Madre mía, di

---

[40] Una ermita en la huerta del carmelo.

[41] Cf. Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, cap. 32. [En realidad, cap. 31. N. del T.]

[42] Cf. 13.7.12; 15.7.5; Cta 185.

[43] Cf. Ms A 11v°.

[44] Cf. Ms A 70r°; Ms C 36v°; y 20.7.3; así como *Prières*, pp. 62 y 66.

muy claro que, aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles, seguiría teniendo la misma confianza; sé que toda esa multitud de ofensas sería como una gota de agua arrojada en una hoguera encendida. Y luego contarás la historia de la pecadora convertida que murió de amor. Las almas comprenderán enseguida, pues es un ejemplo palpable de lo que quiero decir. Pero estas cosas no pueden explicarse (ª).

11.7.7

Durante la charla de la noche, me repitió estos versos de «La jeune poitrinaire», según creo[45]*. Y lo hizo con una expresión tan dulce...*

... Mis días están contados,
la tierra voy a dejar,
voy a deciros adiós
sin esperanza posible
de volver.
Tú que me amaste y que fuiste
mi buen ángel tutelar,
deja caer sobre mí
dulces miradas de amor.
Y cuando veas que caen,
que caen ya las hojas muertas,
si me amaste,
reza por mí al Señor.

(ª) Las *Novissima Verba* completan así:

He aquí el episodio que me dictó textualmente:

«Se cuenta en la vida de los Padres del desierto que uno de ellos convirtió a una pecadora pública, cuyos desórdenes escandalizaban a toda una comarca. Esta pecadora, tocada por la gracia, siguió al santo al desierto, para hacer allí rigurosa penitencia, cuando, la primera noche del viaje, antes incluso de haber llegado al lugar de su destino, sus lazos mortales se rompieron por la impetuosidad de su arrepentimiento lleno de amor, y en el mismo momento el solitario vio cómo los ángeles llevaban su alma al seno de Dios. Éste es un ejemplo bien palpable de lo que yo quisiera decir, pero estas cosas no pueden explicarse...». [Puede verse el texto completo de esta «historia» en el Apéndice IV, pp. 1293s.]

45 En realidad, de *Les feuilles mortes* de L. Abadie.

11.7.8

... Una gran paz en mi alma... Mi barquilla ha sido ya puesta a flote. Sé que no me repondré, pero estoy resignada a seguir enferma varios meses, todo el tiempo que Dios quiera.

11.7.9

¡Cómo te ha favorecido Dios! ¿Qué piensas de esa predilección?

Jn 3,8 Pienso que «el Espíritu de Dios sopla donde quiere».

12 de julio

12.7.1

Me contó que en una ocasión había tenido que librar un duro combate a propósito de una lamparilla que tenía que preparar para la familia de la madre María de Gonzaga, que acababa de llegar de improviso a dormir en la casa de la hermanas torneras. La lucha fue tan violenta, y le venían tales pensamientos contra la autoridad[46], que para no sucumbir hubo de implorar insistentemente la ayuda de Dios. Al mismo tiempo, se aplicó lo mejor que podía a lo que le habían pedido. Era durante el silencio nocturno. Ella era la portera, y sor San Rafael su primera de oficio.

Para vencerme, pensé que estaba preparando la lamparilla para la Santísima Virgen y el Niño Jesús. Entonces, lo hice con un esmero increíble, sin dejar en ella ni una sola mota de polvo, y poco a poco fui sintiendo un gran sosiego y una gran serenidad. Tocaron a Maitines y no pude ir enseguida, pero me sentía en una tal disposición interior, había recibido una gracia tan grande, que si la hermana San Rafael hubiese venido y me hubiese dicho, por ejemplo, que me había equivocado de lámpara y que había que preparar otra, la habría obedecido con gusto. A partir de aquel día, hice el propósito de no pararme nunca más a pensar si lo que me mandaban me parecía útil o no.

12.7.2

Sor María de la Eucaristía[47] decía que yo era admirable...

---

[46] Esto le sucedió bajo el priorato de la madre Inés (1893-1896).

[47] María Guérin.

...¡Madre admirable! No, mejor Madre amable[48], pues el amor vale más que la admiración.

12.7.3

A la madre María de Gonzaga:

Nada me para entre las manos. Todo lo que tengo y todo lo que gano es para la Iglesia y para las almas. Aun cuando llegue a vivir 80 años, seguiré siendo así de pobre.

13 de julio

13.7.1

Veo que, cuando esté en el cielo, tendré que vigilar la fruta; pero no tenéis que matar a los pajarillos, de lo contrario no recibiréis limosnas.

Y blandiendo graciosamente los brazos hacia la estampa del Niño Jesús:

¡Sí, sí...!

13.7.2

Dios tendrá que satisfacer todos mis caprichos en el cielo, porque yo no he hecho nunca mi voluntad aquí en la tierra.

13.7.3

Nos mirarás desde lo alto del cielo, ¿no?

No, ¡bajaré!

13.7.4

Durante la noche había compuesto para la comunión[49] la copla «Tú que conoces», etc. (*).

---

[48] Alusión a las letanías de la Santísima Virgen.

[49] Cf. PS 8.

(*) El Proceso Ordinario completa así:

Durante la noche del 12, compuso esta copla para prepararse para la comunión:

Tú que mi pequeñez suma conoces,
¡no temas abajarte hasta mí!
¡Ven a mi pecho, blanca hostia amada,

A propósito de eso me dijo:

Es curioso, la he compuesto con gran facilidad. Creía que ya no podría hacer versos.

13.7.5

Yo no digo: «Si es duro vivir en el Carmelo, es dulce morir en él», sino: «Si es dulce vivir en el Carmelo, más dulce aún es morir en él».

13.7.6

El médico la había encontrado mejor que de ordinario.

Tocándose luego el costado, del que sufría mucho:

¡Sí, sí, esto va mejor que de ordinario...!

13.7.7

Me parecía que tenía ganas de llorar, a pesar de su aire alegre y satisfecho, y le dije:

Pones esa cara y dices palabras alegres para no entristecernos, ¿no es cierto?

... Yo obro siempre sin «fingimientos»...

13.7.8

Le ofrecían vino de Baudon[50].

Mt 26,29 Ya no quiero vino de la tierra... Quiero beber el vino nuevo en el reino de mi Padre.

13.7.9

... Cuando sor Genoveva venía al locutorio, yo no podía decirle en media hora todo lo que hubiese querido. Entonces, durante la semana, cuando me venía una idea, o cuando lamentaba haberme olvidado de decirle algo, le pedía a Dios

---

ven a mi corazón que aspira a ti!
Quiero, Jesús, que tu bondad me deje
morir de amor después de este favor.
Escucha este clamor de mi ternura:
¡Ven a mi corazón!

[50] Vino tonificante.

que le hiciese saber y comprender lo que yo pensaba, y en la visita siguiente ella me decía justamente lo que yo había pedido a Dios que le hiciese saber[51].

... Al principio, cuando ella estaba triste y yo no había logrado consolarla, me iba con el corazón desconsolado. Pero pronto comprendí que no era yo quién para consolar a un alma; y entonces, ya no sentía pena cuando ella se iba toda triste. Le pedía a Dios que supliese él mi impotencia, y sentía que me escuchaba, me daba cuanta de ello en la visita siguiente... Desde entonces, cuando hago sufrir involuntariamente a alguien, le pido a Dios que lo arregle, y ya no me preocupo.

13.7.10

Te pido que hagas un acto de amor a Dios y una invocación a todos los santos; todos ellos son mis «pequeños» parientes en el cielo.

13.7.11

... Deseo que me compren a tres pequeños salvajes: un Luis María Martin, un Teófanes María, y en medio de los dos una niña que se llame María Cecilia.

Después de un momento:

Y además una María Teresa.

(En vez de que gastasen dinero para comprar coronas después de su muerte.)

13.7.12

Volvió a hablarme de la comunión de los santos.

... Con las vírgenes, seremos vírgenes; con los doctores, doctores; y con los mártires, mártires, pues todos los santos son parientes nuestros. Pero los que hayan seguido el camino de la infancia espiritual conservarán siempre los encantos de la infancia.

(Y me desarrolló esos pensamientos.)

---

[51] Cf. Cta 144,r°tv; 149, §. 2.

13.7.13

... Dios me dio desde la niñez la profunda convicción de que moriría joven[52].

13.7.14

... Mirándome con cariño:

¡Tienes una cara...! *Después*[53]... la tendrás siempre así... ¡Te reconoceré muy bien, ya verás!

13.7.15

Dios siempre me ha hecho desear lo que quería darme[54].

13.7.16

A nosotras tres:

No penséis que cuando esté en el cielo os dejaré caer alondras asadas en el pico... No es eso lo que yo he tenido ni lo que he deseado tener. Quizás tengáis grandes pruebas, pero os enviaré luces que os las harán apreciar y amar. Os
Sal 91,5 veréis obligadas a decir como yo: «Tú, Señor, nos colmas de alegría con todo lo que haces».

13.7.17

No creáis que siento una intensa alegría de morir, como la sentía antaño, por ejemplo, cuando iba a pasar un mes a Trouville o a Alençon; ya no sé lo que es eso de las alegrías intensas. Es más, para mí la alegría no es precisamente una fiesta, no es eso lo que me atrae. No puedo pensar mucho en la dicha que me espera en el cielo; sólo una esperanza hace ya palpitar mi corazón, y es el amor que recibiré y el que yo misma podré dar. Además, pienso en todo el bien que quisiera hacer después de la muerte: hacer que se bau-

---

52 Cf. Cta 258; CA 27.7.14.

53 *«Pis»* [en el original, en vez de «puis»].

54 Cf. Cta 253, de esta misma fecha; véase también Ms A 71r° y 84v°; Ms C 31r°; Cta 201; Or 6; CA 16.7.2; 18.7.1; etc. Ya hemos indicado en otra parte el fundamento sanjuanista de esta afirmación.

ticen niños, ayudar a los sacerdotes, a los misioneros, a toda la Iglesia...

... Pero, sobre todo, consolar a mis hermanas...

... Anoche escuchaba una música lejana, y pensaba que pronto escucharía melodías incomparables. Pero este sentimiento de alegría fue sólo pasajero.

13.7.18

Le pedía que me detallase los oficios que había tenido en el carmelo.

Al entrar en el carmelo, me destinaron a la ropería con la madre subpriora (sor María de los Ángeles), y además tenía que barrer la escalera y el claustro.

... Recuerdo que me costaba mucho pedir permiso a la maestra de novicias para hacer mortificaciones en el refectorio, pero nunca cedí a mi renitencia; me parecía que el crucifijo del patio, que yo veía por la ventana de la ropería, se volvía hacia mí pidiéndome ese sacrificio.

Fue por esa época cuando iba a segar la hierba, a las cuatro y media, cosa que no le gustaba a nuestra Madre.

Después de la toma de hábito, me destinaron al refectorio hasta la edad de 18 años; lo barría y ponía el agua y la cerveza. En las Cuarenta Horas[55] de 1891, me pusieron en la sacristía con sor San Estanislao. A partir del mes de junio del año siguiente[56], estuve dos meses sin oficio, es decir, durante ese tiempo pinté los ángeles del oratorio e hice de tercera de la procuradora[57]. Después de esos dos meses, me pusieron en el torno con sor San Rafael, sin dejar la pintura. Estos dos oficios [duraron] hasta las elecciones de 1896, fecha en que pedí ayudar a sor María de San José en la ropería, en las circunstancias que tú ya conoces...

Luego me contó cómo la consideraban lenta, poco diligente en los oficios, y yo misma lo creía así; y, en efecto, las dos juntas

---

[55] Es decir, los tres días que preceden al miércoles de Ceniza, que en 1891 cayeron en los días 8-11 de febrero.

[56] En realidad, en la primavera de 1893; cf. CG, p. 1172.

[57] Cf. nota 5 del mes de abril.

recordamos cuánto la reñí un día por un mantel del refectorio que ella había guardado mucho tiempo en su cesta, sin repasar. Yo la acusaba de negligencia, y me equivocaba, pues era que no le había dado tiempo. En aquella ocasión, sin excusarse en absoluto, había llorado mucho al verme disgustada y tan descontenta... ¡¡¡Que esto haya sido posible!!!

Me dijo también lo que había sufrido conmigo en el refectorio (yo era entonces su primera de oficio) al no poder hablarme de sus cosillas, como en otros tiempos, porque no tenía permiso y por otras razones...

Hasta tal punto, que tú habías llegado a no conocerme ya, *añadió*.

Me habló de lo que tenía que violentarse para quitar las telas de araña del cuarto oscuro de San Alejo, debajo de la escalera (tenía verdadero horror a las arañas[58]) y otros mil detalles que me demostraban lo fiel que había sido en todo y lo que había sufrido sin que nadie lo sospechara.

14 de julio

14.7.1

Leí una vez que los israelitas construyeron las murallas de
Ne 4,17 (11) Jerusalén trabajando con una mano y sosteniendo la espada con la otra. Eso es lo que nosotras debemos hacer: no entregarnos totalmente al trabajo..., etc.

14.7.2

Si hubiera sido rica, no hubiese podido ver a un pobre sin darle enseguida parte de mis bienes. De la misma manera, a medida que gano algún tesoro espiritual, sabiendo que en ese mismo instante hay almas que están en peligro de perderse y de caer en el infierno, les doy todo lo que tengo, y todavía no he encontrado un solo momento para decirme: Ahora voy a trabajar para mí.

14.7.3

Se puso a repetir, con semblante y acento celestiales, la estrofa de «Acuérdate» que empieza con estas palabras:

---

[58] Cf. 18.8.7.

Acuérdate, amoroso: tu santa voluntad
es mi único descanso y mi dicha colmada[59].

14.7.4

No vale la pena que se note *(morir de amor)*, con tal que se dé.

14.7.5

Siempre me ha gustado lo que Dios me daba. Hasta el punto de que, si me hubiese dado a escoger, yo habría escogido precisamente aquello, incluso las cosas que me parecían menos buenas y menos bonitas que las que tenían las demás.

14.7.6

¡Ay, qué venenos de alabanzas he visto servir a la madre priora! ¡Y qué desprendida y elevada sobre sí misma tiene que estar un alma para no salir de ello perjudicada!

14.7.7

En su visita, el doctor había vuelto a darnos un poco de esperanza, pero ella ya no se apenó y nos dijo:

¡Ya estoy acostumbrada! ¡No me importa seguir enferma durante mucho tiempo! Si deseo que esto se acabe pronto, es por evitaros angustias a vosotras.

14.7.8

¡Sí, te quiero mucho, Madrecita!

14.7.9

Mi corazón está lleno de la voluntad de Dios, y así, cuando se le echa algo encima, no penetra en el interior: es como una nadería que resbala fácilmente, como el aceite, que no puede mezclarse con el agua. Allá en lo hondo vivo siempre en una paz profunda, que nada puede turbar.

---

[59] Cf. PN 24,32.

14.7.10

Mirando sus manos enflaquecidas[60]:

¡Qué alegría siento al ver cómo me voy destruyendo!

15 de julio

15.7.1

Tal vez mueras mañana (fiesta de la Virgen del Carmen) después de la comunión.

No, eso no encajaría en mi caminito. ¿Voy a salirme de él para morir? Morir de amor después de la comunión es algo demasiado hermoso para mí; las almas pequeñas no podrían imitar eso.

¡Y ojalá que mañana por la mañana no me ocurra algún percance[61]! Cosas así sólo a mí pueden ocurrirme: que sea imposible darme la comunión y que Dios se vea obligado a volverse..., ¿qué te parece?

15.7.2

Me habló del beato Teófanes Vénard, que no había podido recibir la sagrada comunión en el momento de la muerte, y lanzó un profundo suspiro.

15.7.3

Habíamos hecho los preparativos para que comulgara al día siguiente. El sobrino de sor María Filomena[62] iba a entrar después de su primera Misa en el carmelo para darle la comunión. Pero al verla peor, temíamos que escupiese sangre después de medianoche y le pedíamos que rezase para que nada desagradable viniera a estropear nuestros proyectos. Ella respondió:

Sabéis bien que yo no puedo pedir..., pero pedidlo vosotras por mí... Sin embargo, esta noche acabé pidiéndoselo a Dios por complacer a mis hermanitas y para que la comuni-

---

60 Cf. 8.7.6.

61 Una hemoptisis.

62 El abate Troude.

dad no quedara decepcionada; pero en el fondo le dije todo lo contrario, le dije que hiciese lo que quisiera...

15.7.4

Al vernos adornar la enfermería:

¡Cuánto trabajo os tomáis para preparar todo lo necesario! ¡Así son las fiestas de la tierra! A las niñas que van a hacer la primera comunión se les lleva por la mañana su hermoso vestido blanco, y sólo tienen que ponérselo[63]; se les oculta todo el trabajo que los suyos se han tomado por ellas, sólo saben de alegría. No pasa lo mismo cuando se es mayor...

15.7.5

Me contó el siguiente episodio, cuyo recuerdo guardaba como una gracia:

Sor María de la Eucaristía quería encender las velas para una procesión. No tenía cerillas, pero al ver la lamparilla que arde ante las reliquias, se acercó; pero, ¡ay!, la encontró medio apagada, no quedaba más que un débil destello en la mecha carbonizada. Sin embargo, consiguió encender su vela, y, gracias a esa vela, se fueron encendiendo todas las de la comunidad. Fue aquella lamparita medio apagada la que produjo aquellas hermosas llamas que, a su vez, hubieran podido producir infinidad de otras e incluso incendiar el universo. Sin embargo, la causa primera de ese incendio se debería siempre a aquella lamparita. ¿Podrán entonces las hermosas llamas, sabiendo esto, gloriarse de haber provocado semejante incendio, cuando ellas mismas sólo se encendieron gracias al contacto con aquella centellita...?

Lo mismo ocurre con la comunión de los santos. Muchas veces, sin que nosotros lo sepamos, las gracias y las luces que recibimos se las debemos a un alma escondida, porque Dios quiere que los santos se comuniquen la gracia unos a otros por medio de la oración, para que en el cielo se amen con un gran amor, con un amor todavía mucho mayor que el amor de la familia, hasta el de la familia más ideal de la tierra.

---

[63] Cf. Ms A 35r°.

¡Cuántas veces he pensado si no deberé yo todas las gracias que he recibido a las oraciones de un alma que haya pedido por mí a Dios y a la que no conoceré más que en el cielo!

Sí, una centellita muy pequeña puede hacer brotar grandes lumbreras en la toda la Iglesia, como doctores y mártires, que seguramente estarán muy por encima de ella en el cielo; ¿pero cómo podría alguien pensar que su gloria no se tornará la de ella?

En el cielo no habrá miradas de indiferencia, porque todos los elegidos reconocerán que se deben unos a otros las gracias que les han merecido la corona.

(La conversación fue muy larga y no pude recogerlo todo, ni palabra por palabra.)

16 de julio

16.7.1

Tengo miedo de que sufras mucho para morir...

¿Por qué tienes miedo por adelantado? Espera al menos a que ocurra, para sufrir. ¿Acaso ves que yo empiece a atormentarme pensando que, si sobrevienen las persecuciones y las matanzas que anuncian, quizás te arranquen los ojos?

16.7.2

Había hecho el sacrificio completo de sor Genoveva[64], pero no puedo decir que no deseara ya tenerla aquí a mi lado. Muchas veces, en verano, durante la hora de silencio antes de Maitines, sentada en la terraza, me decía a mí misma: ¡Ay, si estuviera aquí Celina junto a mí! ¡Pero no, eso sería una dicha demasiado grande para la tierra!

... Y me parecía un sueño irrealizable. Sin embargo, no deseaba esa dicha por un sentimiento natural; era por su alma, para que caminase por nuestro mismo camino... Y cuando la vi entrar aquí, y no sólo entrar sino que me la confiaban enteramente a mí para que yo la instruyese en todas

[64] Cf. Ms A 82r°.

la cosas, cuando vi que Dios hacía eso, rebasando así mis deseos, comprendí la inmensidad del amor que él me tiene...

... Pues bien, Madrecita, si un deseo apenas esbozado se cumplió de esa manera, es imposible que no sean plenamente escuchados todos esos mis grandes deseos de los que le hablo a Dios con tanta frecuencia.

16.7.3

Me repitió con expresión convencida esta frase que había leído en las «Florecillas», un libro del abate Bourb.[65]

Los santos de los últimos tiempos sobresaldrán sobre los de los primeros como los cedros sobresalen sobre los demás árboles.

16.7.4

Tú conoces todos los rincones de mi alma, tú sola... ([a])

16.7.5

Con la expresión de un niño al que le viene a la cabeza una graciosa travesura:

---

[65] Abate Bourbonne.

([a]) El 28 de agosto de 1940, al final del *Cuaderno amarillo*, la madre Inés de Jesús añadió este texto:

Advertencia *importante*:

Cuando santa Teresita me dijo, el 16 de julio de 1897: «Tú conoces todos los rincones de mi alma, tú sola...», estoy segura de que, en su pensamiento, no excluía de ese conocimiento completo de su alma a sor María del Sagrado Corazón ni a sor Genoveva de la Santa Faz. A sor María del Sagrado Corazón, a quien debía la sonrisa de la Santísima Virgen, que la había preparado para la primera comunión, y a quien debemos además la respuesta maravillosa de su ahijada [el Manuscrito B]*, del 17 de septiembre de 1896. A sor Genoveva de la Santa Faz, su Celina, a quien ella llamaba tan tiernamente «el dulce eco de mi alma».*

Pero se sintió inspirada por Dios para decirme eso a mí muy especialmente para que más tarde, en razón de la autoridad que se me concedería, se pudiera confiar plenamente en lo que yo dijese y escribiese sobre ella.

Sor Inés de Jesús
c.d.i.
28 de agosto de 1940

Quisiera darte una prueba de amor que nadie te haya dado nunca...

Yo me preguntaba qué iría a hacer... Y entonces[66]...

16.7.6*

Si Dios me dijera: Si mueres ahora, tendrás una gloria muy grande; si mueres a los 80 años, la gloria será mucho menor, pero eso me agradará mucho más, no dudaría en responder: «Dios mío, quiero morir a los 80 años, pues no busco mi gloria sino únicamente agradarte».

Los grandes santos trabajaron por la gloria de Dios, pero yo, que no soy más que un alma muy pequeña, sólo trabajo por complacerle, y me sentiría feliz de soportar los mayores sufrimientos, aunque sólo fuese para hacerle sonreír una sola vez.

17 de julio

17.7

Sábado. A las 2 de la mañana había expectorado sangre.

Siento que voy a entrar en el descanso... Pero siento, sobre todo, que mi misión va a comenzar: mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo y de dar mi caminito a las almas. Si Dios escucha mis deseos, mi cielo transcurrirá en la tierra hasta el fin del mundo. Sí, yo quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra. Y eso no es algo imposible, pues, desde el mismo seno de la visión beatífica, los ángeles velan por nosotros[67].

No puede hacerme mucha ilusión el gozar: no quiero descansar mientras haya almas que salvar... Pero cuando el
Ap 10,6 ángel diga: «¡El tiempo se ha terminado!», entonces descansaré y podré gozar, porque estará completo el número de los elegidos y todos habrán entrado en el gozo y en el descanso. Mi corazón se estremece de alegría al pensar en esto...

---

[66] Siguen tres líneas raspadas ilegibles.

[67] Cf. Cta 254, § 2.

18 de julio

18.7.1

... Dios no me daría este deseo de hacer el bien en la tierra después de mi muerte, si no quisiera hacerlo realidad. Me daría más bien el deseo de descansar en él.

18.7.2

Sólo tengo que soportar molestias, no sufrimientos.

19 de julio

19.7.1

«Esta noche voy a regar». (Era al comenzar la recreación.)

¡Pero... tendrías que regarme tú también a mí!

¿Qué eres tú?

Yo soy una semillita, y todavía no se sabe lo que saldrá de ella...

19.7.2

Hace un rato tenía muchas ganas de preguntarle a sor María del Sagrado Corazón, que venía de estar con el Sr. Youf en el locutorio, lo que éste había dicho acerca de mi estado después de su visita. Pensaba para mis adentros: quizás me haga bien y me consuele el saberlo. Pero, reflexionando, me dije: No, eso es curiosidad, no quiero hacer nada por saberlo; ya que Dios no permite que ella misma me lo diga, es señal de que no quiere que lo sepa. Y evité llevar la conversación a ese tema, por miedo a que sor María del Sagrado Corazón me lo dijese como a la fuerza; no me habría sentido feliz...

19.7.3

Me dijo que se había buscado a sí misma enjugándose el rostro una vez más de lo necesario, para que sor María del Sagrado Corazón se diera cuenta de que estaba sudando mucho.

20 de julio

20.7.1

(A las 3 de la mañana había expectorado sangre.)

«¿Qué habrías hecho tú si una de nosotras estuviese enferma en tu lugar? ¿Habrías venido a la enfermería durante las recreaciones?».

Habría ido derecha a la recreación, sin preguntar por vosotras; y lo habría hecho con toda naturalidad, para que nadie se diese cuenta de lo que me costaba. Y si hubiera venido a la enfermería, lo habría hecho por complaceros, nunca por darme gusto a mí misma...

... y todo por cumplir con mi deber y para alcanzaros gracias que seguramente no os conseguiría buscándome a mí misma. Y yo misma sacaría una gran fortaleza de estos sacrificios. Pero si alguna vez, por debilidad, hubiese hecho lo contrario de lo que quisiera, no me habría desanimado, sino que trataría de reparar mis fallos privándome todavía más sin que se me notase.

20.7.2

Dios se hace representar por quien quiere, pero eso no tiene importancia... Contigo, habría habido un lado humano, y yo prefiero que no haya más que el divino. Sí, lo digo de corazón, estoy contenta de morir entre los brazos de nuestra Madre, porque ella representa a Dios.

20.7.3

... El pecado mortal no me quitaría la confianza[68].

... ¡Y, sobre todo, no te olvides de contar la historia de la pecadora! Eso demostrará que no me equivoco.

20.7.4

Le decía que temía mucho para ella las angustias de la muerte.

Si por angustias de la muerte entiendes esos terribles sufrimientos que se manifiestan en los últimos momentos con

[68] Cf. 11.7.6.

señales que causan horror a las demás, yo nunca los he visto aquí en las que han muerto ante mis ojos. La madre Genoveva los tuvo en el alma, pero no en el cuerpo.

20.7.5

No sabes cuánto te quiero, y te lo demostraré...

20.7.6

Me acosan a preguntas, lo cual me hace pensar en Juana de Arco ante el tribunal... Y me parece que respondo con la misma sinceridad que ella.

21 de julio

21.7.1

Cuando te miro, Madrecita, me siento muy feliz; tú nunca me cansas, al contrario. Lo decía hace poco: cada vez que me veo obligada con tanta frecuencia a dar algo, eres tú quien me lo proporciona...

21.7.2

Si Dios me riñe, aunque sólo sea un poquito, no lloraré lastimeramente...; pero si no me riñe en absoluto, si me acoge con una sonrisa, entonces sí que lloraré...

21.7.3

Quisiera conocer en el cielo la historia de todos los santos. Pero no tendrán que contármela, pues resultaría demasiado largo. Cuando me acerque a un santo, tendré que poder conocer su nombre y toda su vida con una sola mirada[69].

21.7.4

Yo nunca he obrado como Pilato, que se negó a escuchar la verdad. Yo siempre le he dicho a Dios: Dios mío, yo quiero escucharte; por favor, respóndeme cuando te digo humilde- Jn 18,38

[69] Cf. Cta 106 y 163.

mente: ¿Qué es la verdad? Haz que yo vea las cosas tal cual son y que no me deje engañar por las apariencias[70].

21.7.5

Le decíamos la suerte que tenía por haber sido escogida por Dios para enseñar a las almas el camino de la confianza. Respondió:

¡Qué importa que sea yo o que sea otra quien muestre este camino a las almas! Con tal que se enseñe, ¡qué importa el instrumento!

22 de julio

22.7.1

Sor María del Sagrado Corazón le decía: «¡Bueno, te cuidan con gran amor!».

Sí, y bien lo noto... Es una imagen del amor que Dios me tiene. Yo nunca le he dado más que amor, por eso él me devuelve amor; y esto todavía no ha terminado, pronto me devolverá mucho más...

Estoy hondamente conmovida, es como un rayo de luz, o, mejor, como un relámpago en medio de mis tinieblas..., ¡pero sólo como un relámpago!

22.7.2

Me repitió sonriendo estas palabras que el Sr. Youf le había dicho después de la confesión:

Si los ángeles barrieran el cielo, el polvo sería de diamantes.

23 de julio

23.7.1

Le hablaban de asociaciones[71]:

---

[70] Sobre esta exigencia de veracidad en Teresa, cf. por ejemplo 9.5.1; 4.8.3; 5.8.4; 3.9.1; 30.9.

[71] Asociaciones piadosas.

Estoy tan cerca del cielo, que todo eso me parece triste.

23.7.2

Una de nosotras le había dicho y leído algo, y pensaba haberla consolado y alegrado mucho en su gran prueba.

– ¿Verdad que tu prueba ha cesado un momento?

– ¡No! ¡Ha sido como si cantarais!

23.7.3

Le hablaba incesantemente de ese miedo, que nunca me abandonaba, a verla sufrir todavía más.

Los que corremos por el camino del amor creo que no debemos pensar en lo que pueda ocurrirnos de doloroso en el futuro, porque eso es faltar a la confianza y meternos a creadores.

23.7.4

... Cuando las pruebas de papá, yo tenía un vehemente deseo de sufrir... Una noche en que sabía que había empeorado[72], sor M. de los Ángeles[73], al verme muy triste, me consolaba lo mejor que podía; pero yo le dije: «Sor M. de los Ángeles, creo que puedo sufrir todavía más». Ella me miró muy sorprendida y luego me lo recordó muchas veces.

Sor María de los Ángeles, en efecto, no olvidó nunca aquella noche. Nuestra santita, todavía postulante, estaba a punto de acostarse, sentada sobre el jergón, en camisón y con sus hermosos cabellos cayéndole sobre los hombros. «Su mirada, dice ella, y su persona tenían algo de tan noble y de tan bello, que creí estar viendo a una virgen del cielo».

23.7.5

Recuerdo que un día, en lo más recio de nuestras pruebas, me encontré con sor María del Sagrado Corazón después de barrer la escalera del dormitorio *(del lado de la ropería)*. Teníamos permiso para hablar y me paró. Entonces

---

[72] En junio de 1888; cf. Ms A 73r°.

[73] Su maestra de novicias.

yo le dije que me sentía con muchas fuerzas y que en ese momento estaba pensando en estas palabras de Mme. Swetchine que me calaban de tal manera que me sentía como abrasada: «La resignación es todavía distinta de la voluntad de Dios; existe entre ellas la misma diferencia que entre la unión y la unidad. En la unión, sigue habiendo dos; en la unidad ya no hay más que uno»[74].

(No sé si es completamente textual.)

23.7.6

Me habían obligado a pedir la curación de papá el día de mi profesión[75]; pero no logré decir más que esto: Dios mío, por favor, que sea tu voluntad que papá se cure.

23.7.7

Sal 30,2 ... «In te, Domine, speravi!»[76]. En los días de nuestras grandes pruebas, ¡cómo me gustaba recitar este versículo en el coro!

24 de julio

24.7.1

Le habían mandado unas frutas preciosas, pero no podía comerlas. Las fue cogiendo una tras otra, haciendo ademán de ofrecérselas a alguien, y dijo:

La Sagrada Familia ha quedado bien servida: a san José y al Niño Jesús le han tocado un melocotón y dos ciruelas a cada uno.

Preguntándome a media voz:

Tal vez no esté bien, pero las he tocado con satisfacción. Me gusta mucho tocar la fruta, sobre todo los melocotones[77], y verlos de cerca.

---

[74] La misma cita en Cta 65.

[75] El 8 de septiembre de 1890; cf. Ms A 76v°.

[76] «En ti, Señor, he puesto mi esperanza».

[77] Cf. Cta 147; fruta preferida de Teresa.

Yo la tranquilicé, y prosiguió:

También la Santísima Virgen ha tenido su parte. Cuando me dan leche con ron, se la ofrezco a san José, pensando: ¡Qué bien le va a venir esto al pobre san José!

En el refectorio, pensaba siempre a quién tenía que darle. Lo dulce era para el Niño Jesús, los platos fuertes para san José, y tampoco me olvidaba de la Santísima Virgen. Pero cuando me faltaba algo, por ejemplo cuando se olvidaban de pasarme la salsa o la ensalada, estaba mucho más contenta, pues me parecía que entonces se lo daba de verdad a la Sagrada Familia al verme realmente privada de lo que ofrecía.

24.7.2

... Cuando Dios quiere que nos veamos privadas de algo, no hay más remedio que aceptarlo. A veces, sor María del Sagrado Corazón ponía mi plato de ensalada tan cerca de sor María de le Encarnación, que yo no podía ya considerarlo como mío, y no lo tocaba.

¡Ay, Madrecita, y qué tortillas, como suelas de zapato, me han servido en mi vida! Creían que me gustaban así, totalmente resecas. Después de mi muerte habrá que poner mucho cuidado en no dar esa porquería a las pobres hermanas[78].

25 de julio

25.7.1

Le decía que acabaría por desearle la muerte para no verla ya sufrir tanto.

... Sí, pero no hay que decir eso, Madrecita, porque lo que me gusta de la vida es precisamente sufrir[79].

---

[78] Cf. también 20.8.18.

[79] Sobre este amor al sufrimiento, cf. Ms A 36r° y 69v°; Ms C 7r°, 10v°; Cta 253, 254, 258; PN 10,8; 50,5; 54,16; CA 23.7.4; 31.7.13; 24.9.1; 25.9.2; 30.9; etc.

25.7.2

¿Es que estamos ya de lleno en la estación de los melocotones? ¿Se pregonan las ciruelas por las calles? Ya no entiendo lo que pasa.

«Cuando se llega a la tarde de la vida,
se pierden la memoria y la cabeza».

25.7.3

Nuestro tío le había mandado uvas. Comió unas pocas y dijo:

¡Qué ricas están estas uvas! Pero no me gusta lo que me envía mi familia... Antes, cuando me traían de su parte ramos de flores para el Niño Jesús[80], nunca quería recibirlos sin antes estar bien segura de que lo había dicho nuestra Madre.

25.7.4

A petición suya, le di a besar el crucifijo, y se lo presenté como suele hacerse[81].

¡... No, yo lo beso en la cara!

Y mirando la estampa del Niño Jesús (que sor María de la Trinidad había traído del carmelo de Mesina)[82]:

Ese Niño Jesús parece que me está diciendo: «Vendrás al cielo, te lo digo yo».

25.7.5

¿Y dónde está ahora el Ladrón? Ya no se habla más de él. Contestó, poniendo la mano sobre el corazón:

¡Está aquí! Está en mi corazón.

25.7.6

Le decía yo que la muerte, en apariencia, era muy triste y que sentiría mucha pena al verla muerta. Me contestó con voz enternecida:

---

[80] Estatua del claustro que Teresa adornó durante toda su vida religiosa; cf. Ms A 72v°.

[81] Se presenta para besarlo en los pies; cf. 2.8.5; 19.8.3.

[82] Cf. Or 13, descripción del documento.

La Santísima Virgen tuvo a Jesús muerto en su regazo, desfigurado, ensangrentado. ¡Lo que tú veas será algo bien distinto! ¡Yo no sé lo que ella habrá hecho...! Suponte que me traen a tus brazos en ese estado: ¿tú qué harías? Responde mihi...[83]

25.7.7

Después de contarme varias cosillas que se reprochaba a sí misma, me preguntó si habría ofendido a Dios. Le contesté sencillamente que todos aquellos pecadillos no lo eran en realidad, y que me había hecho mucho bien contándomelos. Entonces, pareció emocionarse mucho, y un poco más tarde me dijo:

Al oírte, me acordé del P. Alejo. Tus palabras han calado también profundamente en mi corazón.

25.7.8

Y se echó a llorar; yo recogí sus lágrimas, secándolas con un paño fino (sor Genoveva conserva esta reliquia).

Sor Genoveva le presentó una florecita de geranio, que estaba sobre la mesa desde hacía mucho tiempo, para que la arrojase a sus estampas prendidas con alfileres en la cortina de su cama.

... No arrojar nunca flores marchitas..., sólo florecitas «lozanas».

25.7.9

Le proponíamos una distracción, pero que era demasiado ruidosa. Y respondió sonriendo:

... ¡Nada de juegos de muchachos! ...Nada tampoco de juegos de niñas. Sólo juegos de angelitos.

25.7.10

... Miro las uvas y me digo: Son bonitas, y tienen buen aspecto. Luego como un grano: éste no se lo doy yo al Niño Jesús, me lo da él a mí.

25.7.11

En mi enfermedad soy como un auténtico niño: no pienso en nada, estoy contenta de ir al cielo, ¡eso es todo!

---

[83] «Respóndeme».

25.7.12

... La primera vez que me dieron uvas en la enfermería, le dije al Niño Jesús: ¡Qué ricas son las uvas! No entiendo por qué esperas tanto para cogerme, pues soy un racimito de uvas[84], y dicen que estoy tan madura...

25.7.13

A propósito de la dirección espiritual:

... Creo que hay que tener mucho cuidado con no buscarse una a sí misma, pues pronto quedaría herido el corazón
Ct 5,7; 3,4 y podría decirse con razón: «Los centinelas me quitaron el manto y mi hirieron... pero apenas los dejé, encontré al Amor de mi alma».

Pienso que si el alma hubiese preguntado humildemente a los centinelas dónde estaba el Amor de su alma, ellos le habrían indicado dónde se encontraba; pero por haber querido hacer que la admirasen, cayó en la turbación y perdió la sencillez del corazón.

25.7.14

... Tú eres mi luz.

25.7.15

Escucha una historia muy divertida: Un día, después de mi toma de hábito[85], sor San Vicente de Paúl me encontró en la celda de nuestra Madre y exclamó: «¡Pero qué cara de bienestar! ¡Qué fuerte está esta chica! ¡Y qué gorda!». Yo me fui toda confusa por el cumplido, cuando hete aquí que sor Magdalena me para delante de la cocina y me dice: «¡Pero en qué te estás convirtiendo, mi pobrecita sor Teresa del Niño Jesús! ¡Estás adelgazando a ojos vista! A ese paso, con esa cara que hace temblar a cualquiera, ¡no guardarás mucho tiempo la Regla!». Yo no salía de mi asombro al escuchar, una tras otra, opiniones tan opuestas. Desde aquel momento, dejé de prestar la menor importancia a la opinión

---

[84] Cf. RP 5,9; Ms A 85v°; PN 5,9 y 10; 25,7; CA 27.7.10.

[85] El jueves 10 de enero de 1889; cf. Ms A 72r°.

de las criaturas, y esta impresión se ha desarrollado en mí de tal manera, que actualmente tanto las censuras como los elogios resbalan sobre mí sin dejar la menor huella.

26 de julio

26.7.1

Esta noche he soñado que estaba con papá en un bazar, y veía allí unas preciosas almohadillitas blancas que me hacían ilusión para clavar en ellas mis alfileres; pero finalmente me dije a mí misma que en el carmelo las hacían parecidas y pedí una musiquilla.

26.7.2

Me dijo que alrededor del 8 de diciembre de 1892 se había encargado de sor Marta; que en 1893 había ayudado en el noviciado a la madre María de Gonzaga; y que en la última elección, en 1896, se había visto encargada totalmente, por así decirlo, de las novicias[86].

26.7.3

... La virtud brilla naturalmente; en cuanto desaparece, lo noto.

27 de julio

27.7.1

No quería que me olvidase de las gotas de un medicamento que me habían prescrito.

... Tienes que fortalecerte. Esta noche 30 gotas, no lo olvides.

27.7.2

¿No te cansamos?

No, porque sois una gente muy simpática.

---

[86] Acerca de estas fechas, cf. Ms C 20r°, 3v°, 22r°.

27.7.3

Nos contó, riéndose, que había soñado que la llevaban al «calefactorio»[87] entre dos candeleros para el santo de Nuestro Padre[88].

27.7.4

La comunidad estaba en la colada.

... Hacia la una de la tarde, pensé: ¡Qué cansadas estarán en la colada! Y pedí a Dios que os aliviase a todas y que el trabajo se hiciera con paz y caridad. Y al verme tan enferma, me alegré de poder sufrir como vosotras.

27.7.5

Por la noche me recordó las palabras de san Juan de la Cruz:

«Rompe la tela de este dulce encuentro»[89]. Yo siempre he aplicado estas palabras a la muerte de amor que deseo para mí. El amor no gastará la tela de mi vida: la romperá de repente.

¡Y con qué deseos y con qué alegría me he repetido, desde los mismos comienzos de mi vida religiosa, estas otras palabras de N. P. san Juan de la Cruz: «Es gran negocio para el alma ejercitar en esta vida los actos de amor, porque consumándose en breve, no se detenga mucho acá o allá sin ver a Dios»[90].

Al repetir estas últimas palabras, levantó el dedo y adoptó una expresión celestial.

27.7.6

A propósito de las dificultades que yo preveía para la publicación de su vida:

---

[87] Sala de recreación [en la que en invierno se encendía una estufa de leña. N. del T.]

[88] El canónigo Maupas.

[89] Ll canción 1.

[90] *Ibid.*, 1, 6, 34; cf. Cta 245; Or 12 (y *Prières*, pp. 121s); Or 16; y 31.8.

... Pues bien, yo digo como Juana de Arco: «Y la voluntad del Rey del cielo se cumplirá, a pesar de la envidia de los hombres»[91].

27.7.7

– ¡Ya pronto no volveré a ver tu rostro tan querido! ¡Tan sólo veré ya tu alma!

– ¡Que es mucho más hermosa!

27.7.8

– ¡Y pensar que vamos a perderte!

– ¡Pero si no me perderéis...! *¡Qué poco agudas sois*[92]*...!*

27.7.9

A sor Genoveva, que lloraba:

¡Se ve bien que es eso lo que le cuelga de la punta de la nariz *(la muerte)*! ¡Miradla ahí, sobrecogida de miedo!

27.7.10

Tras ofrecer un racimo de uvas al Niño Jesús:

Le he ofrecido ese racimo para ver si le dan ganas de cogerme, porque creo que yo soy de esa clase...

El pellejo no era duro y estaba muy dorado. Saboreando un grano:

Sí, yo soy de esa clase...

27.7.11

La Madrecita es mi teléfono. No tengo más que aguzar el oído cuando llega, y *me entero* de todo.

27.7.12

... No soy egoísta, es a Dios a quien amo, no a mí misma.

---

[91] Palabras que Teresa pone en boca de Juana de Arco en RP 3,9r°.

[92] [Teresa escribe, abreviando, «*point fines*»], en lugar de «Vous n'êtes point fines».

27.7.13

... Si escucho a mi natural, prefiero morir; pero sólo me alegro de la muerte porque ésa es la voluntad de Dios para mí.

27.7.14

Nunca he pedido a Dios morir joven; por eso estoy convencida de que en estos momentos él sólo está cumpliendo su voluntad[93].

27.7.15

Se ahogaba[94] y yo le expresaba mi compasión y mi tristeza.

¡Vamos, no sufras! Si me ahogo, Dios me dará fuerzas. ¡Lo amo! Él nunca me abandonará.

27.7.16

Me contó que había llevado durante mucho tiempo una crucecita de hierro y que a causa de ello había caído enferma. Me dijo que Dios no quería que ni ella ni nosotras nos entregásemos a grandes mortificaciones, y que aquello se lo había demostrado[95].

27.7.17

A propósito de las fricciones prescritas por el médico:

¡Eso de ser «almohazada» como lo he sido es mucho peor que cualquier otra cosa![96].

27.7.18

... Desde el 9 de junio he estado segura de que moriría pronto[97].

---

[93] Cf. 13.7.13; 27.7.13; Ms C 8v°; Cta 253 y 258.

[94] Sobre la angustia de la asfixia, cf. 20.8.10; 21.8.2; 25.8.9; 26.8.5; 29.9.5; 30.9.

[95] Cf. 3.8.5. Sobre la cruz de hierro (otoño de 1896), cf. CG, p. 1189.

[96] Cf. Cta 208 y CG, p. 1189, +d.

[97] Cf. 15.6.1.

29 de julio

29.7.1

¡...Quisiera irme!

– *¿Adónde?*

«¡Allá arriba, al cielo azul[98]!».

29.7.2

Una hermana le había referido este comentario que habían hecho en la recreación: «¿Por qué se habla de sor Teresa del Niño Jesús como de una santa? Es cierto que ha practicado la virtud, pero no ha sido una virtud adquirida con humillaciones y, sobre todo, con sufrimientos». Más tarde me dijo:

... ¡Y yo, que he sufrido tanto desde mi más tierna infancia[99]! ¡Pero cuánto bien me hacer saber la opinión de las criaturas en el momento de la muerte!

29.7.3

Pensábamos darle gusto llevándole cierto objeto[100], pero sucedió todo lo contrario. Se mostró disgustada, sospechando que habíamos dejado a alguien sin el objeto en cuestión; pero se arrepintió enseguida y pidió perdón entre lágrimas.

¡Os pido perdón, he actuado por un impulso natural, rezad por mí!

Y un poco más tarde:

¡Qué feliz me siento de verme imperfecta y con tanta necesidad de la misericordia de Dios en el momento de la muerte!

29.7.4

Expectoró sangre por la mañana y a las 3 de la tarde.

29.7.5

Le expresábamos nuestro temor de que muriese durante la noche.

---

[98] Poesía que aprendió en su niñez; cf. Ms A 11r°.

[99] Cf. 30.7.9; 31.7.13; Cta 253.

[100] Podría tratarse de una caja de música.

No moriré durante la noche, creedme; he deseado no morir durante la noche.

29.7.6

... Dos días después de la entrada de sor M. de la Trinidad[101], me curaron la garganta... Dios permitió que las novicias me agotaran. Sor M. de la Eucaristía me dijo que me sucedía lo que a los predicadores.

29.7.7

... Para ser mi historiador, habrá que entrenarte.

29.7.8

¡Pues sí, el «bebé» se va a morir! La verdad es que desde hace 3 días estoy sufriendo mucho. Esta noche estoy como en el purgatorio.

29.7.9

Con mucha frecuencia, cuando puedo, repito mi ofrenda al Amor[102].

29.7.10

Le confiaba un problema interior.

... Fuiste tú quien sembró en mi alma la semilla de la confianza, ¿ya no te acuerdas?

29.7.11

La sostenía mientras le arreglaban las almohadas.

Tengo apoyada la cabeza sobre el corazón de mi Madrecita[103].

---

[101] Sor María de la Trinidad había entrado en el Carmelo el 16 de junio de 1894.

[102] Cf. Or 6.

[103] Cf. 10.9.2.

29.7.12

No había pedido cierto alivio, y creíamos que era por virtud; pero ella no había pensado en mortificarse en eso. Como admiráramos su acto:

¡Estoy cansada de la tierra! Se hacen elogios cuando no se merecen, y reproches cuando tampoco se merecen. ¡Así es...! ¡Así es...!

29.7.13

Lo que de momento constituye nuestra humillación constituye luego nuestra gloria, incluso ya en esta vida.

29.7.14

No tengo capacidad para gozar, siempre he sido así; pero la tengo muy grande para sufrir. Antes, cuando me apretaba el sufrimiento, tenía apetito en el refectorio, pero cuando estaba alegre me ocurría todo lo contrario: imposible comer.

30 de julio

30.7.1

El cuerpo ha sido siempre un engorro para mí, no me he encontrado a gusto dentro de él... Incluso de pequeñita, me avergonzaba de él.

30.7.2

Por haberle prestado un pequeño servicio:

¡Gracias, *mamá*[104]*!*

30.7.3

No hubiera querido ni recoger un alfiler por evitar el purgatorio. Todo lo que he hecho ha sido por agradar a Dios y para salvarle almas.

---

[104] Cf. Ms A 13 r° y 80v°; Cta 76, 106, 110, 252; CA 30.7.12; 18.8.3; 23.8.7; 23.8.10; 4.9.4; 28.9.1.

30.7.4

Mirando la fotografía de los PP. Bellière y Roulland:

¡Yo soy más guapa que ellos!

30.7.5

Le prometían rescatarle algunos chinitos.

¡No son chinos lo que quiero, son negros[105]!

30.7.6

Me resulta amargo cuando no me miras.

30.7.7

Las moscas la molestaban mucho, pero no quería matarlas.

Siempre las perdono. Y eso que son las únicas que me han dado la lata durante mi enfermedad. No tengo más ene-
Mt 5,44 migos que ellas, y como Dios nos ha aconsejado perdonar a los enemigos, me alegro de tener esta pequeña ocasión de hacerlo.

30.7.8

Es muy duro sufrir tanto; eso debe impedirte pensar en nada, ¿verdad?

Pues no, todavía me deja decirle a Dios que lo amo, y creo que con eso basta.

30.7.9

Señalándome un vaso que contenía una medicina muy desagradable bajo el aspecto de un delicioso licor de grosellas:

Ese vasito es la imagen de mi vida. Ayer sor Teresa de San Agustín me decía: «Me imagino que estarás bebiendo un rico licor». Y yo le contesté: «¡Ay, sor Teresa de san Agustín, es lo más desagradable que puedo beber!».

Pues bien, Madrecita, eso es lo que a los ojos de las criaturas. Siempre les ha parecido que yo estaba bebiendo licores exquisitos, y era amargura. Digo amargura, pero no,

---

105 Cf. 21/26.5.3.

porque mi vida no ha sido amarga, ya que he sabido convertir todas las amarguras en gozo y dulzura.

30.7.10

Si quieres dar un recuerdo mío al Sr. de Cornière, hazle una estampa con estas palabras: «Lo que hicisteis al más pequeño de los míos, a mí me lo hicisteis». Mt 25,40

30.7.11

Le habían dado un abanico, que había llegado del carmelo de Saigón, y lo usaba para espantar las moscas[106]*. Como hacía mucho calor, se volvió hacia las estampas prendidas con alfileres en la cortina de la cama y se puso a abanicarlas con el abanico, y luego a nosotras.*

Abanico a los santos, en vez de a mí; y os abanico a vosotras para aliviaros y porque también vosotras sois santas.

30.7.12

El Sr. de Cornière había dicho que le diésemos 5 o 6 cucharadas de agua de Tisserand. Ella le pidió a sor Genoveva que no le diese más que 5, y luego, volviéndose hacia mí:

Siempre lo menos posible, ¿verdad, mamá?

30.7.13

No le digáis al Sr. Ducellier[107] que no me quedan más que unos días; todavía no estoy tan débil como para morir, y además, mientras se vive, se encuentra una muy azarada[108].

30.7.14

(Las 4). Después que salió una hermana, me sonrió. Yo le dije: Descansa ahora, cierra los ojos.

... No, ¡me gusta tanto mirarte!

---

[106] Cf. 20.8.10.

[107] Este sacerdote había escuchado la primera confesión de Teresa; cf. Ms A 16v°.

[108] [Teresa usa la expresión «*capot*»], «Familiarmente: confuso, impedido, azarado» (Littré).

30.7.15

Yo quería coger una mosca que la estaba molestando.

– ¿Qué vas a hacerle?

– *Voy a matarla.*

– No, no, por favor.

30.7.16

¿Quieres prepararme para la Unción de los enfermos?

Mirándome con una sonrisa:

¡No pienso en nada!

Pídele a Dios que la reciba todo lo bien que se puede recibir.

30.7.17

Me contó lo que le había dicho Nuestro Padre antes de la ceremonia:

... «Vas a quedarte como un niño que acaba de recibir el bautismo». Y no me habló más que de amor. ¡Cómo me emocioné!

30.7.18

Después de la Unción de los enfermos nos enseñaba sus manos con respeto.

Yo solía recoger los trocitos de piel de sus labios resecos; pero ese día me dijo:

Hoy voy a tragar esos pellejitos, porque he recibido la Extremaunción y el santo Viático.

Era por la tarde. Apenas había hecho una breve acción de gracias, cuando varias hermanas vinieron a hablar con ella. Por la noche me dijo:

¡Cómo me molestó que vinieran después de la comunión! Me miraban como a un bicho raro... Pero para no irritarme, pensé en Nuestro Señor, que se retiraba a la soledad sin
Mc 6,32-34 poder evitar que lo siguiera allí la gente, y él no la despedía. Yo he querido imitarle recibiendo bien a las hermanas.

31 de julio

31.7.1

Seguíamos suponiendo que moriría un día de fiesta, como el 6 de agosto (la Transfiguración) o el 15 (la Asunción).

No habléis de una fecha, ¡siempre será un día de fiesta!

31.7.2

Después de contarnos la fábula de La Fontaine (*):

¡Tengo dos botas, pero todavía no tengo el saco! Esto quiere decir que no estoy para morir.

(*) Es el cuento de «El gato con botas», no una fábula de La Fontaine.

31.7.3

Habían bajado su jergón para exponerla después de su muerte. Ella lo vio cuando abrían la puerta de la celda contigua a la enfermería, y exclamó alegremente:

¡Mira, nuestro jergón! Va a estar bien preparado para colocar en él mi cadáver.

... ¡Mi naricita ha tenido siempre suerte!

31.7.4

¿Cómo hará el bebé para morir? ¿Y de qué moriré?

31.7.5

... Sí, robaré... Desaparecerán muchas cosas del cielo, que yo os traeré... Seré una ladronzuela, cogeré todo lo que me plazca...

31.7.6

Mirando la estatua de la Santísima Virgen y señalándole con el dedo su platito[109]:

Cuando vino eso esta noche *(un gran vómito de sangre)*, ¡creí que me ibas a llevar!

---

[109] Platito de barro que servía de escupidera a Teresa.

31.7.7

Nos habíamos quedado dormidas velándola.

Mc 14,33.37 ... ¡Pedro, Santiago y Juan!

31.7.8

... Os aseguro que tengo para largo, si la Santísima Virgen no echa una mano.

31.7.9

Cariñosamente:

No conversemos, basta con mirarnos unas a otras a hurtadillas[110].

31.7.10

El Ladrón vendrá
y me llevará.
¡aleluya!

31.7.11

Discutíamos sobre los pocos días que le quedaban de vida.

Quien mejor lo sabe sigue siendo la enferma. Y me parece que tengo todavía para mucho tiempo.

31.7.12

He pensado que tendré que ser muy buenecita y esperar al Ladrón muy apuesta

31.7.13

He encontrado la felicidad y la alegría aquí en la tierra, pero únicamente en el sufrimiento, pues he sufrido mucho aquí abajo. Habrá que hacerlo saber a las almas...

Desde mi primera comunión, cuando pedí a Jesús que me cambiara en amargura todas las alegrías de la tierra[111],

---

[110] [Teresa usa la expresión «*s'entre-guigner*»]. «Guigner: entrecerrar los ojos mirando por el rabillo del ojo» (Littré).

[111] Cf. Ms A 36v°, en que cita a Im III, 36, 3.

he tenido un deseo continuo de sufrir. Pero no pensaba cifrar en ello mi alegría; ésta es una gracia que no se me concedió hasta más tarde. Hasta entonces, no era más que una centella cubierta por la ceniza, o como las flores de un árbol destinadas a convertirse en fruto a su tiempo. Pero al ver caerse mis flores sin cesar, es decir, al entregarme al llanto cada vez que sufría, me decía a mí misma extrañada y con tristeza: ¡Esto no pasará nunca de simples deseos!

31.7.14

Esta noche, cuando me dijiste que el Sr. de Cornière creía que tenía todavía para un mes o incluso más, no me lo podía creer: ¡había una diferencia tan grande con ayer, cuando decía que había que sacramentarme ese mismo día! Pero esto me ha dejado sumida en una profunda calma. ¡Qué me importa seguir viviendo aún mucho tiempo en la tierra! Aunque sufra mucho, y cada día más, no tengo miedo: Dios me dará fuerzas y no me abandonará.

31.7.15

Si vives todavía mucho tiempo, nadie entenderá nada.

¡Y eso qué importa! ¡Que todo el mundo me desprecie, enhorabuena! Es lo que siempre he deseado[112]. ¡Lo habré conseguido al final de mi vida!

31.7.16

... Ahora que Dios ha hecho lo que quería, que los ha engañado a todos..., vendrá como un ladrón a la hora en que nadie lo piense. Esto es lo que creo. Mt 24,43-44

[112] Al igual que san Juan de la Cruz; cf. Ms A 73v°; Cta 81 y 188.

Agosto

Las hemoptisis diarias cesan el 5 de agosto. Entonces su estado, caracterizado por una fuerte opresión, se estabiliza. El domingo 15 marcará una nueva fase en la enfermedad. En el costado izquierdo comienza a asentarse un dolor agudo. Al estar ausente el médico de cabecera, el 17 de agosto se llama al Dr. La Néele, quien comprueba que «la tuberculosis ha llegado al último grado» (UC, p. 669). El 22 de agosto, se produce un nuevo agravamiento.

El gráfico médico de este mes se refleja en el período correspondiente del Cuaderno amarillo. La primera quincena aparece como una continuidad de julio: alusiones al manuscrito y a la misión futura de la carmelita, recuerdos biográficos, reflexiones de orden doctrinal precisando el «caminito». Luego, a partir del 15, declina notablemente la resistencia de Teresa. Lo que de ahí en adelante nos van a pintar las Últimas Conversaciones será a una gran enferma: a una enferma heroica.

Hay que verla sufriendo, sonriendo, ahogándose, llorando. En cada gesto, en cada palabra, vemos a Teresa dar toda la talla de su amor. Los últimos días del mes están marcados por declaraciones de angustia física que dejan traslucir un sufrimiento extremo. En esa misma época, la prueba espiritual dura todavía.

En este contexto, se aprecia mejor la fuerza de voluntad de una Teresa que nos dejó cinco autógrafos escritos a lápiz, entre ellos la larga y última carta al abate Bellière, del 10 de agosto (Cta 262-266).

1 de agosto

1.8.1

A propósito de la importante gracia que había recibido tiempo atrás[1]*, cuando su misal se cerró sobre una estampa de Nuestro*

[1] En la catedral de San Pedro; cf. Ms A 45v°. – En NV 1.8.1, la madre Inés sitúa esta gracia en el mes de julio de 1887.

Señor crucificado, de la que sobresalía sólo una mano. Me repitió lo que había pensado en aquella ocasión:

No quiero dejar que se pierda esa sangre preciosa. Pasaré mi vida recogiéndola para las almas.

1.8.2

Durante Maitines, a propósito del manuscrito de su vida:

Después de mi muerte, no habrá que hablarle a nadie de mi manuscrito antes de que se publique; sólo tendrás que hablarle de él a nuestra Madre. Si no lo haces así, el demonio te tenderá más de una trampa para echar a perder la obra de Dios..., ¡una obra importantísima [a]!

1.8.3

¡... Ahora ya no escribiré más[2]!

1.8.4

¡Qué enferma estoy...! Porque ya sabes..., contigo...

Porque no podía ya hablarme.

1.8.5

... Estoy totalmente entregada a su voluntad, esperaré todo lo que Él quiera.

1.8.6

¡Qué bien ha hecho el Señor en decirnos: «En la casa de mi Padre hay muchas estancias»! Jn 14,2

---

[a] En las *Novissima Verba* se añade (la autenticidad de este texto es dudosa):

Algunos días más tarde, tras haberle pedido yo que releyera un pasaje de su manuscrito que me parecía incompleto, la encontré con los ojos arrasados en lágrimas. Al preguntarle el porqué, me respondió con sencillez angelical:

«Lo que he vuelto a leer en ese cuaderno es realmente mi alma... Estas páginas, Madre, harán mucho bien. Más tarde, gracias a ellas, se conocerá mejor la ternura de Dios...».

Y añadió, con tono inspirado:

«Sí, lo sé muy bien, *todo el mundo me amará...*» [Cf. UC II, Anexos, p. 243. N. del T.]

[2] En su Manuscrito C, inconcluso.

(Hizo este comentario a propósito de un sacerdote muy mortificado que sufría unas picazones insoportables y se privaba incluso de aliviarlas.)

Yo prefiero mortificarme de otra manera, y no en cosas tan molestas; no hubiera sido capaz de aguantarme de ese modo.

1.8.7

Había habido un disgusto a propósito del hielo[3], y yo había llorado. Le pregunté si había actuado mal, y para consolarme me dijo:

¡Tú eres siempre un encanto!

1.8.8

¿Piensas en tus hermanos misioneros?

Pensaba mucho en ellos; pero desde que estoy enferma, ya no pienso en casi nada.

1.8.9

Uno de esos misioneros[4] le había prometido celebrar por ella una Misa el día de Navidad de 1896. Y me contaba la decepción que sufrió al enterarse de que no había podido decirla ese día.

¡... Y yo que me había unido a ella tan contenta a la misma hora! ¡No hay nada seguro en la tierra!

2 de agosto

2.8.1

¡Qué ganas tengo de guardar tu corazón, como el de la madre Genoveva!

Haz lo que quieras.

Había cambiado de opinión, porque me repugnaba mucho hacer una cosa así, y se lo dije. Parecía ponerse un poco triste. Yo adiviné su pensamiento: nos privaríamos de un consuelo que

---

[3] Que desde el 7 de julio se utilizaba contra las hemoptisis.

[4] El P. Roulland; cf. Cta 221, nota 1.

ella no nos daría milagrosamente, pues sabía que no se iba a conservar incorrupta. Finalmente me dijo:

Cambias mucho de opinión, Madrecita; lo he observado muchas veces a lo largo de mi vida...

2.8.2

Habíamos hablado juntas íntimamente del poco caso que muchas veces se hace de la virtud escondida.

... Eso es algo que me ha llamado la atención en la vida de N. P. san Juan de la Cruz, de quien decían: «¿Fray Juan de la Cruz? Pero si es un religioso mediocre!»[5].

2.8.3

No tengo grandes deseos del cielo; simplemente estaré muy contenta de ir allá.

2.8.4

De mí no podrán decir: «Muere porque no muere»[6]. Ya te lo he dicho: por inclinación natural, sí, el cielo; pero la gracia ha adquirido en mi alma un gran dominio sobre la naturaleza, y ahora sólo puedo repetirle a Dios:

Yo quisiera vivir aún largo tiempo,
si ése es tu deseo, mi Señor;
mas quisiera también seguirte al cielo,
si te contenta más esa tu opción.
El amor, fuego ardiente de la Patria,
no cesa de abrasar mi corazón.
¡Qué me importa la vida, qué la muerte!
¡Mi alegría es amarte con pasión![7].

---

[5] Biografía y cita no identificadas.

[6] Sainte Thérèse d'Avila, *Poésie-Glose* [Santa Teresa, *Obras Completas*, 7ª ed. Burgos, Monte Carmelo, 1994, «Poesías» 1, p. 1324. N. del T.]; cf. 4.9.7.

[7] Cf. el texto original en PN 45,7.

2.8.5

A sor Genoveva:

Todo pasa en este mundo mortal[8], incluso el «bebé». Pero él volverá.

Sor Genoveva estaba besando los pies del crucifijo.

Tú no sigues la doctrina del «bebé»... Bésalo inmediatamente en las dos mejillas y deja que te bese él.

2.8.6

Siento una enorme alegría no sólo cuando me consideran imperfecta las demás, sino sobre todo cuando yo misma me veo así. Esto supera a todos los elogios, que me desagradan.

3 de agosto

3.8.1

¿Cómo has conseguido llegar a esa paz inalterable que posees?

Me he olvidado de mí y he procurado no buscarme a mí misma en nada.

3.8.2

Le decía yo que mucho tenía que haber luchado ella para llegar a ser perfecta.

No, no es así... ([a]).

3.8.3

Se había disgustado con una hermana y me dijo con semblante grave y tierno a la vez:

---

[8] Reminiscencia de un cántico a san José: «La gloria humana es pasajera. Todo pasa en este mundo mortal», cf. UC, p. 523.

([a]) Las *Novissima Verba* añaden (la autenticidad de este texto es dudosa):

Y un poco más tarde:

«La santidad no consiste en tal o cual práctica. Consiste en una *disposición del corazón* que nos vuelve humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre» [Cf. UC II, Anexos, p. 251.]

Te lo digo francamente: necesito verte cerca de mí en los últimos días de mi vida.

3.8.4

Hermanitas queridas, rezad por los pobres moribundos. ¡Si supierais lo que se sufre! ¡Qué poco basta para perder la paciencia! Hay que ser caritativa con todas, sean quienes sean... Antes no lo hubiera creído.

3.8.5

Le hablaba yo de la mortificación con instrumentos de penitencia.

... En ese campo hay que ser muy moderadas, pues con frecuencia se mezcla en ello más de inclinación natural que de otra cosa [a].

3.8.6

A nosotras tres:

Hay que poner mucho cuidado en la regularidad. Después de una visita en el locutorio, no os detengáis para hablar entre vosotras, pues eso sería como estar en la propia casa, donde una no se priva de nada.

Y volviéndose hacia mí:

Eso, Madre, es lo más provechoso de todo.

---

[a] Las *Novissima Verba* añaden:

En otra ocasión me había dicho acerca de esto:

«En la vida del beato Enrique Suso me llamó la atención un pasaje referente a las penitencias corporales. Había hecho algunas espantosas que arruinaron su salud, cuando se le apareció un ángel que le dijo que dejara de hacerlas, y añadió: "Hasta ahora sólo has combatido como simple soldado, hoy te voy a armar caballero". E hizo comprender al santo la superioridad del combate espiritual sobre las mortificaciones corporales.

»Pues bien, Madrecita, Dios no ha querido que yo fuese un simple soldado, a mí me ha armado enseguida caballero y he partido para la guerra contra mí misma en el campo del espíritu por medio de la abnegación y de los pequeños sacrificios escondidos; y en este combate oscuro, en que la naturaleza no ha tenido parte alguna, he hallado la paz y la humildad» (cf. UC II, Anexos, p. 253).

3.8.7

¡Si supieras cómo me duelen los hombros!

Íbamos a ponerle guata.

Jn 19,17 No, no me quitéis esta pequeña cruz.

3.8.8

Hace mucho tiempo que sufro, pero eran pequeños sufrimientos; desde el 28 de julio los sufrimientos son grandes.

3.8.9

Ya no entendíamos nada, ante el curso de la enfermedad, y una de nosotras le dijo: «Entonces, ¿de qué morirás?».

Pues moriré de muerte... ¿No le dijo Dios a Adán de qué
Gn 2,17 moriría con aquellas palabras: «Morirás de muerte»? Sencillamente así.

4 de agosto

4.8.1

Anoche he tenido muchas pesadillas, unas pesadillas espantosas; pero en el peor momento, tú te acercabas a mí y se me iba el miedo.

4.8.2

... No, no me creo una gran santa. Me creo una santa muy pequeña. Pero pienso que Dios ha querido poner en mí algunas cosas que me hacen bien a mí y a los demás[9].

4.8.3

Le habían traído un manojo de espigas. Separó la más bonita y me dijo:

Madre, esta espiga es la imagen de mi alma: Dios me ha cargado de gracias para mí y para el bien de otros...

---

[9] Cf. 9.8.4; 3.9.2.

Luego, temiendo haber tenido un pensamiento de orgullo[10]*:*

¡Ay, cómo me gustaría ser humillada y maltratada para ver si poseo realmente la humildad del corazón...! Con todo, cuando en otras ocasiones me humillaban, me sentía muy feliz... Sí, me parece que soy humilde... Dios me enseña la verdad. Sé muy bien que todo viene de él.

4.8.4

¡Qué fácil es desalentarse cuando uno está tan enfermo...! ¡Y qué bien comprendo que yo me desalentaría si no tuviese fe! O mejor, si no amase a Dios.

4.8.5

Sólo en el cielo veremos la verdad de todas las cosas. En la tierra es imposible. Por ejemplo ¿no resulta triste ver, en la misma Sagrada Escritura, tantas diferencias de traducción? Si yo hubiese sido sacerdote, habría aprendido el hebreo y el griego, y no me habría contentado con el latín, y así habría conocido el verdadero texto dictado por el Espíritu Santo.

4.8.6

Me quedé dormida un segundo durante la oración. Y soñé que hacían falta soldados para una guerra.

Tú dijiste: Hay que mandar a sor Teresa del Niño Jesús. Yo respondí que hubiera preferido mucho más que fuera para una guerra santa. Al final, partí, lo mismo.

No, yo no hubiera tenido miedo de ir a la guerra. ¡Qué feliz hubiera partido, por ejemplo, en tiempos de las cruzadas para combatir a los herejes! ¡Vamos, que no hubiera tenido miedo a toparme con una bala!

4.8.7

¿Es posible que yo, que deseaba el martirio[11], me muera en una cama?

---

[10] Cf. 12.8.3.

[11] Sobre este deseo, cf., entre otros, Ms A 61r°; Ms B 3r°; Cta 132, 192, 197, 224; PN 35,10; RP 6,11v°; Or 2; etc.

4.8.8

¿Y cómo llevas ahora tu vida?

¡Mi vida es sufrir, y nada más! No podría decir: Dios mío, esto por la Iglesia, Dios mío, esto por Francia... etc... Dios sabe muy bien lo que tiene que hacer con ello; yo se lo he dado todo por complacerle. Además, me cansaría demasiado si le dijera: dale esto a Pedro, dale esto a Pablo. Sólo lo hago de inmediato cuando me lo pide alguna hermana, y luego ya no vuelvo a pensar en ello. Cuando rezo por mis hermanos misioneros, no ofrezco mis sufrimientos, sino que digo simplemente: Dios mío, dales a ellos todo lo que deseo para mí.

5 de agosto

5.8.1

Hacía mucho calor, y el sacristán nos compadecía por llevar hábitos gruesos.

En el cielo Dios nos recompensará por haber llevado por su amor hábitos gruesos en la tierra.

5.8.2

Al comprobar que ya casi no podía moverse:

Sal 108,23 David decía en los salmos: «Soy como el saltamontes, que cambia continuamente de lugar». ¡Pues yo no puedo decir lo mismo! Me gustaría pasearme, pero estoy atada de pies y manos.

5.8.3

...Cuando los santos hayan cerrado tras de mí la puerta del cielo, cantarán:

Por fin te tenemos,
ratoncito gris,
por fin te tenemos
y te retendremos.

(Una cancioncilla que le vino a la memoria.)

5.8.4

Sor María del Sagrado Corazón le dijo que, a su muerte, los ángeles vendrían acompañando a Nuestro Señor, y que los vería resplandecientes de luz y de hermosura[12].

... Ninguna de esas imágenes me hace el menor bien, sólo puedo alimentarme con la verdad. Precisamente por eso, nunca he deseado tener visiones. En la tierra no se puede ver el cielo ni a los ángeles tal como son. Yo prefiero esperar a después de la muerte.

5.8.5

Durante las Vísperas, Madrecita, he pensado que tú eres mi sol.

5.8.6

Me quedé dormida y soñé que tú te inclinabas sobre mí para darme un beso; yo quise devolvértelo, pero de pronto me desperté, toda extrañada de que mi beso cayera en el vacío.

5.8.7

Su cama no había sido colocada todavía en medio de la enfermería, sino al fondo, en un ángulo. Para celebrar al día siguiente, 6 de agosto, la fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor, habíamos traído del coro la Santa Faz, que a ella le gustaba mucho, y habíamos colgado el cuadro, rodeado de flores y de luces, a su derecha, en la pared. Me dijo, mirando la imagen:

¡Qué bien hizo Nuestro Señor en bajar los ojos al dejarnos su retrato! Como los ojos son el espejo del alma, si hubiésemos entrevisto su alma habríamos muerto de alegría.

¡Y cuánto bien me ha hecho esa Santa Faz en mi vida! Cuando componía mi cántico «Vivir de amor», me ayudó a hacerlo con gran facilidad. Durante el silencio de la noche, escribí de memoria las quince estrofas que había compuesto, sin borrador, durante el día. Ese día, al ir al refectorio

[12] Cf. 4.6.1; y la nota 70 del mes de julio,

después del examen de conciencia, acababa de componer la estrofa:

Vivir de amor es enjugar tu Faz
y alcanzar el perdón al pecador[13].

Al pasar junto a ella, se la repetí con gran amor. Y mirándola, lloré de amor.

5.8.8

Job 7,4 Yo repito, como Job: «Por la mañana no espero llegar a la noche, y por la noche no espero volver a ver la mañana».

5.8.9

Is 53,1-2 ... Estas palabras de Isaías: «¿Quién creyó nuestro anuncio? Lo vimos sin belleza ni esplendor... etc.»[14], han constituido todo el fondo de mi devoción a la Santa Faz, o, mejor dicho, el fondo de toda mi piedad. También yo deseaba estar
Is 63,3 sin belleza, pisar sola el vino en el lagar, ignorada por todas las criaturas...

5.8.10

A propósito de una confidencia que yo le había hecho, me dijo:

Una madre priora siempre debería hacer pensar que ella está libre de toda pena. ¡Hace tanto bien y proporciona tanta fortaleza no hablar en absoluto de las propias penas! Por ejemplo, hay que evitar expresarse así: Tú tienes, sí, problemas y dificultades, pero yo tengo los mismos que tú y muchos más, etc.

6 de agosto

6.8.1

Había esperado morir durante la noche, y por la mañana me dijo:

---

[13] Cf. PN 17,11.
[14] Cf. Cta 108.

Me he pasado toda la noche acechando, como la niña de la canción del zapatito de Navidad[15]...

No he dejado de mirar a la Santa Faz... He rechazado muchas tentaciones... ¡Y he hecho muchos actos de fe...!

Yo también puedo decir: «Miré a la derecha, me fijé, y no hay nadie que me conozca...». Quiero decir: nadie que conozca el momento de mi muerte... Me imagino la derecha como el lado donde tú estás con respecto a mí. Sal 141,5

Miró luego la estatua de la Santísima Virgen y cantó dulcemente:

¿Cuándo llegará, mi tierna madre,
sí, cuándo llegará el hermoso día
en que, desde el destierro de esta tierra,
alce mi vuelo a la eternal morada?[16].

6.8.2

El intenso dolor del costado había cesado durante la noche. El Sr. de Cornière, al auscultarla, la encontró igual de mal, pero ella dudaba de la proximidad de su muerte.

Estoy como un pobre Robinson en su isla. Hasta que no me prometieron nada, estaba desterrada, es verdad, pero no pensaba en abandonar mi isla. Pero un buen día me anuncian la llegada segura de un navío que pronto me conducirá a mi patria. Entonces me quedo en la playa, miro a lo lejos, no dejo de mirar..., y, al no ver aparecer nada en el horizonte, me digo: ¡Me han engañado! ¡No voy a irme!

6.8.3

Me enseñó, en el breviario del Sagrado Corazón, estas palabras de Nuestro Señor a la beata Margarita María, que ella había sacado al azar el día de la Ascensión:

«La cruz es el lecho de mis esposas, en ella te haré consumar las delicias de mi amor».

Y me contó que, un día, una hermana había abierto al azar ese mismo libro y que, al toparse con un pasaje muy exigente, le

---

[15] Canción de O. Pradère, melodía utilizada para PN 23.

[16] Cántico titulado «Suspiros de un desterrado».

había pedido que probase ella también. Y se encontró con estas palabras: «Abandónate en mí»[17].

6.8.4

... No puedo apoyarme en nada, en ninguna de mis obras, para tener confianza. Por ejemplo, me habría gustado poder decirme a mí misma: estoy dispensada de todos mis oficios de difuntos. Pero esta pobreza fue para mí una verdadera luz, una verdadera gracia. Pensé que en toda mi vida nunca había podido pagar una sola de mis deudas para con Dios, pero que, si quería, esto podía ser para mí una verdadera riqueza y una fuerza. Y entonces hice esta oración: Dios mío, te suplico que pagues tú la deuda que tengo contraída con las almas del purgatorio; pero hazlo a lo Dios, para que de ese modo sea infinitamente mejor que si yo hubiese rezado mis oficios de difuntos. Y me acordé enternecida de estas palabras del cántico de san Juan de la Cruz: «Y toda deuda paga»[18]. Yo siempre las había aplicado al amor... Sé que esta gracia no se puede pagar... ¡Es demasiado exquisita para ello! ¡Se siente una paz tan grande al saberse uno tan absolutamente pobre y al no contar más que con Dios!

6.8.5

¡... Ay, qué pocas son las religiosas perfectas!, las que no hacen las cosas por hacerlas y de cualquier manera, diciéndose a sí mismas: «a fin de cuentas, no estoy obligada a esto..., no hay mayor mal en hablar aquí, en darme gusto en esto...». ¡Qué raras son las que lo hacen todo lo mejor posible! Y sin embargo, son las más felices. Por ejemplo, el silencio: ¡cuánto bien hace al alma, cuántas faltas de caridad evita y cuántos disgustos de toda clase! Hablo en especial del silencio porque es el punto en que más se falta.

---

[17] Estas palabras aparecen en las pp. 39 y 7 del opúsculo que se cita en la Cta 196, n. 3.

[18] *Llama de amor viva*, canc. 2ª, verso 5.

6.8.6

¡Qué ufana me sentía cuando hacía de hebdomadaria[19] en el Oficio divino y rezaba en voz alta las oraciones en medio del coro! Porque pensaba que el sacerdote rezaba en la Misa esas mismas oraciones y que yo tenía, igual que él, el derecho de rezar en voz alta ante el Santísimo Sacramento, de dar las bendiciones y las absoluciones, y de leer el Evangelio cuando hacía de primera cantora.

... Pero puedo decir que el oficio divino ha sido, al mismo tiempo, mi dicha y mi martirio, por el gran deseo que tenía de recitarlo y bien y de no cometer faltas; y a veces me ocurría que, después de haber previsto un minuto antes lo que tenía que decir, lo dejaba pasar sin abrir la boca a causa de una distracción completamente involuntaria. Sin embargo, no creo que se pueda desear más de lo que yo lo he deseado recitar con toda perfección el oficio divino y asistir a él en el coro.

... Disculpo mucho a las hermanas que tienen olvidos o que se equivocan.

6.8.7

Sor San Estanislao, primera enfermera, la había dejado sola durante todo el tiempo de Vísperas, dejando abiertas la puerta y la ventana de la enfermería; la corriente de aire era muy fuerte. Al encontrarla nuestra Madre en este estado, mostró su descontento y pidió explicaciones ([a]). Ella me dijo:

---

[19] Hebdomadaria: hermana que presidía el oficio coral durante una semana.

[(a)] Los *Cuadernos verdes* precisan:

Una de las enfermeras la había dejado durante todo el tiempo de Vísperas expuesta a una corriente de aire. Sor Teresa del Niño Jesús le había hecho señas de que cerrase la puerta. En lugar de entenderlo así, la hermana creyó que la enferma pedía una manta, y se la puso sobre los pies. Teresa trató de hablar, pero respiraba con tanto ahogo que tampoco pudo hacerse comprender, y la buena de la hermana le trajo otra manta, una almohada, etc., creyendo que tenía frío. La pobrecita se asfixiaba, pero ya no trató de seguir explicándose.

Al volver de Vísperas, sor xxx, al darse cuenta de la corriente de aire y del ahogo de la mansa enferma bajo el peso de todas aquellas

Yo conté a nuestra Madre la verdad. Pero al hablar, me vino al pensamiento una expresión más caritativa de la que iba a emplear y que, por otra parte, seguramente no estaba mal; seguí mi inspiración, y Dios me recompensó con una gran paz interior.

6.8.8

Por la noche, durante Maitines, le pregunté qué entendía ella por «ser siempre niña[20] *delante de Dios». Me contestó:*

Es reconocer la propia nada y esperarlo todo de Dios, como un niño lo espera todo de su padre; es no preocuparse por nada, no ganar dinero. Hasta en las casas de los pobres se da al niño todo lo que necesita; pero en cuanto se hace mayor, su padre se niega ya a alimentarlo y le dice: Ahora trabaja, ya puedes arreglártelas por tu cuenta.

Precisamente por no oír eso, yo no he querido hacerme mayor, sintiéndome incapaz de ganarme la vida, la vida eterna del cielo. Así que seguí siendo pequeñita, sin otra ocupación que la de recoger flores[21], las flores del amor y del sacrificio, y ofrecérselas a Dios para su recreo.

Ser pequeño es también no atribuirse a uno mismo las virtudes que se practican, creyéndose capaz de algo[22], sino reconocer que Dios pone ese tesoro en la mano de su hijito para que se sirva de él cuando lo necesite; pero es siempre el tesoro de Dios. Por último, es no desanimarse por las propias faltas[23], pues los niños se caen a menudo, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño.

---

mantas, expresó en voz alta su enojo. Vino nuestra Madre y pidió una explicación a sor Teresa del Niño Jesús, quien en esta ocasión dio pruebas tanto de caridad como de paciencia». [Cf. UC II, Anexos, p. 274].

[20] Cf. Ms B 3v°/4v°; Ms C 3r°; Cta 178, 226, 261; PN 11,3; 13,5; 24,9; 31,4; 36,3; 45,4; 54,6; RP 7, estr. final; Or 14; CA 27.5.5.

[21] Cf. Ms B 4r°/v°; Cta 194; PN 34.

[22] Cf. 7.8.4; Cta 259; Santa Teresa de Jesús, C c. 40. [Así en la edición francesa. En el texto original de la Santa, C 38, *passim*. N. del T.]

[23] Cf. Ms B 5r°; Ms C 31r°; Cta 143, 202; Or 7 y 20; CA 5.7.1; 7.8.4; etc.

7 de agosto

7.8.1

Sor X., que se ha salido[24], quería hacerme algunas confidencias, aunque yo ya no soy priora.

... Ni se te ocurra escucharla, aunque fuese como un ángel. Serías muy desdichada, porque así no cumplirías con tu deber. Sería una debilidad que, ciertamente, desagradaría a Dios.

7.8.2

¡Qué poco amado es Dios en la tierra...! Incluso por los sacerdotes y los religiosos... No, Dios no es muy amado...

7.8.3

Me enseñó la estampa de Nuestra Señora de las Victorias en la que había pegado la florecita que le había dado papá en los Buissonnets el día que ella le comunicó su vocación[25]. La raíz estaba desprendida, y parecía que el Niño Jesús la tenía en la mano y le sonreía, igual que la Santísima Virgen.

... El que la florecita haya perdido la raíz te está diciendo que yo estoy ya en el cielo... Por eso los dos me tratan tan cariñosamente... *(la Santísima Virgen y el Niño Jesús.)*

7.8.4

Si fuese infiel, si cometiese la más pequeña infidelidad, sé que lo pagaría con turbaciones espantosas y ya no podría aceptar la muerte. Por eso, no ceso de decirle a Dios: «Dios mío, por favor, líbrame de la desgracia de ser infiel».

¿A qué infidelidad te refieres?

A alimentar voluntariamente un pensamiento de orgullo. Si, por ejemplo, me dijese a mí misma: He adquirido tal virtud y estoy segura de poder practicarla. Pues eso sería apoyarse en las propias fuerzas, y cuando se hace eso, se corre el peligro de caer al abismo. Pero si soy humilde, si soy siempre

---

[24] Sor María de San José, que salió en 1909.

[25] Cf. 7.6.2; Ms A 50v°; Or 21, presentación.

pequeña, tendré derecho a hacer pequeñas travesuras hasta el día de mi muerte sin ofender a Dios. Mira los niños: están siempre rompiendo cosas, rasgándolas, cayéndose, a pesar de querer mucho mucho a sus padres. Cuando yo caigo de esa manera, compruebo todavía más mi propia nada y me digo a mí misma: ¿Qué no haría yo, a qué extremos no llegaría, si me apoyase en mis propias fuerzas...?

Mt 26,69-75 Comprendo muy bien que san Pedro cayera. El pobre san Pedro confiaba en sí mismo, en vez de confiar únicamente en la fuerza de Dios. Y saco la conclusión de que si yo dijera: «Dios mío, tu sabes bien que te amo demasiado para detenerme en un solo pensamiento contra la fe», mis tentaciones se harían más violentas y ciertamente sucumbiría a ellas.

Estoy convencida de que si san Pedro hubiese dicho humildemente a Jesús: «Por favor, concédeme fuerzas para seguirte hasta la muerte», las habría obtenido inmediatamente.

Estoy convencida también de que Nuestro Señor no hablaba más a sus apóstoles con sus enseñanzas y con su presencia sensible, de lo que hoy nos habla a nosotros con las inspiraciones de su gracia. Él podía muy bien haber dicho a san Pedro: Pídeme fuerzas para cumplir lo que quieres. Pero no lo hizo así, porque quería hacerle ver su debilidad, y porque, antes de gobernar a toda la Iglesia, que está llena de pecadores, le convenía experimentar en su propia carne lo poco que puede el hombre sin la ayuda de Dios.

Lc 22,32 ... Antes de su caída, Nuestro Señor le dijo: «Cuando te recobres, da firmeza a tus hermanos». Con lo cual quería decirle: Persuádeles con tu propia experiencia de la debilidad de las fuerzas humanas.

7.8.5

Yo quisiera que estuvieses siempre a mi lado, tú eres mi sol[26].

[26] Cf. 5.8.5.

8 de agosto

8.8.1

Le decía que más tarde yo ensalzaría sus virtudes.

Sólo hay que ensalzar a Dios, pues en mi pequeña nada no hay nada que ensalzar[27].

8.8.2

Estaba mirando el cielo por la ventana de la enfermería, y sor María del Sagrado Corazón le dijo: «¡Con cuánto amor miras al cielo!». En ese momento estaba más fatigada y sólo contestó con una sonrisa. Más tarde me confió lo que había pensado:

¡Ay!, cree que miro el firmamento pensando en el cielo de verdad. Pero no es así: es simplemente porque admiro el cielo material; el otro está cada vez más cerrado para mí. Pero inmediatamente después me dije a mí misma con gran paz: Sí, es muy cierto que miro al cielo por amor; sí, es por amor a Dios, pues, desde mi ofrenda[28], todo lo que hago, mis gestos, mis miradas, todo lo hago por amor.

8.8.3

Hoy he estado pensando en mi vida pasada y en el acto de valor que realicé tiempo atrás en Navidad[29], y me vino a la memoria la alabanza tributada a Judit: «Has obrado varonilmente y tu corazón se ha fortalecido». Muchas almas dicen: Pero yo no tengo fuerzas para hacer tal sacrificio. Pues que hagan lo que yo hice: un gran esfuerzo. Dios nunca niega esta primera gracia que da el valor para actuar; después, el corazón se fortalece y vamos de victoria en victoria. Jdt 15,11

8.8.4

Si Nuestro Señor y la Santísima Virgen no hubiesen asistido a banquetes, yo nunca habría entendido esa costumbre de invitar a los amigos a comer. Me parecía que, para co-

---

[27] Cf. 6.8.8; 7.8.4; 13.8.1; Ms C 2r°; Cta 197; PN 53,1.

[28] Cf. Or 6.

[29] En 1886; cf. Ms A 45r°; Cta 201.

mer, habría que ocultarse, o por lo menos hacerlo en familia. Invitarse sí, pero sólo para conversar, para contarse viajes, recuerdos, en una palabra para cosas del espíritu.

Siempre me dieron mucha lástima las personas que servían en los grandes banquetes. Si, por desgracia, les sucedía que dejaban caer algunas gotas sobre el mantel o sobre alguno de los comensales, veía al ama de casa mirarles severamente, mientras los pobrecillos enrojecían de vergüenza; y yo me revelaba interiormente y me decía: Estas diferencias que existen en la tierra entre amos y criados ¡qué bien prueban que hay un cielo en el que cada cual será colocado según su valía interior y en el que todos estaremos sentados al banquete del Padre de familia! Y entonces ¡qué Servidor
Lc 12,37 tendremos, pues Jesús dijo que él mismo «iría de acá para allá para servirnos»! Ese será el momento en que sobre todo los pobres y los pequeños se verán ampliamente recompensados de sus humillaciones.

9 de agosto

9.8.1

Yo decía de ella: ¡Nuestro guerrero está derribado!

Yo no soy un guerrero que haya combatido con armas de
Ef 6,17 la tierra, sino con «la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios». Por eso, la enfermedad no ha podido derribarme, y ayer tarde, sin ir más lejos, me serví de mi espada con una novicia. Le dije: Moriré con las armas en la mano[30].

9.8.2

A propósito de su manuscrito:

Habrá en él para todos los gustos, excepto para los caminos extraordinarios.

9.8.3

Has vuelto a ser para mí lo que eras en mi niñez... ¡Me es imposible decir lo que eres para mí!

---

[30] Cf. PN 48,5 final.

9.8.4

Le decían que era una santa:

No, no soy una santa; yo nunca he realizado las acciones de los santos. Soy un alma muy pequeña a la que Dios ha colmado de gracias, eso es lo que soy. Lo que digo es la verdad, ya lo veréis en el cielo.

10 de agosto

10.8.1

Estaba mirando la estampa de Teófanes Vénard, prendida con alfileres en la cortina de su lecho. Esa estampa representaba al misionero señalando el cielo con el dedo.

¿Crees que me conoce? Mira lo que me señala... Hubiera podido muy bien no adoptar esa postura...

10.8.2

Le decían que las almas que habían llegado, como ella, al amor perfecto podían ver su propia hermosura[31]*, y que ella pertenecía a ese número.*

¿Qué hermosura...? Yo no veo, en absoluto, mi hermosura; lo único que veo son las gracias que he recibido de Dios. Estáis muy equivocadas, no sabéis que yo no soy más que un huesecito[32]..., que una pepita insignificante...

(Vinieron a molestarme y no pude escuchar la explicación que siguió.)

10.8.3

Con semblante alegre y simpático, mirando el retrato de Teófanes Vénard:

¡Ah..., pero...!

Por qué dices: ¡Ah..., pero...!, preguntó sor Genoveva.

---

[31] Cf. Ll 1,6,31.

[32] Cf. Cta 147, 2r°/v°.

Porque cada vez que lo miro, también él me mira a mí; y además, parece espiarme por el rabillo del ojo con expresión medio traviesa.

10.8.4

Le enseñaban una fotografía de Juana de Arco en su prisión[33].

También a mí me animan los santos en mi prisión. Me dicen: Mientras estés entre rejas, no puedes cumplir tu misión; pero más tarde, después de tu muerte, llegará la hora de tus trabajos y de tus conquistas.

10.8.5

Pienso en las palabras de san Ignacio de Antioquía: «También yo tengo que ser triturada por el sufrimiento para convertirme en trigo de Dios»[34].

10.8.6

Durante Maitines:

¡Si supieras lo que tú significas para mí! Pero siempre te estoy diciendo lo mismo.

10.8.7

Le hablaba del cielo, de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen, que ya están allí en cuerpo y alma.

Lanzó un profundo suspiro y esta exclamación:

¡Ay...!

¿Quieres darme a entender con eso que estás sufriendo mucho a causa de tu prueba[35]*?*

---

[33] Fotografía de Teresa en el papel de Juana de Arco consolada por santa Catalina (VTL, nº 14); cf. RP 3,19vº; y *Récréations*, p. 334.

[34] En su Carta a los Romanos 4,1.

[35] La madre Inés señaló en otra parte (NPPA): «Una noche, en la enfermería, se encontraba más inclinada que de costumbre a hablarme de sus sufrimientos. Nunca hasta entonces se había desahogado conmigo de esta manera sobre este punto. Hasta entonces yo sólo conocía su prueba vagamente.

"*¡Si supieses* –me dijo– *los horribles pensamientos que me acosan! Pide mucho por mí, para que no haga caso al demonio que*

¡Sí...! ¡Que ame tanto a Dios y a la Santísima Virgen, y tenga estos pensamientos...! Pero no me detengo en ellos.

11 de agosto

11.8.1

... Siempre me ha parecido, Madrecita, que te tomas demasiado a pechos la labor. – *(A propósito de la colada)*

11.8.2

Le decía que después de su muerte seríamos muy buenas y que la comunidad se renovaría.

... «Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto». Jn 12,24-25

11.8.3

No esperaba sufrir así; sufro como un niño.

... No quisiera pedir nunca a Dios mayores sufrimientos. Si él hace que sean mayores, los soportaré gustosa y alegre, pues vendrán de su mano. Pero soy demasiado pequeña para tener fuerzas por mí misma. Si pidiese sufrimientos,

---

quiere convencerme de tantas mentiras. El razonamiento de los peores materialistas se impone a mi espíritu: más adelante, la ciencia, haciendo sin cesar nuevos progresos, lo explicará todo naturalmente, y conoceremos la razón suprema de todo lo que existe y que sigue siendo hoy un problema, pues aún quedan muchas cosas por descubrir..., etc. etc.

"Yo quiero hacer el bien después de mi muerte, ¡pero no podré! Ocurrirá como con la madre Genoveva: esperábamos verla hacer milagros, y un silencio total cayó sobre su tumba...

"¡Ay, Madrecita!, ¿cómo se puede tener esa clase de pensamientos cuando se ama tanto a Dios?

En fin, ofrezco esos sufrimientos tan grandes para alcanzar la luz de la fe a los pobres incrédulos, y por todos los que viven alejados del credo de la Iglesia".

Y añadió que ella nunca entraba en discusión con esos pensamientos tenebrosos:

"Los sufro a la fuerza –me dijo–*, pero mientras los sufro no ceso de hacer continuos actos de fe"».*

serían sufrimientos míos, y tendría que soportarlos yo sola, y yo nunca he podido hacer nada sola.

11.8.4

... La Santísima Virgen no tiene una Santísima Virgen a quien amar; es menos feliz que nosotras[36].

(Ya me lo había dicho en otra ocasión en la recreación.)

11.8.5

Muchas veces rezo a los santos sin que me escuchen; pero cuanto más sordos parecen a mis ruegos, más los amo.

¿Por qué?

Jn 20-29 Porque he deseado no ver a Dios ni a los santos y vivir en la noche de la fe, más que otros desean ver y comprender[37].

11.8.6

Nos había contado una gran cantidad de cosas sobre la época de la gripe[38]*. Cuando acabó, le dije: ¡Qué fatigada estás! ¡Y qué atenta y amable que has sido! Seguro que toda esa alegría no es sincera, pues estás sufriendo demasiado en el alma y en el cuerpo.*

Riéndose:

1R 14,1ss Yo no «finjo» nunca, no soy como la mujer de Jeroboam[39].

12 de agosto

12.8.1

(Comulgó)

... «Adiós, hermanitas, parto para un largo viaje».

---

[36] Cf. 21.8.3* final; y Cta 137.

[37] Cf. 4.6.1; 5.8.4; 11.8.5; 11.9.7; RP 7,1v°; Or 16; pero en cambio, Cta 56, n. 2.

[39] La mujer de Jeroboam se había disfrazado para ir a consultar al profeta Ajías.

(Alusión a mi «partida» para mis ejercicios para prepararme a la profesión.)

12.8.2

Mirando la fotografía del P. Bellière vestido de soldado:

A ese soldado de aire tan marcial yo le doy consejos como a una niña. Le señalo el camino del amor y la confianza[40].

12.8.3

Desde lo de la espiga, siento aún más bajamente de mí misma. ¡Pero qué grande es la nueva gracia que recibí esta mañana, cuando el sacerdote comenzó a rezar el Confiteor antes de darme la comunión y todas las hermanas lo continuaron! Veía a Jesús a punto de entregarse a mí, y aquella confesión me parecía una humillación absolutamente necesaria. «Yo confieso ante Dios todopoderoso, ante la bienaventurada Virgen María y ante todos los santos, que he pecado mucho...». Sí, pensaba, hacen bien en pedir perdón por mí en este momento a Dios y a todos los santos... Al igual que el publicano, yo me sentía una gran pecadora. ¡Y Dios me parecía tan misericordioso! Me parecía muy conmovedor dirigirse a toda la corte celestial para obtener por su intercesión el perdón de Dios. Poco me faltó para llorar, y cuando la sagrada hostia se posó sobre mis labios me sentí profundamente emocionada.

... ¡Qué fantástico haber experimentado aquello en el Confiteor! Creo que se debió a la situación actual de mi espíritu: ¡me siento tan miserable! Mi confianza no ha disminuido, al contrario; y «miserable» no es la palabra exacta, pues soy rica en todos los tesoros divinos; pero precisamente por eso, me humillo más. Cuando pienso en todas las gracias que Dios me ha concedido, tengo que contenerme para no derramar incesantes lágrimas de gratitud.

... Creo que las lágrimas que derramé esta mañana eran lágrimas de perfecta contrición. ¡Sí, qué imposible es produ-

[40] Cf. el final del Ms C.

cir una misma esa clase de sentimientos! Es el Espíritu Santo
Jn 3,8 quien los da, él, «que sopla donde quiere».

12.8.4

Le hablábamos de las resistencias que en otro tiempo había ofrecido cuando le insistíamos en que se cuidase, en que no se levantase a la misma hora que la comunidad, en que no fuese a Maitines. Nos dijo:

Vosotras no me comprendíais cuando yo insistía en que sí; pero lo hacía porque veía muy claro que con ello se trataba de influenciar a nuestra Madre. Yo quería decir a nuestra Madre toda la verdad, a fin de que ella decidiera libremente. Os aseguro que si ella me hubiese pedido, por propia iniciativa, incluso no ir a Misa, ni a comulgar, ni al Oficio divino, habría obedecido con gran docilidad.

12.8.5

Es increíble: ahora que ya no puedo comer, me apetece toda clase de cosas sabrosas. Por ejemplo, pollo, chuletas, el arroz con acederas de los domingos, atún[41]...

12.8.6

Mt 6,21 ... Podrás decir de mí: «No vivía en este mundo, sino en el otro, donde está su tesoro».

13 de agosto

13.8

Le dije un pensamiento sobre el cielo, que había tenido durante Completas.

... Yo ya sólo tengo luces para ver mi pequeña nada. Y eso me hace mayor bien que las luces sobre la fe.

---

[41] Sobre estos antojos de enferma, cf. 26.8.4; 31.8.5; 4.9.5; UC, p. 687.

14 de agosto

14.8

(Comunión)

... Muchas pequeñas cruces durante la jornada... ¡Ay, cuánto trabajo os doy!

Durante Maitines le dije: Hoy has tenido muchos dolores.

Sí, pero como me gustan... Todo lo que Dios me da me gusta.

15 de agosto

15.8.1

(Comunión)

Le recordaba yo lo que dice san Juan de la Cruz sobre la muerte de las almas consumidas de amor[42]*. Suspiró y me dijo:*

Habrá que decir que «el gozo y los trasportes» sólo tienen lugar en el fondo de mi alma. Pero las almas no se sentirían muy animadas si pensasen que no he sufrido mucho.

¡Ya veo que estás muy angustiada! Y sin embargo, hace un mes me decías cosas tan bellas sobre la muerte de amor...

Pues lo que entonces te decía te lo diría también ahora.

15.8.2

Se ahogaba mucho, y como el ahogo iba en aumento me dijo:

¡No sé qué será de mí!

¿Y te preocupa lo que será de ti?

Con acento inefable y con una sonrisa:

No, no...

---

[42] Cf. Ll 1,6,30; un pasaje éste que, en la enfermería, Teresa había señalado con varias crucecitas a lápiz en su ejemplar (UC, p. 419).

15.8.3

Durante el silencio[43] soñé que me decías: Cuando venga la comunidad, va a cansarte mucho que todas las hermanas te miren y te sientas obligada a decirles algo. Y que yo te respondía: Sí, pero cuando esté en el cielo, descansaré de todo.

15.8.4

Anteanoche le pedí a la Santísima Virgen no toser, para que sor Genoveva pudiera dormir[44], pero añadí: Si no lo haces, te querré todavía más.

15.8.5

Nuestras nuevas campanas tocaban a Vísperas; abrí la puerta para que las oyera bien y le dije: Escucha cómo suenan nuestras flamantes campanas. Después de escucharlas:

¡No muy flamantes todavía[45]!

15.8.6

Dios me da el valor en proporción a mis sufrimientos. Creo que de momento no podría soportar más; pero no tengo miedo, pues si los sufrimientos aumentan, Dios aumentará al mismo tiempo mi valor.

15.8.7

Me pregunto cómo puede Dios contenerse tanto tiempo sin llevarme...

... Además, ¡se diría que quiere hacerme creer que no existe el cielo...!

... Y todos los santos, a los que tanto quiero, ¿dónde se han «metido»?

... No, no *finjo*, la verdad es que no entiendo ni jota. Pero, en fin..., tendré que cantar muy fuerte en mi corazón:

---

[43] Entre el mediodía y la una de la tarde.

[44] Sor Genoveva dormía en una celdita contigua a la enfermería.

[45] [Teresa dice «pas *cor*»], expresión popular normanda por «pas encore».

«Después de la muerte la vida es inmortal»[46];

de lo contrario, nada tendría sentido...

15.8.8

Después de Maitines estaba agotada, y cuando nos disponíamos a mullirle las almohadas nos dijo:

Ahora haced de mí lo que queráis.

16 de agosto

16.8.1

Ya no podía hablar, de débil y sofocada que estaba.

¡No... poder... ya hablarte... ni siquiera... a ti...! ¡Ay, si pudieran saberlo...! ¡Si no amase a Dios...! Sí, pero...

16.8.2

En el locutorio no se debe hablar de cualquier cosa, por ejemplo de vestidos...

16.8.3

«Tú no tendrás una "Teresita" que venga a buscarte».

Sonrió, y mirando la estatua de la Santísima Virgen y la estampa de Teófanes Vénard, me las señaló una tras otra con el dedo.

16.8.4

Los ángeles no pueden sufrir, no son tan afortunados como yo. ¡Pero qué maravillados quedarían si sufriesen y sintiesen lo que yo siento...! Sí, se quedarían atónitos, pues yo misma lo estoy.

16.8.5

Durante Maitines, se despertó de repente, y mirándome con una dulce sonrisa:

¡Madrecita linda!

---

[46] Tomado del *«Credo» de Herculano*, ópera de F. David.

17 de agosto

17.8.1

(Comunión)

Estoy convencida de que Dios quiere que sufra. Los remedios que deberían ayudarme y que alivian a los demás enfermos, a mí me perjudican.

17.8.2

Acababan de levantarla y, como al hacer la cama le habían hecho daño, y también la habían hecho sufrir al dispensarle ciertos cuidados, pidió un pañito. Dudaban si dárselo o no, al no saber para qué lo quería. Entonces, dijo mansamente:

Deberíais creerme cuando pido algo, pues soy un encanto de «niñita» ...

(Es decir, que sólo pedía lo indispensable.)

Una vez vuelta a la cama, sintiéndose al límite de sus fuerzas:

Soy una «niñita» muy enferma, ¡sí, muy enferma!

17.8.3

Puso una vincapervinca en la estampa de Teófanes Vénard. Yo guardé esa vincapervinca.

17.8.4

Voy a rezar para que la Santísima Virgen disminuya tu opresión.

No, hay que dejarles las manos libres allá arriba.

17.8.5

Durante Maitines, mirando la estampa de Teófanes Vénard:

No sé qué me pasa, ya no puedo mirarlo sin llorar.

17.8.6

Después de Maitines se encontraba menos sofocada, y dijo a sor Genoveva señalándome a mí:

Le rezó a María, y ya no he vuelto a *hipar*.

(Usaba esta palabra en plan de broma y con un soniquete muy gracioso, cuando quería decir que tosía hasta ahogarse.)

18 de agosto

18.8.1

Sufro mucho, ¿pero sufro bien? Ésa es la cuestión.

18.8.2

¡El «bebé» está agotado...!

Durante el silencio del mediodía, yo me había escondido un poco detrás de la cama, para escribir.

Vuélvete de lado para que te vea.

18.8.3

Mamá, tienes que leerme la carta que has recibido para mí[47]. No quise pedírtela durante la oración, para prepararme para la comunión de mañana y porque no está permitido.

(Era durante la recreación.)

Y al ver que yo cogía el lápiz para escribirlo:

¿Perderé acaso el mérito por habértelo dicho y por escribirlo tú?

¿O sea, que quieres adquirir méritos?

Sí, pero no para mí: para los pobres pecadores, por las necesidades de toda la Iglesia, en una palabra, para arrojar flores a todo el mundo, a justos y a pecadores.

18.8.4

Le decía que tenía mucha paciencia.

Todavía no he tenido ni un minuto de paciencia. Esa paciencia no es mía... ¡Siempre os equivocáis!

18.8.5

Ya que dicen que todas las almas sufren las tentaciones del demonio en el momento de la muerte, también yo tendré

[47] Sin duda, la carta del abate Bellière, del 17 de agosto (LC 194, en CG, pp. 1063s).

que pasar por ello. Pero no, yo soy demasiado pequeña. Y con los pequeñitos no puede[48]...

18.8.6

Yo le decía: ¡Qué extraño te parecería si recobrases la salud!

Si ésa fuese la voluntad de Dios, me sentiría muy feliz de ofrecerle ese sacrificio. Pero te aseguro que me costaría mucho, porque haber ido tan lejos para tener que volver... ¡Vamos...!

18.8.7

En el estado de debilidad en que me encuentro, me pregunto qué sería de mí si viese una araña grande en la cama. Pero, en fin, quiero aceptar también ese miedo por Dios.

¿... Y si tú le pidieras a la Santísima Virgen que no suceda eso?

19 de agosto

19.8.1

Poco faltó para que se desmayase antes de la comunión al oír salmodiar, aunque en voz baja, el Miserere. Más tarde me dijo, derramando grandes lágrimas:

¡A ver si pierdo el conocimiento...! Si supiesen la debilidad que tengo[49]...

Anoche ya no podía más. Le pedí a la Santísima Virgen que me cogiese la cabeza entre sus manos para poderla soportar.

19.8.2

Quédate conmigo, Madrecita, que sólo tenerte a mi lado es ya una ayuda.

---

[48] Cf. 25.8.6; 29.9.3; Ms A 10v°; y el estudio sobre el demonio en TrH, pp. 128-135.

[49] Debido a esta debilidad, Teresa ya no volverá a comulgar hasta su muerte; cf. 20.8.10 y la nota a la misma a pie de página.

19.8.3

Sor Genoveva le presentó el crucifijo, y ella lo besó tiernamente en la cara. En ese momento era hermosa como un ángel. El crucifijo tenía caída la cabeza, y ella dijo contemplándolo:

¡Está muerto...! Prefiero que lo representen muerto, porque pienso que ya no sufre.

19.8.4

Pidió ciertos medicamentos que le costaba mucho tomar, pero que el doctor y nuestra Madre habían recomendado. Sor Genoveva le dijo como a un niñito: «¿Quién ha pedido eso a la "chacha"[50]?».

Ha sido el «bebé», por fidelidad.

19.8.5

Acariciaba en las dos mejillas a Teófanes Vénard. (La estampa estaba prendida en la cortina, un poco lejos de ella.)

¿Por qué la acaricias así?

Porque no puedo besarle.

19.8.6

A sor María de la Eucaristía:

No hay que sentarse así, de través, en las sillas; está escrito.

19.8.7

A sor Genoveva, que le arreglaba las almohadas sin tener cuidado con las estampas de las cortinas:

¡Cuidado con Teofanito!

19.8.8

Cuando estábamos las tres juntas a su lado, hablábamos demasiado. Esto la cansaba, porque le hacíamos demasiadas preguntas a la vez.

---

[50] Sobrenombre que Teresa daba, en los últimos meses de su vida, a su hermana Celina; cf. 22.9.4; 23.9.3.

¿Qué quieres que digamos hoy?

Será mejor no decir absolutamente nada, porque, a decir verdad, no hay nada que decir.

Todo está ya dicho, ¿no?

Con una graciosa inclinación de cabeza:

Sí.

19.8.9

No importa lo que me digas, aunque sean las cosas más insignificantes. Me haces el efecto de un gracioso trovador que canta sus leyendas con melodías siempre nuevas.

Y daba sorbitos para hacerme ver que se bebía mis palabras.

19.8.10

Sólo sufro en este momento. Cuando alguien se desalienta y se desespera, es porque piensa en el pasado y en el futuro.

20 de agosto

20.8.1

A sor Genoveva, con tono infantil:

Tú sabes muy bien que estás cuidando a un «bebé» que se está muriendo... Así que *(mostrando el vaso)* habría que echar algo rico en el vaso, pues el «bebé» tiene muy mal sabor a podrido en la boca.

20.8.2

Había pedido que la besasen poco, pues, al estar tan débil, el aliento la fatigaba.

¿Podemos por lo menos hacerte una caricia?

Sí, las manos no respiran.

20.8.3

Le hablaban de la lata que daba a las enfermeras la pobre madre Corazón de Jesús[51].

[51] Cf. 3.9.3.

¡Cómo me habría gustado ser enfermera! No por motivos naturales, «sino a impulsos de la gracia». Y creo que hubiera hecho muy feliz a la madre Corazón de Jesús. Sí, me habría gustado... Y habría puesto en ello mucho amor, pensando en las palabras de Dios: «Estuve enfermo y me aliviasteis». Es difícil encontrar ocasiones tan hermosas como éstas, incluso en el Carmelo. Mt 25,36

20.8.4

Con aire alegre y travieso:

¡Pronto me encontraré entre los horrores del sepulcro! Y también tú, Madrecita, estarás un día allí... Y cuando te vea llegar junto a mí, «se estremecerán de alegría mis huesos humillados». Sal 50,10

20.8.5

En cuanto veo algo de beber, me pasa esto. *(Tose y le dice al vaso de agua de Bottot):* ¡Esto no hay quien lo beba! *(Aparte:)* No lo entiende... *(Más alto:)* ¡Te he dicho que esto no hay quien lo beba!

20.8.6

Ya no podía ni ver la leche, que, por otra parte, nunca le había gustado, y que entonces le causaba una enorme repugnancia. Yo le dije: «¿Beberías esta taza por salvarme la vida?».

¡Claro que sí...! Y bueno, fíjate, ¿no la iba a tomar por amor de Dios?

Y se bebió la taza de un trago.

20.8.7

Hacíamos comentarios acerca de la marca que tenía la capa de la enfermería: +.F.

No, no significa lo que decís. Quiere decir que hay que llevar la cruz (+) para ir después más allá del firmamento (F).

20.8.8

Cuando sufro mucho, me alegro de ser yo quien sufre; me alegro de que no seáis una de vosotras.

20.8.9

«Contigo, Clarita, es con quien me encuentro más a gusto».

(Frase que decía a la madre Genoveva[52] su hermanito.)

20.8.10

A causa de lo mucho que sentía no poder recibir ya la comunión, y como consecuencia de los muchos comentarios que tuvo que oír a este respecto, pasó un día de angustias y de tentaciones que a mi entender debieron de ser terribles ([a]). Por la tarde me pidió que estuviera un rato en silencio y que ni siquiera la mirara. Me dijo muy bajito:

Si ahora mismo te contara mis pesares, no pararía de llorar, y estoy tan agotada, que sin duda me ahogaría.

Tras un silencio que duró más de una hora, me habló, pero poniendo delante de los ojos el abanico que le habían dado para las moscas, pues estaba todavía muy emocionada.

---

[52] Su nombre civil era Clara Bertrand. Sobre esa frase, cf. «Escritos Diversos», p. 1227.

([a]) Los *Cuadernos verdes* aclaran:

Aquel día sufrió angustias muy agudas. He aquí por qué:

La comunión, que tanto deseaba antes, durante su enfermedad se convirtió para ella en un motivo de tormento. A causa de los vómitos, de la opresión y de la debilidad, temía que le sucediese algún percance, y hubiese querido que fuésemos nosotras quienes le dijésemos que no la hiciese. Ella no quería cargar con esa responsabilidad por propia iniciativa; pero como no decía nada, nosotras pensábamos darle gusto insistiendo en que comulgase. Ella seguía callando, pero aquel día ya no pudo más y rompió a llorar.

No sabíamos a qué atribuir aquel disgusto y le rogábamos encarecidamente que nos lo dijese. Pero la opresión que le producían los sollozos era tan grande, que no sólo no pudo respondernos, sino que nos hizo señas de que no le dijésemos ni una sola palabra y de que ni siquiera la mirásemos.

Al cabo de varias horas que pasé sola a su lado, me atreví a acercarme y le dije que había adivinado muy bien el motivo de sus lágrimas. La consolé lo mejor que pude; parecía estar a punto de morir de dolor. Nunca la había visto sumida en semejantes angustias.

Ya no volvió a comulgar hasta su muerte. El 19 de agosto, día de su última comunión y fiesta de san Jacinto, la había ofrecido por la conversión del malaventurado P. Jacinto. A esta conversión se había dedicado durante toda su vida [Cf. UC II, Anexos, p. 324.]

20.8.11

Me habló de la carta de un sacerdote que decía que la Santísima Virgen no conocía por experiencia los sufrimientos físicos.

Al mirar esta tarde a la Santísima Virgen, comprendí que eso no es verdad. Comprendí que no sólo sufrió en el alma, sino también en el cuerpo. Sufrió mucho en los viajes, de frío, de calor, de cansancio. Ayunó muchas veces.

... Sí, ella sabe bien lo que es sufrir.

... Pero ¿acaso está mal querer que la Santísima Virgen haya sufrido? ¡Yo, que tanto la quiero!

20.8.12

Se ahogaba mucho.

Desde hacía algún tiempo, encontraba un cierto alivio para sus opresiones, tan penosas, emitiendo algo así como un gritito acompasado[53]*, algo así como: «¡Oh, la, la!», o bien «¡Agne! ¡Agne!».*

Cuando la opresión viene desde abajo, es cuando digo: «¡Agne! ¡Agne!». Pero eso no es de buena educación, y no me gusta. Ahora diré: «¡Ana! ¡Ana!».

Pondrán eso en tu circular.

¡Parecerá una receta de cocina!

20.8.13

Tú fuiste quien me dio la alegría de tener el retrato de Teófanes Vénard, una alegría inmensamente grande. ¡Y eso que pudiera muy bien no haberme gustado...! Pero es «*muy coqueto*», es «*muy mono*».

Expresiones que ella había oído y que le hacían gracia.

20.8.14

¡Qué hermoso será conocer en el cielo todo lo que ocurrió en el seno de la Sagrada Familia! Cuando el Niño Jesús empezó a ser mayorcito, al ver ayunar a la Santísima Virgen,

---

[53] Sobre estos gemidos, cf. UC, p. 677.

tal vez le diría: «A mí también me gustaría ayunar». Y la Santísima Virgen le contestaría: «No, Jesusito, tú eres todavía demasiado pequeño, no tienes fuerzas». O quizás no se atrevía a negárselo.

¿Y san José? ¡Ay, cuánto lo quiero! Él no podía ayunar, debido a su trabajo.

Lo veo acepillar, y después secarse la frente de vez en cuando. ¡Qué lástima me da de él! ¡Qué sencilla me parece que fue su vida!

Las mujeres de la aldea irían a charlar familiarmente con la Santísima Virgen. A veces le pedirían que les dejase al Niño Jesús para que fuese a jugar con sus hijos. Y el Niño Jesús miraría a la Virgen para saber si debía ir o no. Otras veces, aquellas buenas mujeres irían directamente al Niño Jesús y le dirían sin ninguna clase de ceremonias: «Ven a jugar con mi niño», etc.

... Lo que me hace mucho bien, cuando pienso en la Sagrada Familia, es imaginármela llevando una vida totalmente ordinaria. No todo eso que se nos cuenta y todo eso que se supone. Por ejemplo, que el Niño Jesús hacía pajaritos de barro y después, soplando sobre ellos, les daba la vida. No, el Niño Jesús no hacía milagros inútiles como ésos, ni siquiera por complacer a su Madre. Y si no, ¿por qué no fueron transportados a Egipto en virtud de un milagro, que, por lo demás, habría sido tan necesario y tan fácil para Dios? En un abrir y cerrar de ojos habrían sido transportados allá. Pero no, en su vida todo discurrió como en la nuestra.

¡Y cuántos sufrimientos y cuántas decepciones! ¡Cuántas veces no habrán criticado al bueno de san José! ¡Cuántas veces se habrán negado a pagarle su trabajo! ¡Qué sorprendidos quedaríamos si supiésemos todo lo que sufrieron!, etc. etc.

Me habló largo y tendido sobre este tema y no pude escribirlo todo[54].

---

[54] Teresa habla también de la vida de la Sagrada Familia en Ms A 59v°, y RP 6, Acto I.

20.8.15

Quisiera estar segura de que la Santísima Virgen me quiere.

20.8.16

... ¡Y pensar que toda la vida me ha costado tanto rezar el rosario[55]!

20.8.17

Después de recibir la absolución, en vez de perderme en oraciones para dar gracias a Dios, pienso sencillamente con gratitud que él me ha puesto un vestido muy blanco y me ha cambiado el delantal. Ni el uno ni el otro estaban muy sucios, pero es igual: mis vestiditos son más brillantes y todo el cielo me mira con mejores ojos.

20.8.18

No cabe duda que cuando sor María del Sagrado Corazón fue procuradora me hizo hacer muchas mortificaciones. Me quiere tanto, que yo parecía su niña mimada; pero en estos casos la mortificación es todavía mayor.

... Me cuidaba según sus gustos, completamente opuestos a los míos...

21 de agosto

21.8.1

Sufría mucho, y yo la estaba mirando de rodillas y con el alma a los pies.

Ojitos tristes, ¿por qué?

Porque estás sufriendo mucho.

Sí, pero también paz, paz...

---

[55] Cf. Ms C 25v°.

21.8.2

Ya no hay más que cama para el «bebé»..., ¡todo, todo hace sufrir!

Casi enseguida empezó de nuevo a toser y no pudo dormirse.

¡Ni siquiera cama ya para el bebé! ¡Se acabó! ¡Cualquier noche me ahogaré, lo sé!

21.8.3*

¡Cuánto me hubiera gustado ser sacerdote para predicar sobre la Santísima Virgen! Una sola vez me habría bastado para decir todo lo que pienso sobre ella.

Ante todo, hubiera hecho ver qué poco se conoce su vida.

No habría que decir cosas inverosímiles o que no sabemos; por ejemplo que de muy pequeñita, a los tres años, la Santísima Virgen fue al templo para ofrecerse a Dios con ardientes sentimientos de amor, totalmente extraordinarios, cuando tal vez fue allá simplemente por obedecer a sus padres.

¿Y por qué decir también, al hablar de las palabras proféticas del anciano Simeón, que, a partir de ese momento, la Santísima Virgen tuvo constantemente ante los ojos la pasión
Lc 2,35 de Jesús? «Una espada de dolor te *traspasará* el alma», le dijo el anciano. Por lo tanto, no se trataba del presente, ¿te das cuenta, Madrecita?; era una predicción genérica para el futuro[56].

Para que un sermón sobre la Virgen me guste y me aproveche, tiene que hacerme ver su vida real, no su vida imaginaria; y estoy segura de que su vida real fue extremadamente sencilla. Nos la presentan inaccesible, habría que presentarla imitable, hacer resaltar sus virtudes, decir que ella vivía de fe igual que nosotros, probarlo por el Evangelio, donde lee-
Lc 2,50 mos: «No comprendieron lo que les decía». Y esta otra frase,
Lc 2,33 no menos misteriosa: «Sus padres estaban admirados por lo que se decía de él». Esta admiración supone una cierta extrañeza, ¿no te parece, Madrecita?

[56] Cf. sin embargo RP 6,2v°.

Sabemos muy bien que la Santísima Virgen es la Reina del cielo y de la tierra, pero es más madre que reina. Y no se debe decir que a causa de sus prerrogativas eclipsa la gloria de todos los santos, como el sol al amanecer hace que desaparezcan las estrellas. ¡Dios mío, que cosa más extraña! ¡Una madre que hace desaparecer la gloria de sus hijos...! Yo pienso todo lo contrario, yo creo que ella aumentará aún más el esplendor de los elegidos.

Está bien hablar de sus privilegios, pero no hay que decir más que eso; y si en un sermón nos vemos obligados a exclamar desde el principio hasta el final «¡oh!, ¡oh!», acaba uno harto. ¡Y quién sabe si algún alma no llegará incluso a sentir cierto distanciamiento de una criatura tan superior y a decir: «Si eso es así, mejor irse a brillar como se pueda en un rincón...».

Lo que la Santísima Virgen tiene sobre nosotros es que ella no podía pecar y que estaba exenta del pecado original. Pero por otra parte, tuvo menos suerte que nosotros, porque ella no tuvo una Santísima Virgen a quien amar, y eso es una dulzura más para nosotros y una dulzura menos para ella.

Finalmente, en mi cántico «Por qué te amo, María»[57] he dicho todo lo que predicaría sobre ella.

22 de agosto

22.8.1

Hoy es el santo del abuelito.

(San Joaquín)

22.8.2

¿Qué sería de mí, Madrecita, si Dios no me diese fuerzas? ¡Sólo quedan ya las manos[58]...! Nadie sabe lo que es sufrir así. No, hay que pasar por ello.

---

[57] Cf. PN 54.

[58] «Libres», especifica en otra parte la madre Inés.

22.8.3

... En tal ocasión te tuvieron por imperfecta.

Con satisfacción:

Bueno, ¡mejor para mí!

22.8.4

Del lado de los intestinos y... en otras partes sufría intensamente; se temió la gangrena [a].

Bueno, al fin y al cabo, vale más tener muchas enfermedades juntas que sufrir mucho y en todo el cuerpo. Es como un viaje, en el que se soportan toda clase de incomodidades sabiendo que pronto todo pasará y que, en cuanto se llegue al final, disfrutaremos mucho más.

22.8.5

A propósito de un comentario que le hacían (ya no recuerdo con qué motivo):

¿Tú crees que la Santísima Virgen se deshizo en contorsiones como santa María Magdalena[59]? Pues no, no habría estado bien. ¡Me hace bien *hipar*!

22.8.6

Había derramado tila sobre la cama, y para consolarla le decíamos que no tenía importancia.

---

[a] Los *Cuadernos verdes* precisan:

« (...) sufre terribles dolores en los intestinos, tiene el vientre duro como una piedra, y ya no puede realizar sus funciones sino entre terribles sufrimientos. Si la sentamos para evitar una mayor opresión cuando tose mucho, le parece estar sentada "sobre clavos"*. Nos suplica que recemos por ella, porque, dice,* "es como para perder la razón"*. Nos pide que no dejemos al alcance de su mano los medicamentos para uso externo que contengan veneno, y aconseja que no se dejen nunca cerca de los enfermos que padezcan esas mismas torturas; y siempre por el mismo motivo: porque* "es como para perder la razón"*, y porque, al no saber lo que hacen, podrían muy bien quitarse la vida. Y que ella misma, si no tuviera fe, no habría dudado un instante en quitarse la vida».*

[59] Alusión a las posturas atormentadas con que la iconografía presenta a menudo a esta santa.

Como queriendo decir que tenía que sufrir por todo:

No, no tiene importancia, ¡qué va!

22.8.7

Me miró durante la oración, y luego miró la estampa de Teófanes Vénard con su mirada serena y profunda.

Poco después quiso hablar para agradarme, pues apenas podía respirar. Yo le dije que se callara.

¿No, no tengo que hablar...? Pues... yo creía... ¡Te quiero tanto...! ¡Voy a portarme bien..., Madrecita!

22.8.8

Querían impedirle que se esforzase por consolarnos.

Tenéis que dejarme hacer mis «monadas».

22.8.9

Me alegré al pensar que rezaban por mí, y entonces le dije a Dios que quería que esas oraciones se aplicasen por los pecadores.

¿Entonces no quieres que sirvan para aliviarte a ti?

¡No!

22.8.10

Sufría mucho y se gemía.

¡Madrecita...! ¡Sí...! ¡Lo acepto...!

... No tengo que quejarme más, no sirve de nada. Rezad por mí, hermanitas, pero no de rodillas, sentadas.

(Estábamos de rodillas.)

23 de agosto

23.8.1

No había pasado nunca una noche tan mala. ¡Ay, qué bueno tiene que ser Dios para que yo pueda resistir todo lo que sufro! Nunca creí que pudiera sufrir tanto. Y no obstante,

creo que todavía no he llegado al límite del sufrimiento. Pero él no me abandonará.

23.8.2

Tú cantaste a la Santísima Virgen:

> «Puede tomar de nuevo Jesús lo que me ha dado,
> dile que por mí nunca se moleste en nada»[60].

Se lo ha dicho, y él te toma la palabra.

Me alegro, y no me arrepiento.

23.8.3

No, Dios no me da el presentimiento de una muerte próxima, sino el de sufrimientos mucho mayores... Pero no me preocupo, sólo quiero pensar en el momento presente.

23.8.4

Le decía que me habían dado una manta grande para el invierno, y que la verdad es que era demasiado grande.

No, no, nunca se tiene demasiado calor en invierno.

... Tú tendrás frío cuando yo ya no tenga frío. ¡Qué lástima!

23.8.5

Bésame en la frente.

A sor Genoveva:

Reza mucho por mí a la Santísima Virgen, tú que eres mi enfermera, pues si tú estuvieses enferma, yo rezaría mucho por ti. Por una misma no se atreve una a hacerlo.

23.8.6

Había ofrecido sus sufrimientos por el Sr. abate de Cornière, que entonces era seminarista[61] y se encontraba muy tentado. Él lo supo y escribió una carta de lo más humilde y emotiva.

---

[60] PN 54,16; cf. CA 10.6.

[61] Cf. Cta 167, P.D. § 1, y sus notas 1 y 9.

¡Qué gran consuelo me ha proporcionado esta carta! He visto que mis pobres sufrimientos han dado su fruto. ¿Te has fijado en los sentimientos de humildad que en ella se expresan? Eso es precisamente lo que yo esperaba.

... ¡Y cuánto bien me ha hecho ver cómo en tan poco tiempo se puede sentir tanto amor y tanta gratitud hacia un alma que te ha ayudado y a la que hasta entonces no conocías! ¡Qué será, pues, en el cielo cuando las almas conozcan a quienes las salvaron!

23.8.7

En medio de sus grandes sufrimientos:

¡Mamaíta...! ¡Mamaíta...! ¡Ah...! ¡Ah...! ¡Sí...! ¡Mamá! ¡mamá! ¡mamá!

23.8.8

Cuando pedimos algo a la Santísima Virgen y no nos escucha, es señal de que no quiere. Entonces hay que dejarla a su aire y no preocuparse.

23.8.9

Me decía que todo lo que había oído predicar sobre la Santísima Virgen la había dejado indiferente.

Que los sacerdotes nos presenten virtudes practicables. Está bien hablar de sus privilegios, pero sobre todo tenemos que poder imitarla. Ella prefiere la imitación a la admiración, ¡y su vida fue tan sencilla! Por hermoso que sea un sermón sobre la Santísima Virgen, si nos vemos obligados a exclamar continuamente «¡oh, oh!», acaba uno harto.

Me encanta cantarle:

«al practicar tú siempre las virtudes humildes,
el camino del cielo dejaste iluminado»[62].
(Ella decía: fácil). Mt 7,14

[62] PN 54,6.

23.8.10

¡Mamá...! ¡Ay, no paro de quejarme...! ¡Pero bueno...! Acepto, sí, estar enferma..., pero cuando toso continuamente y no puedo más...

(Hoy ha terminado el régimen de leche.)

Acariciaba yo su frente después de Maitines:

¡Qué gusto da!

24 de agosto

24.8.1

¿Estás desanimada?

¡No...! Sin embargo, esto va cada vez peor. Con cada respiración sufro intensamente. De todas formas, todavía no es como para gritar.

(Aquella mañana tenía una expresión espepcialmente dulce y serena.)

24.8.2

... ¡Cómo me gustaría hablarte...! ¡Qué sacrificio...! ¡Pero me cuesta!

24.8.3

... Madrecita, a pesar de todo, ¿quieres que te hable?

(Yo llevaba ya mucho tiempo velándola en silencio.)

Una media hora más tarde, durante la recreación:

¡Madrecita...!, ¡yo que te quiero tanto...!

Despertándose durante Maitines:

¡Ay, el tiempo que hace que te estoy hablando! ¡Y veo que no te has enterado de nada!

(Me había explicado su enfermedad durante una pesadilla.)

... ¡Y ahora siento que me amenaza la tos! ¡En fin...!

Todo va peor, ¿verdad?

No, mejor.

24.8.4

Yo la había compadecido, y ante el comentario de sor Genoveva de que con eso no se arreglaba nada:

¡Al contrario!, es eso justamente lo que alivia a los enfermos.

25 de agosto

25.8.1

Le expresaba mi deseo de conocer la fecha de su muerte.

¡Pues yo no lo deseo! ¡Siento una gran paz! Eso apenas me preocupa.

Durante el silencio, la puerta de la enfermería estaba abierta, y sor San Juan de la Cruz entraba todas las noches y poniéndose a los pies de la cama la miraba riéndose durante un buen rato[63].

¡Qué visita más indiscreta y cómo debe de cansarte!

Pues sí, cuando se sufre resulta muy penoso que te miren riéndose. Pero pienso que también a Nuestro Señor lo miraban así en la cruz, en medio de sus padecimiento. Y aquello era todavía peor, pues se burlaban de él de verdad: ¿no se dice en el Evangelio que lo miraban meneando la cabeza? Mc 15,29
Este pensamiento me ayuda a ofrecerle gustosa ese sacrificio.

25.8.2

¡Cuánto sufres! ¡Y qué duro es! ¿Estás triste?

No. No me siento en absoluto desdichada. Dios me da justo lo que puedo soportar[64].

25.8.3

Le habían traído de parte de nuestra tía unos preciosos ramos de miosotas artificiales. Los pusieron para adornar sus estampas.

Durante el silencio, con aire infantil y muy gracioso:

---

[63] «Lo hacía con buena intención», señala la madre Inés.

[64] Cf. 14.6; 11.8.3; 15.8.6; 23.8.1; 25.8.8; 29.9.11.

Tenía ganas de que me regalaran *algo*, no sabía muy bien qué ni por qué, pero tenía ganas; y van y me regalan esto.

25.8.4

Sal 119,5 *¡Pobre hija mía!, bien puedes decir: «¡Ay, qué largo es mi destierro!».*

Pues a mí no me parece largo. Porque sufra, no es más largo.

25.8.5

Gemía suavemente:

¡Ay, cómo me quejo! Y sin embargo, no quisiera sufrir menos[65].

25.8.6

Nos pedía insistentemente que rezáramos y que hiciéramos rezar por ella.

¡Cuánto se debe rezar por los agonizantes! Si se supiera...

Creo que el demonio ha pedido permiso a Dios para tentarme con sufrimientos extremados, para hacerme faltar a la paciencia y a la fe.

A sor María del Sagrado Corazón le habló del himno de Completas, a propósito de las tentaciones del espíritu de las tinieblas y de los espantos nocturnos[66].

25.8.7

Era la fiesta de san Luis, y había hecho una ferviente oración a papá sin ser escuchada.

... A pesar de lo que me dolió en un primer momento, le repetí a Dios que lo amaba todavía más, y a todos los santos también.

---

[65] Sobre esas «quejas» y esa aceptación, cf. 22.8.10; 23.8.10; 28.8.4; 5.9.3; 20.9.1; 30.9.

[66] Compárese con la escena que sor Genoveva sitúa en el 16 de agosto (*infra*).

25.8.8

Le hablaba de mi tristeza al pensar en lo que todavía tendría que sufrir:

Estoy dispuesta a todo... Sin embargo, ya ves que hasta ahora no me ha pasado nada que fuera superior a mis fuerzas.

... Hay que abandonarse. Y quisiera que tú te alegraras.

25.8.9

¡Sí, sí, lo acepto! ¡Sí! ¡Pero es eso...!

¿El qué?

¡Que me ahogaré!

26 de agosto

26.8.1

Le habían dejado toda la noche encendido el cirio bendito.

Gracias al cirio bendito no he pasado demasiado mala noche.

26.8.2

A nuestra Madre, durante la oración:

Me alegro mucho de no haber pedido nada a Dios; así, él está obligado a darme valor[67].

26.8.3

Yo le decía que estaba hecha para sufrir mucho, que su alma tenía temple para eso:

Para el sufrimiento del alma, sí, puedo mucho...; pero para los sufrimientos del cuerpo soy como un niño pequeño, muy pequeño. No me doy cuenta, sufro minuto a minuto[68].

---

[67] Ese mismo dicho, en una carta de sor María de la Eucaristía a su padre, del 27 de agosto (UC, p. 680).

[68] Sobre esa capacidad de sufrimiento, cf. Ms C 10rº; 29.7.14.

26.8.4

Tenía que confesarse:

Madrecita, tendría que hablarte, si pudiese. No sé si será necesario que diga al Sr. Youf que he tenido pensamientos de gula, porque he pensado en cosas que me gustan, pero se las ofrezco a Dios.

26.8.5

Se ahogaba.

... ¡Ay, me ahogaré...! ¡Sí...!

(Ese «sí», dicho con voz suave y lastimera, era como un gritito.)

26.8.6

Durante Maitines, le dije que se moviera a su antojo para ver si encontraba un poquito de alivio.

... ¡Qué difícil es, con lo que tengo, encontrar alivio!

26.8.7

Se le había saltado un punto en el ribete de la túnica y yo intentaba cogerlo, pero era muy difícil y no acababa de acertar, cansándola mucho; ella ya no podía más, y luego me dijo:

Madrecita, no hay que extrañarse de que una pobre enfermera se enfade a veces con las enfermas. ¡Ya ves lo difícil que soy! ¡Cuánto te quiero...! Eres muy dulce. ¡Te estoy muy agradecida, lloraría de buena gana!

26.8.8

¡Qué larga es tu enfermedad, pobrecita!

No, no, a mí no me parece larga. Cuando todo haya acabado, ya verás cómo no te parece larga.

26.8.9

Madrecita, ¡qué necesaria es la ayuda de Dios cuando se sufre tanto!

27 de agosto

27.8.1

¡Ay, qué desgraciado es uno cuando está enfermo!

¡Qué va!, uno no es desgraciado cuando se va a morir. ¡Qué curioso tener miedo a morir!

... A fin de cuentas, cuando una está casada, cuando se tiene un marido y unos hijos, se comprende; pero yo, que no tengo a nadie...

27.8.2

... ¡Cómo me gustaría que Monseñor no viniera a verme De todas formas, siempre es una gracia la bendición de un obispo.

Riéndose:

¡Si al menos fuera san Nicolás, que resucitó a tres niños...!

(Mons. Hugonin se encontraba en Lisieux.)

27.8.3

¿No estás admirada, Madrecita, de cómo llevo mis sufrimientos?

... A fin de cuentas, en el fondo tengo una gran paz.

27.8.4

No has tomado nada desde esta mañana.

¿Cómo que nada? Tomé dos tazas de leche. Estoy atiborrada. Soy una chamarasca[69], ya no hace falta comprarla.

27.8.5

¡Hago pasar las noches en blanco a la pobrecita sor Genoveva!

---

[69] Teresa hace aquí un juego de palabras: «*Je suis bourrée*» («bourrée»: p.p. del verbo «Bourrer» = atiborrar, atracar, comer en exceso), y «*Je suis une bourrée*» («Bourrée»: sustantivo fem., que significa chamarasca, leña menuda que hace llamarada de poca duración) [Nota retocada por el traductor].

27.8.6

Durante la recreación del mediodía:

Esta mañana me dijiste que no tenías a nadie, y tienes unas hermanitas y una Madrecita.

No, no tengo nada, porque a ellas no las dejo.

Con aire travieso:

¡Anda, que si pensase que las voy a dejar...!

27.8.7

¿Y si tuvieras que seguir enferma hasta la próxima primavera? Yo tengo miedo, ¿tú qué dirías?

Bueno, pues diría que tanto mejor.

27.8.8

Por la tarde pasó un rato muy aliviada y nos hizo toda clase de monerías.

27.8.9

Sufría continuamente de sed [a]*. Sor María del Sagrado Corazón le dijo: ¿Quieres agua bien fría?*

Sí, ¡qué ganas tengo!

Nuestra Madre te ha mandado pedir todo lo que necesites.

Ya pido todo lo que necesito.

¿No pides más que lo necesario? ¿Nunca lo que te puede aliviar?

No, sólo lo necesario. Por eso, cuando no tengo uvas, no las pido.

Poco después de haber bebido, miraba el vaso de agua fría.

– Bebe un poco más, le dijeron.

No, no tengo la lengua suficientemente seca.

---

[a] Los *Cuadernos verdes* (CV I, p. 7) matizan:

Sigue sufriendo enormemente por la sed. «Nunca se me quita la sed, decía. Cuando bebo, la sed aumenta. Es como si echase fuego dentro». *Por las mañanas tenía la lengua tan seca, que parecía una escofina, o un pedazo de madera.*

28 de agosto

28.8.1

Le habían vuelto la cama hacia la ventana.

¡Cuánto me alegro!

Ponte ahí en frente, Madrecita, para que te vea bien.

28.8.2

Nuestra Madre y otras hermanas decían que era muy guapa, y se lo contaron.

¡Y eso qué me importa! No me importa nada, me molesta. Cuando una está tan cerca de la muerte, no puede alegrarse por cosas así.

28.8.3

Durante el silencio del mediodía:

¡Fíjate!, ¿ves allá abajo aquel agujero negro *(debajo de los castaños, cerca del cementerio)* en el que no se puede distinguir nada? Pues en un agujero como ése me encuentro yo, tanto en el alma como en el cuerpo. ¡Sí, qué tinieblas! Pero estoy en paz.

28.8.4

Ya no podía más, y se quejaba.

Creo que Dios estaría más contento si no dijese nada.

28.8.5

Mamaíta, cógeme esa preciosa cosita blanca.

¿El qué?

Ya se fue. Era una preciosa cosita de ésas que vuelan en verano.

(Una grana.)

28.8.6

Mirando por una pequeña abertura de la cortina la estatua de la Santísima Virgen, que estaba frente a ella[70]:

---

[70] La Virgen de la Sonrisa.

¡Fíjate, me está acechando!

28.8.7

Me gustan mucho las flores, las rosas, las flores encarnadas y las preciosas margaritas rosadas.

28.8.8

Cuando tosía o hacía el menor movimiento en la cama, los ramos de miosotas se agitaban en torno a las estampas.

Las florecitas tiemblan conmigo, me gusta.

28.8.9

Querida Santísima Virgen, ¿sabes por qué tengo ganas de irme? Porque canso demasiado a mis hermanitas, y además las hago sufrir al estar tan enferma... ¡Sí, quisiera irme!

28.8.10

Después de Maitines:

Querida Santísima Virgen, ten compasión de mí... «¡por esta vez!».

29 de agosto

29.8.1

Lc 10,30-37 *Le leía el evangelio del domingo: la parábola del buen samaritano.*

... Yo estoy como ese pobre caminante «semivivo»: medio viva, medio muerta.

29.8.2

Es muy duro sufrir sin ningún consuelo interior.

Sí, pero es un sufrimiento sin inquietud. Me alegro de sufrir, ya que Dios lo quiere.

29.8.3

¿Madrecita?

(Me llamaba.)

¿Qué quieres?

Acabo de contar 9 peras en el peral que está junto a la ventana. Debe de haber muchas más. Me alegro, las comerás. ¡Qué buena es la fruta!

29.8.4

Esta noche nos dio un besito.

30 de agosto

30.8.1

Pasó la noche muy tranquila, como la noche de 6 de agosto, feliz de pensar que quizás moriría.

... Juntaba las manos con mucha gracia esperando a la muerte.

30.8.2

¿Estarías contenta si te anunciasen que ibas a morir indefectiblemente dentro de unos días a más tardar? ¿Preferirías eso de todos modos a que te anunciasen que ibas a sufrir cada vez más durante meses y durante años?

No, no estaría en absoluto más contenta. Lo único que me contenta es hacer la voluntad de Dios.

30.8.3

La pusieron en la cama plegable y la llevaron hasta la puerta del coro que da al claustro. Allí la dejaron sola un largo rato. Rezaba con una mirada muy profunda hacia la reja. Luego arrojó hacia allá pétalos de rosa.

Antes de volverla a meter, la fotografiaron[71]*.*

Vino el doctor La Néele y le dijo: «Es para pronto, hermanita, estoy seguro». Y ella lo miró con una sonrisa de felicidad.

[71] Foto VTL, nº 45.

También vino el Sr. Youf y le dijo estas palabras que ella me refirió: «Ha sufrido más que lo que le queda por sufrir ... Terminamos juntos nuestro ministerio, usted como carmelita y yo como sacerdote».

31 de agosto

31.8.1

Nueva visita del Dr. La Néele.

31.8.2

Si murieses mañana, ¿no tendrías un poco de miedo? ¡Sería tan pronto!

No, aunque fuese esta noche, no tendría nada de miedo, sólo tendría alegría.

31.8.3

¡Cuánto me cuesta hacer la señal de la cruz!

... ¡Ay, hermanitas! ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ... ¡Dios mío, ten compasión de mí! ... Ya no sé decir otra cosa.

31.8.4

Pronto esta cama en la que te vemos estará vacía, ¡qué dolor para nosotras!

Pues yo, en vuestro lugar, ¡qué contenta estaría!

31.8.5

... Tengo más hambre que en toda mi vida. Siempre he comido como un pajarito, y ahora lo devoraría todo. Me parece que me estoy muriendo de hambre.

... ¡Cuánto debió de sufrir santa Verónica!

(Había leído que esta santa había muerto de hambre.)

31.8.6

Una de nosotras decía: «¡Qué ahogada está! Podría muy bien morir hoy!».

¡Qué felicidad!

31.8.7

Por la tarde. Me decían que estaba dormida; ella abrió los ojos y me dijo:

Que no. Acércate, ¡me gusta tanto verte!

31.8.8

¡Qué necesidad tengo de ver las maravillas del cielo! Ya nada me impresiona en la tierra.

31.8.9

Durante Maitines:

¡Es increíble cómo se han realizado todas mis esperanzas! Cuando leía a san Juan de la Cruz[72], le pedía a Dios que obrase en mí lo que él dice, es decir, lo mismo que si llegara a la vejez; en una palabra, que me consumara rápidamente en el amor. ¡Y he sido escuchada!

31.8.10

Después de mirar largamente la estatua de la Santísima Virgen:

... ¿Quién habría podido inventar a la Santísima Virgen?

31.8.11

A mí:

... Si tú me quieres, ¡cuánto te quiero yo también a ti!

31.8.12

Me contó que antes, para mortificarse, mientras comía pensaba en cosas repugnantes.

... Pero después, me pareció más sencillo ofrecerle a Dios lo que me gustaba.

31.8.13

... Hace un rato quise darme un auténtico banquete: tomé un grano de uva y un sorbito de vino, y se los ofrecí a la Santísima Virgen. Luego hice lo mismo con el Niño Jesús, y se acabó mi banquete.

---

[72] Cf. Ms A 83r°; Ll 1,6,30; y nota 90 de julio.

Septiembre

Los comienzos de este mes ven cómo se prolonga la mejoría momentánea –muy relativa– que sucedió a los terribles sufrimientos del período comprendido entre el 22 y el 27 de agosto. Teresa come un poco y la familia Guérin se esfuerza por satisfacer sus antojos de enferma. Pero los síntomas no permiten albergar ninguna esperanza: adelgazamiento constante, debilidad extrema. Ni siquiera puede ya mover las manos y tiene muchos dolores. Ya no la pueden tocar. El 12 de septiembre comienzan a hinchársele los pies. El 14, el Dr. de Cornière no le da más de quince días de vida. A partir del 21, Teresa confiesa que le parece estar continuamente en la agonía. No entrará en ella de verdad hasta el 29, víspera de su muerte.

El contenido del Cuaderno Amarillo en este mes tiene tanto valor por los gestos que describe como por las palabras que refiere. Ahora más que nunca, Teresa es maestra experiencial. Sus breves frases llevan el sello de la autenticidad e incluso el de la literalidad. Temas dominantes: la enfermedad, el sufrimiento, la muerte. La prueba de la fe continúa presente. La oración de la enferma se apoya en las estampas y la estatua que la rodean. Teresa mira la naturaleza con verdadero placer, y a veces sigue bromeando. Aún podrá celebrar dos aniversarios: el 8, el de su profesión (ese día escribirá su último autógrafo, Or 21), y el 24, el de su toma de velo (cf. Ms A 77rº).

El gran número de testimonios sobre el 30 de septiembre nos permite reconstruir casi hora a hora la agonía de Teresa.

2 de septiembre

2.9.1

Morirás con toda seguridad en un día de fiesta.

¡Ese día será una fiesta muy hermosa! Nunca he deseado morir en un día de fiesta[1].

[1] Ver la nota 32 del mes de julio.

2.9.2

... Hacía tal vez dos años que estaba aquí cuando el Señor hizo que cesase mi prueba respecto a sor María de los Ángeles[2] y que pudiese abrirle mi alma... Por fin pudo realmente consolarme.

2.9.3

... Una cosa que me costaba mucho era pedir permiso para hacer mortificaciones en el refectorio, porque era tímida y me ponía colorada; pero era muy fiel a mis dos días a la semana. Cuando esta prueba de la timidez se pasó, ponía menos cuidado, y seguro que más de una vez me olvidé de mis dos mortificaciones.

2.9.4

Le decíamos que ella era el jefe de la banda, que había vencido a todos los enemigos, y que sólo teníamos que seguirla. Entonces hizo el gesto, tan familiar para nosotras, de poner las manos una sobre otra a una distancia muy pequeña, diciendo:

«¡Así de importante en la familia!».

Luego, haciendo ademán de sembrar algo:

¡Pulgarcito!

2.9.5

Le decía sor Genoveva: ¡Y pensar que aún te esperan en Saigón!

Iré, iré dentro de poco; ¡si supieras qué pronto haré ese viaje!

2.9.6

Cuando una acepta el disgusto de haber sido mala, Dios vuelve enseguida.

2.9.7

He ofrecido muy especialmente mi prueba interior contra la fe por un allegado de nuestra familia que no tiene fe[3].

(El Sr. Tostain)

---

[2] Su maestra de novicias; cf. Ms A 70v°.

[3] Cf. Cta 126, n. 1.

2.9.8

... ¡Sí, sí, deseo el cielo! ¡«Rompe la tela de este dulce encuentro»[4], Dios mío!

3 de septiembre

3.9.1

Le contaba lo que me habían dicho acerca de los honores rendidos en Francia al zar de Rusia.

¡Nada de eso me deslumbra! Háblame de Dios, del ejemplo de los santos, de todo lo que es verdad...

3.9.2

¡Y pensar que estamos cuidando a una santita!

¡Bueno, pues mejor para vosotras! Pero querría que fuera Dios quien lo dijese.

3.9.3

La pobre madre C. de J.[5] se volvía cada vez más exigente, y las enfermeras se quejaban de verse obligadas a ceder a sus manías.

¡Ay, cómo me hubiera atraído todo eso!

4 de septiembre

4.9.1

Comentaban que sor San Estanislao decía de ella que era un ángel, debido a las sonrisas y a las caricias[6] que ella le hacía a cambio del menor servicio.

---

[4] San Juan de la Cruz, Ll 1,6.

[5] La madre Hermancia del Corazón de Jesús; cf. 20.8.3.

[6] Sor San Estanislao era sorda. Teresa le mostraba su gratitud acariciándole la mano.

... Así es como he conquistado a Dios, y por eso me va a recibir él tan bien a la hora de mi muerte.

4.9.2

Me alegro mucho de que me repugne la carne, porque así, al menos, no siento gusto al comerla.

(Se le servía un poco de carne.)

4.9.3

En el momento en que yo salía de la enfermería para ir al refectorio:

¡Te quiero!

4.9.4

Tocaban al ángelus.

¿Tengo que abrir las manitas?

No, hasta para rezar el ángelus estás demasiado débil. Basta con que invoques a la Santísima Virgen diciendo: «¡Virgen María!». Ella prosiguió:

Virgen María, te quiero con todo el corazón.

Sor Genoveva le dijo: «Dile que la quieres también por mí». Entonces añadió muy bajito:

Por «la Srta. Lili», por la mamá, por la madrina, por Leonia, por Mariita, por mi tío, por mi tía, por Juana, por Francis, por «Mauricio», por «el pequeño Roulland» y por todos los que amo[7].

4.9.5

Le apetecía cierto plato, por cierto muy sencillo, y una de nosotras se lo hizo saber a nuestro tío.

¡Tiene gracia que hagamos saber esto a los del mundo! Pero bueno, se lo he ofrecido a Dios.

---

[7] Es fácil identificar a los personajes de esta letanía: sor Genoveva, la madre Inés de Jesús, sor María del Sagrado Corazón, Leonia Martin, sor María de la Eucaristía, el señor y la señora Guérin, la señora de Néele y el Doctor, el abate Bellière y el P. Roulland.

Le dije que no era culpa mía, pues de hecho yo lo había prohibido. Ella, tomando el platito, replicó:

Ya está ofrecido a Dios. No me importa nada. Que piensen lo que quieran.

4.9.6

Durante Maitines:

Madrecita ¡cuánto te quiero!

Con una hermosa sonrisa, haciendo esfuerzos por hablar:

Digamos algo, sin embargo, digamos...

... ¡Si supieras la paz que me da el pensamiento de irme pronto al cielo! No obstante, me siento muy feliz, sí, pero no puedo decir que experimente una intensa alegría y transportes de júbilo, ¡no!

4.9.7

No obstante, ¿prefieres morir a seguir viviendo?

No, Madrecita, no prefiero ni una cosa ni la otra. Yo no podría decir como nuestra Madre santa Teresa: «Que muero porque no muero»[8]. Lo que Dios prefiere y elije para mí, eso es lo que más me gusta.

5 de septiembre

5.9.1

Entonces ¿no sientes pena por dejar a «mamá»?

(Con aire infantil:)

No... Si no hubiese vida eterna, entonces sí... Pero la hay, tal vez... ¡Seguro que la hay!

5.9.2

Si te dijeran que vas morir de repente, en este mismo instante, ¿sentirías algo de miedo?

---

[8] Sainte Thérès d'Avila, *Poésie-Glose*. [Santa Teresa, *Obras Completas*. Burgos, Monte Carmelo, 1994, «Poesías» 1, p. 1324. N. del T.]

... ¡Ah, qué felicidad! ¡Querría irme!

¿Entonces prefieres morir a seguir viviendo?

No, de ninguna manera. Si me curase, los médicos me mirarían boquiabiertos y yo les diría: «Señores, me alegro mucho de haberme curado para seguir sirviendo a Dios en la tierra, ya que ésa es su voluntad. He sufrido como si fuera a morir; pues bien, ¡volveré a comenzar otra vez!».

5.9.3

Señalándome con el dedo el vaso de agua mezclada con un poco de vino tinto, con semblante alegre y muy gracioso:

Dame de beber, Madrecita, por favor. Tiene hielo, está buena.

Después de un trago:

¡He bebido sin sed! Soy un pequeño «bebe sin sed».

Le decía que durante el silencio había sufrido menos:

No, lo mismo. ¡Mucho, he sufrido mucho! Pero sólo me he quejado a la Santísima Virgen.

5.9.4

Visita del Dr. La Néele, que después de haberle dicho en la consulta anterior que estaba a las puertas de la muerte y que incluso podía morir de repente al darse vuelta en la cama, hoy le dijo: «Eres como un navío que ni avanza ni retrocede».

Ella, de momento, se quedó estupefacta.

¡Ya lo has oído, *me dijo*, ya ves cómo cambia esto! Pero yo no quiero cambiar, yo quiero seguir totalmente abandonada en las manos de Dios.

6 de septiembre

6.9.1

Después de lo que me pasó ayer[9], dime algunas palabras tiernas.

---

[9] Sin duda, la decepción causada por el diagnóstico del Dr. La Néele.

¿Qué puedo hacer para consolarte, criatura? Me siento totalmente incapaz.

... Con semblante apacible:

No necesito que me consuelen...

6.9.2

Por la tarde lloró de alegría cuando le llevaron una reliquia del venerable Teófanes Vénard.

Me ofreció con mucho cariño una pequeña margarita por mi cumpleaños.

Durante toda la tarde estuvo muy cariñosa con nosotras, y extraordinariamente encantadora. Yo le dije:

He observado que en cuanto puedes, vuelves a ser la misma de antes.

... Es muy cierto. Sí, cuando puedo hago todo lo posible por estar alegre y por agradar.

6.9.3

Esperaba al Sr. Youf para confesarse; pero no pudo venir, lo cual fue para ella una verdadera decepción. Pero recobró enseguida su semblante sereno.

6.9.4

Le trajeron algo de comer, pues estaba mejor del estómago.

¡Ay!, ¿qué se ha hecho de mi enfermedad? ¡¡Ahora resulta que voy a comer!!

7 de septiembre

7.9

No me había dicho ni una sola palabra en todo el día, y por la tarde yo pensaba: hoy no voy a tener nada que escribir.

Pero casi enseguida me dijo:

No hay nadie como tú...

Y a continuación comenzó a derramar gruesas lágrimas por el miedo que tenía de haberme hecho sufrir por algo en lo que yo ni siquiera me había fijado.

8 de septiembre

8.9

Entró un pequeño petirrojo y se puso a dar saltitos sobre su cama.

Leonia le envió la caja de música que aún se conserva, y las melodías, aunque profanas, son tan dulces, que las escuchó con auténtico placer.

Por último, le trajeron un manojo de flores silvestres para festejar el aniversario de su profesión. Al verse tan colmada de atenciones, lloró de agradecimiento y nos dijo:

Lloro por las delicadezas que Dios tiene conmigo. Por fuera me veo colmada de ellas, pero por dentro sigo en la prueba..., pero también en la paz.

9 de septiembre

9.9.1

Habíamos dado demasiada cuerda a la caja de música y parecía estropeada. Augusto[10] *la arregló, pero desde entonces falló (en una de las melodías) la nota más bonita. Yo estaba disgustada y le pregunté si ella también lo estaba.*

En absoluto. Sólo lo estoy porque tú lo estás.

9.9.2

... ¡Ay, sé muy bien lo que es sufrir!

10 de septiembre

10.9.1

En la consulta del Sr. de Cornière, éste pareció consternado ante su estado.

Bueno, ¿estás contenta?, le dije una vez que se fue el doctor.

Sí, pero ya estoy un poco acostumbrada. Dicen y se desdicen.

---

[10] Augusto Acard, hortelano y sacristán del carmelo de Lisieux.

10.9.2

Mientras le arreglaban por la noche las almohadas, apoyó en mí la cabeza mirándome con cariño. Aquello me recordó la mirada del Niño Jesús a la Santísima Virgen cuando escucha la música del ángel, en la estampa de la que ella decía refiriéndose a la Virgen: «¡Es Paulina en ideal!»[11].

11 de septiembre

11.9.1

La Madrecita morirá la última. Vendremos a buscarla Teófanes y yo cuando haya terminado de trabajar para mí...

... a no ser que las almas la necesiten.

11.9.2

¡Te quiero mucho, pero que mucho!

Cuando oigo abrir la puerta, siempre creo que eres tú, y si no vienes, me quedo muy triste.

Dame un beso, pero un beso que haga ruido; o sea, que los labios hagan «¡pit!».

Sólo en el cielo sabrás lo que eres para mí... Eres una lira, una canción..., muchísimo más que una caja de música, ¡que sí!, incluso cuando estás callada.

11.9.3

Había hecho (Teresa) dos coronas de acianos para la Santísima Virgen, y ésta las tenía una a sus pies y otra en la mano. Le dije:

Seguro que piensas que la que tiene en la mano es para dártela a ti.

No, que haga con ella lo que quiera. Lo que yo le doy es para que se deleite.

11.9.4

... Temo haber tenido miedo a la muerte... Pero no tengo miedo a lo que haya después, ¡eso no! Y no lamento la vida,

---

[11] Se trata de la «Sagrada Familia» de Müller; cf. Cta 264.

no. Sólo me he preguntado: ¿qué será esa misteriosa separación del alma y del cuerpo? Es la primera vez que me ha sucedido eso, pero me he abandonado enseguida en Dios.

11.9.5

¿Quieres darme el crucifijo para besarlo después del acto de contrición y ganar la indulgencia plenaria en favor de las almas del purgatorio? ¡No les doy más que eso!

Dame ahora el agua bendita. Acércame las reliquias de la madre Ana de Jesús y de Teófanes Vénard, que quiero besarlas.

Luego hizo una leve caricia a la estampa de la Virgen Madre: primero al Niño Jesús y después a la Santísima Virgen.

No lograba dormirse y me dijo:

Yo sé lo que pasa, es la maldad del demonio. Está furioso porque no me he olvidado de mis devociones. Cuando por un motivo u otro no las hago, me duermo, y luego me despierto algunos minutos después de la media noche. Es como si quisiera burlarse de mí porque he dejado de ganar la indulgencia plenaria.

11.9.6

¿He de tener miedo al demonio? Me parece que no, pues todo lo hago por obediencia.

11.9.7

No, no deseo ver a Dios en la tierra. Y sin embargo, ¡le amo! También amo mucho a la Santísima Virgen y a los santos, y tampoco deseo verlos[12]. Jn 20,29

12 de septiembre

12.9

Era la fiesta del Santísimo Nombre de María, y me pidió que le leyera el evangelio del domingo. No tenía a mano el misal y le dije sencillamente: Es el evangelio en el que Nuestro Señor

[12] Cf. la nota 37 del mes de agosto.

Mt 6,24-33 *nos advierte que «nadie puede servir a dos señores». Entonces puso una vocecita de niño que recita la lección y me lo dijo de cabo a rabo.*

13 de septiembre

13.9.1

Estaba mucho peor y tenía los pies hinchados como el día anterior. No se podía hacer el menor movimiento a su alrededor, como arreglarle un poco la cama y sobre todo tocarla, sin hacerle mucho daño, de débil que estaba. No suponíamos que estuviese tan mal, y sor María del Sagrado Corazón, después de mí, le había tomado el pulso durante un buen rato. Al principio, no manifestó ninguna señal de cansancio, por no apenarnos, pero al final ya no pudo más y se echó a llorar. Y luego, cuando le arreglaban las almohadas y el almohadón, sollozó diciendo dulcemente:

Quisiera... quisiera...

¿Qué?

No hacer sufrir más a mis hermanitas, y para eso, irme muy pronto.

En ese momento, miró a sor María del Sagrado Corazón y le dirigió una sonrisa encantadora; era a ella a quien más temía haber entristecido.

Como no conseguíamos poner bien el almohadón, pues no nos atrevíamos a moverla mucho, dijo con mucho salero, apoyándose en las manos y tratando de hacerlo ella misma:

Esperad, voy a correrme a los pies de la cama, saltando como un saltamontes.

13.9.2

Una hermana[13] *había cogido para ella en la huerta una violeta. Se la ofreció y se retiró. Entonces nuestra Teresita me dijo, mirando a la flor:*

¡Ah, el perfume de las violetas!

Luego me hizo una seña, como para saber si podía olerla sin faltar a la mortificación.

---

[13] Sor María de San José.

14 de septiembre

14.9.1

Le llevaron una rosa. La deshojó sobre su crucifijo con gran piedad y amor, cogiendo uno a uno los pétalos y acariciando con ellos las llagas de Nuestro Señor.

En el mes de septiembre, *dijo*, Teresita sigue deshojando «la rosa más temprana»:

> Y por ti deshojando la rosa más temprana,
> quiero enjugar tus lágrimas…[14].

Y como los pétalos se caían de la cama al suelo de la enfermería, dijo con gran seriedad:

Recoged cuidadosamente esos pétalos, hermanitas, más tarde os servirán para hacer obsequios... No perdáis ni uno...

14.9.2

¡Ay, ahora...!

«Mi destierro, lo espero, será corto»[15].

14.9.3

El Dr. La Néele le había asegurado que no tendría agonía, y como sufría cada vez más:

... ¡Sin embargo, me habían dicho que no tendría agonía...!

... Pero, a fin de cuentas, acepto tenerla.

¿Y si te dieran a elegir entre tenerla o no tenerla?

No elegiría nada.

15 de septiembre

15.9.1

Cuando estés en el cielo, tus grandes sufrimientos de ahora te parecerán poca cosa, ya verás.

Ya aquí en la tierra me parecen muy poco.

---

[14] PN 34,1.

[15] PN 17,9 según la primera versión (*Poésies*, II, pp. 102s); Cf. Cta 220.

15.9.2

Por la noche, durante la recreación:

Cuando sor Genoveva decía hace un poco a sor Marta, que preguntaba por mí: «Está muy cansada», yo pensaba para mis adentros: ¡Qué verdad es, tiene razón! Sí, soy como un viajero cansado y agotado, que se cae al llegar al término de su viaje.

... Sí, ¡pero caigo en los brazos de Dios!

15.9.3

Nuestra Madre me ha dicho que no tenía que hacer nada para prepararme para la muerte, porque ya estaba preparada por adelantado[16].

16 de septiembre

16.9

A mí sola, a preguntas que yo le hacía:

Una cosa que nos atrae las luces y la ayuda de Dios para guiar y consolar a las almas es el no contar nuestras propias penas en busca de consuelo. Y es que, además, eso no es un verdadero consuelo: en vez de calmar, excita.

17 de septiembre

17.9.1

Junto a las enfermas hay que estar alegres.

(Y es que le manifestábamos nuestra tristeza)

1Ts 4,13 Vamos a ver: No hay que lamentarse como los que no tienen esperanza.

Con un aire un poco travieso:

Acabaréis por hacerme lamentar la vida.

---

[16] Cf. 30.9.

¡No, lo sentiríamos mucho!

¡Es verdad! Lo dije para meteros miedo.

17.9.2

Hablándome de su niñez, me contó que un día le regalaron un canastillo y que había exclamado, loca de alegría:

¡Ahora ya no deseo nada más en la tierra!

Y que luego había cambiado de opinión y que había dicho a toda prisa:

Sí, todavía deseo algo: ¡el cielo!

18 de septiembre

18.9.1

Le decía que tenía miedo a cansarla con mi charla:

Madrecita, tu conversación es muy amena para mí. No, no me cansa. Es para mí como una música... No hay dos como tú en la tierra. ¡Cuánto te quiero!

18.9.2

Mirando por la ventana la viña loca, toda roja, sobre la ermita de la Santa Faz:

La Santa Faz está en todo su esplendor. Fíjate, hay ramas de viña loca hasta por encima de los castaños.

18.9.3

Esta tarde estoy mejor.

En efecto, se interesaba por todo. Miraba con satisfacción el mantel que estaba haciendo sor Genoveva para el altar del oratorio, y luego los ornamentos para el señor abate Denis[17]*.*

Pero por la mañana, cuando sor Amada de Jesús la había cogido en brazos para arreglarle un poco la cama, creí que se iba a morir.

---

[17] El abate Denis, que se ordenó de sacerdote el 18 de septiembre, celebrará su primera Misa al día siguiente en el carmelo de Lisieux.

19 de septiembre

19.9

Habían traído de fuera un ramo de dalias. Las miró con gusto y pasó los dedos muy delicadamente por sus pétalos.

Después de la primera Misa del señor abate Denis, pidió que le enseñaran el cáliz. Como mirara largo rato el fondo de la copa, le dijeron: ¿Por qué miras tan atentamente el fondo del cáliz?

Porque me reflejo en él. En la sacristía, me gustaba hacerlo. Me sentía feliz al pensar: mis facciones se han reflejado en el mismo lugar donde ha reposado y adonde volverá a bajar la sangre de Jesús.

¡Cuántas veces he pensado también que en Roma mi rostro se reprodujo en los ojos del Santo Padre[18]!

20 de septiembre

20.9.1

Visita del Dr. de Cornière, que nos dice que debe de estar sufriendo un verdadero martirio. Al salir, se hacía lenguas de su heroica paciencia. Le repetí a ella algo de esto.

¿Cómo puede decir que tengo paciencia? ¡Eso no es cierto! No paro de quejarme, suspiro, exclamo continuamente: ¡Ay, ay! Y también: ¡Dios mío, no puedo más! ¡Ten compasión, ten compasión de mí!

20.9.2

Por la tarde le cambiaron la túnica, y nos impresionó su delgadez, pues la cara era la misma. Yo fui a pedirle a nuestra Madre que viniera a verle la espalda. Tardó mucho en venir, y me admiró la expresión tan dulce y paciente de nuestra enfermita mientras la esperaba. Nuestra Madre quedó dolorosamente sorprendida, y dijo con bondad: «¿Pero qué es esta niña tan delgada?».

¡Un esqueleto!

---

[18] En la audiencia del 20 de noviembre de 1887; cf. Ms A 63v°.

21 de septiembre

21.9.1

Había estado yo vaciándole la escupidera, sin decir nada, y la dejé a su lado, pensando en mi interior: ¡Qué feliz me sentiría si me dijese que en el cielo me lo pagará! E inmediatamente, volviéndose hacia mí, me dijo:

En el cielo te lo pagaré.

21.9.2

¡Cuando pienso que se va a morir...!, dijo sor Genoveva.

¡Claro que sí! ¡Y por esto, según creo!

21.9.3

¡Y pensar que ella no tiene una Teresita a quien amar!

... ¡Él me llama su Teresita!

¿Quién?

¡Pues el P. Bellière!

El Padre acababa de escribir[19]*, y quise volver a leerle su carta, pensando que le gustaría volver a encontrarse con esa expresión, pero estaba demasiado cansada y me dijo:*

¡No, basta! ¡Estoy «harta»[20] de Teresita!

Luego, volviéndose hacia mí con aire mimoso:

¡Pero no «harta» de mi Paulinita! ¡Eso no!

21.9.4

Me voy a fregar los platos, tengo doble turno[21]*.*

Muy duro para mí, ¡sí!

21.9.5

Sor Genoveva me pedía un lápiz; yo también lo necesitaba, pero no obstante le di el mío. Entonces dijo con tono claro y preciso:

---

[19] Carta a la madre María de Gonzaga, del 19 de septiembre; puede verse un extracto en CG, p. 1163.

[20] [La expresión que usa la santa es «*fûtée]*», «cansada», en lenguaje popular.

[21] La madre Inés tenía que fregar los platos dos días a la semana, lo cual la privaba de la recreación con su hermana.

Es un gesto muy bonito.

21.9.6

¡Ay! ¿Qué es la agonía? ¡¡Me parece estar en ella de continuo...!!

21.9.7

Al secarse los ojos, se le desprendieron de los párpados algunas pestañas:

Recoge esas pestañas, sor Genoveva querida, hay que entregar lo menos posible a la tierra...

E hizo un juego de palabras con el nombre del P. Alaterre[21a] (un obrero), hermano de sor San Vicente de Paúl:

De todas formas, si eso le gusta al pobre...

Así de alegre estaba siempre, a pesar de sus grandes sufrimientos anímicos y corporales.

22 de septiembre

22.9.1

Después de recordarle varias ocasiones en las que había sido muy humillada durante su vida religiosa, añadí: ¡Cuántas veces te tuve lástima!

Te aseguro que no tenías por qué tenerme tanta lástima. ¡Si supieras cómo sobrevolaba por encima de todo eso! Salía fortalecida de las humillaciones. No había nadie más valiente que yo en la familia.

22.9.2

Quería decirme algo y no podía.

... ¡Qué duro es verse en semejante impotencia!

... ¡Y precisamente contigo! ¡Era tan bonito cuando podía hablarte! Esto es lo más duro.

[21a] He aquí en qué basaba el juego de palabras: «à la terre» (a la tierra) – «Alaterre» (apellido del sacerdote). N. del T.

22.9.3

Decía yo, mirando la estampa de Teófanes Vénard: ¡Ahí lo tienes, con su sombrero en la mano, y, para colmo de males, no viene a buscarte!

Sonriendo:

Yo no me burlo de los santos... Los quiero mucho... Ellos quieren ver...

¿Qué? ¿Si vas a perder la paciencia?

Con aire travieso y profundo a la vez:

Sí..., pero sobre todo si voy a perder la confianza..., hasta dónde voy a llevar mi confianza...

22.9.4

Llamaba a sor Genoveva su «chacha», y a sor María de la Trinidad su «muñeca» porque le parecía que tenía cara de muñeca. Lo hacía por entretenernos, y nunca por disipación o por infantilismo. Pero abusábamos de esos apelativos, y nos dijo:

No hay que llamarse de cualquier forma. No es religioso[22].

22.9.5

Se te tiene que hacer muy largo el tiempo...

No, el tiempo no se me hace largo. Me parece que fue ayer cuando todavía seguía los actos de comunidad o cuando escribía el cuaderno. *(Su vida)*.

22.9.6

¡Qué enfermedad tan terrible y cuánto llevas sufrido!

¡¡Sí!!! ¡Y qué gracia tener fe! Si no hubiese tenido fe, me habría quitado la vida sin dudarlo un instante[23].

---

[22] Sobre el apelativo «muñeca» que Teresa daba a sor María de la Trinidad, cf. Cta 236 y 249; y CSM, n° 56 en VT, n° 77, pp. 66s.

[23] Cf. CG, p. 1192.

23 de septiembre

23.9.1

... ¡Ay, cuánto te debo! ¡Por eso te quiero tanto...! Pero no quiero hablar más de ello, porque me echaría a llorar...

(Llorar la perjudicaba mucho).

23.9.2

Mañana será el aniversario de tu toma de velo, y seguramente el día de tu muerte.

No sé cuando será, lo espero de continuo, pero sé muy bien que no puede tardar.

23.9.3

Nos sonreía con frecuencia, a una o a otra, pero no siempre nos dábamos cuenta.

... Muchas veces he dirigido radiantes sonrisas a la «chacha» y a otras, pero se han perdido...

23.9.4

Por la noche se había oído como el arrullo de un pájaro en la ventana cerrada, y nos preguntábamos qué podría ser aquello. Una decía: es una tórtola; otra: quizás sea un ave de rapiña.

Bueno, si es un ave de rapiña, ¡peor para ella! Las aves de rapiña venían precisamente a comer a los mártires.

23.9.5

A propósito de una confidencia de poca importancia que le había hecho una hermana, pidiéndole que guardara el secreto:

... Cuando las hermanas lo imponen, el secreto es sagrado... Aunque se tratase de la cosa más insignificante, no habría que decirlo.

23.9.6

Después de un silencio muy largo, mirándonos a sor María del Sagrado Corazón y a mí, que en aquel momento estábamos solas con ella:

¡Hermanitas queridas, vosotras me habéis educado...!

y los ojos se le llenaron de lágrimas.

24 de septiembre

24.9.1

En el aniversario de su toma de velo, yo había encargado la Misa por ella.

¡Gracias por la Misa!

Como la veía sufrir tanto, contesté con tristeza: Pero ya ves que no te encuentras más aliviada...

¿O sea, que has conseguido mandar decir la Misa para aliviarme?

Lo hice por tu bien.

Mi bien consiste, sin duda alguna, en sufrir[24]...

24.9.2

Me contó un disgusto que había tenido tiempo atrás, un año en que habíamos podado demasiado tarde los castaños.

Al principio fue una amarga tristeza, acompañada de grandes luchas interiores. ¡Me gustaban tanto las sombras! Y ese año no las habría. Las ramas, ya verdes, estaban en haces en el suelo, ¡y no quedaban más que troncos! Luego, de pronto, me sobrepuse, diciéndome: Si estuviera en otro carmelo, ¿qué me importaría aunque cortasen todos los castaños del carmelo de Lisieux? Y sentí una gran paz y una alegría de cielo.

24.9.3

Visita del Sr. de Cornière, que cada día estaba más edificado. Le dijo a nuestra Madre: «¡Es un ángel! Tiene cara de ángel, su rostro no se ha alterado, a pesar de sus grandes sufrimientos. Nunca he visto cosa igual. Dado su estado de adelgazamiento general, es cosa sobrenatural».

24.9.4

... Quisiera correr por las praderas del cielo...

---

[24] Cf. PN 54,16; y la nota 79 del mes de julio.

... Quisiera correr por praderas donde la hierba no se aplastara, donde hubiera hermosas flores que no se marchitaran y preciosos niños que fuesen angelitos[25].

No pareces nunca cansada de sufrir. ¿Lo estás en realidad?

Pues no. Cuando no puedo más, no puedo más, eso es todo.

24.9.5

Me daban ganas de decirle al Sr. de Cornière: Me río porque, a pesar de todo, usted no ha podido impedirme ir al cielo; pero en castigo, cuando yo esté allá, no le dejaré a usted ir tan pronto[26].

24.9.6

Pronto ya sólo hablaré el lenguaje de los ángeles.

24.9.7

En el cielo estarás entre los serafines.

Puede... Pero si estoy entre los serafines, no haré como
Is 6,2 ellos, lo siento. Todos se cubren con las alas delante de Dios; yo me guardaré muy bien de cubrirme con las alas.

24.9.8

... ¡Dios mío..., ten piedad de la ni... ni... ñita!

(Dándose vuelta con gran dificultad.)

24.9.9

–Cuando Teresa acaricia a su «Teófanes», él se siente muy honrado.

–No se trata de *honores*...

–¿Entonces de qué se trata?

–Simplemente de caricias.

(Estaba acariciando el retrato de Teófanes Vénard.)

---

[25] Cf. el tema de sus sueños en Ms A 79r°; y PN 18, estr. 33.

[26] El Dr. de Cornière murió a los 80 años (1922).

24.9.10

¿Así que no tienes ninguna intuición sobre el día de tu muerte?

¿Intuiciones yo, Madre? ¡Si supieras la pobreza en que me encuentro! Yo no sé más de lo que sabes tú; yo no adivino nada a no ser por lo que veo y por lo que siento. Pero mi alma, a pesar de las tinieblas, goza de una paz asombrosa.

24.9.11

¿Quién te quiere como nadie en la tierra...?

25 de septiembre

25.9.1

Le conté lo que habían dicho en la recreación a propósito del Sr. Youf, que tenía mucho miedo a la muerte. Las hermanas habían estado hablando de la responsabilidad de los que tienen cura de almas y han vivido mucho tiempo.

... Los pequeños serán juzgados con gran benignidad. Sb 6,7
Y se puede muy bien ser pequeño hasta en los cargos más temibles, aun viviendo muchos años. Si yo muriese a los 80 años, si hubiese estado en China, o en cualquier otra parte, estoy segura de que moriría tan pequeña como hoy. Y está escrito que «al final el Señor se pondrá en pie para salvar a todos los mansos y humildes de la tierra». No dice *juzgar*, Sal 75,10
sino *salvar*.

25.9.2

Uno de estos últimos días, de terribles sufrimientos, me había dicho:

Madre, es muy fácil escribir cosas bonitas sobre el sufrimiento. Pero escribir no significa nada, ¡nada! ¡Hay que pasar por él para saber...!

Guardaba yo de estas palabras una impresión dolorosa, cuando, ese mismo día, como si recordase lo que me había dicho, me miró de una manera muy especial, y como solemne, y pronunció estas palabras:

Ahora sé que lo que he dicho y escrito es todo verdad... Es verdad que deseaba sufrir mucho por Dios, y es verdad que aún sigo deseándolo.

25.9.3

Le decían: ¡Es horrible lo que estás sufriendo!

No, no es horrible. A una víctima de amor no puede parecerle horrible lo que su Esposo le envía por amor.

26 de septiembre

26.9

Estaba ya sin fuerzas.

¡Ay, qué acabada estoy...!

Mirando por la ventana una hoja muerta desprendida del árbol y suspendida en el aire por un ligero hilo:

Mira, ésa es mi imagen, mi vida sólo pende ya de un ligero hilo.

Después de su muerte, la noche misma del 30 de septiembre, la hoja, que hasta entonces había estado balanceándose a merced del viento, cayó al suelo, y yo la recogí con el hilo de araña que todavía estaba adherido a ella.

27 de septiembre

27.9

Entre las dos y las tres de la tarde, le ofrecimos de beber. Nos pidió agua de Lourdes, diciendo:

Hasta las 3, prefiero el agua de Lourdes; es más piadoso.

28 de septiembre

28.9.1

...¡Mamá...[27]! Me falta el aire de la tierra, ¿cuándo me dará Dios el aire del cielo...?

---

[27] La madre Inés; cf. nota 104 de julio.

... ¡Nunca ha sido esto tan escaso! *(Su respiración.)*

28.9.2

–¡Pobrecita, estás como los mártires en el anfiteatro: ¡ya no podemos hacer nada por ti!

–Sí, sí, el solo hecho de veros me hace mucho bien.

–Toda la tarde estuvo prodigándonos sonrisas.

–Me escuchó con atención cuando le leí estos pasajes del Oficio de San Miguel:

«Vino el arcángel Miguel con una multitud de ángeles. A él le ha confiado Dios las almas de los santos, para que las haga llegar a los gozos del paraíso».

«Arcángel Miguel, yo te he constituido príncipe entre todos los elegidos».

Me hizo una seña, extendiendo la mano hacia mí y posándola luego sobre su corazón, [para darme a entender] que yo estaba allí, en su corazón.

29 de septiembre

29.9.1

Desde por la mañana, parecía estar en agonía. Tenía un estertor muy penoso y no podía respirar. Fue llamada la comunidad, que se reunió alrededor de su cama para recitar las preces del Manual. Al cabo de una hora, poco más o menos, nuestra Madre despidió a las hermanas.

29.9.2

A mediodía, dijo a nuestra Madre:

Madre, ¿es esto la agonía...? ¿Cómo haré para morir? ¡Nunca voy a saber morir...!

29.9.3

Volví a leerle algunos pasajes del Oficio de San Miguel y las preces de los agonizantes en francés[28]*. Cuando mencioné a los*

[28] Traducción de las oraciones que la comunidad había rezado esa misma mañana en latín, y que se encontraban en el libro *Prières de la Recommandation de l'âme* (L.-J. Biton, 1894).

demonios, hizo un gesto infantil, como para amenazarles, y exclamó sonriendo:

¡Oh! ¡Oh!,

con un tono de voz que quería decir: No les tengo miedo.

29.9.4

Después de la visita del doctor, le dijo a nuestra Madre:

–¿Es para hoy, Madre?

–Sí, hijita.

Una de nosotras dijo entonces: Hoy Dios está muy alegre.

¡Yo también!

¡Qué felicidad si muriese ahora mismo!

29.9.5

... ¡Cuándo me ahogaré del todo...! ¡No puedo más! ¡Que recen por mí...! ¡Jesús! ¡María!

¡Sí! Quiero..., acepto...

29.9.6

Vino sor María de la Trinidad, y, al cabo de unos instantes, ella le dijo con mucha amabilidad que se retirara. Cuando se marchó, yo le dije: ¡Pobrecita! ¡Te quería tanto!

¿He hecho mal diciéndole que se fuera?

Y su rostro cobró una expresión de tristeza, pero yo la tranquilicé inmediatamente.

29.9.7

(6 de la tarde). Se le había metido en una manga una especie de insecto, y la molestaban para sacarlo:

–Dejadlo, no importa.

–Sí, que te va a picar...

–No, dejadlo, dejadlo, os aseguro que conozco a esos animalitos.

29.9.8

Yo tenía un fuerte dolor de cabeza y cerraba los ojos, muy a pesar mío, al mirarla.

Duérmete... ¡y yo también!

Pero ella no podía dormir, y me dijo:

¡Ay, Madre, cómo me duelen los nervios!

29.9.9

Durante la recreación de la noche:

... ¡Ay, si supierais!

(Si supierais cómo sufro.)

29.9.10

Quisiera sonreírte continuamente, ¡y te doy la espalda! ¿Te disgusta?

(Era durante el silencio.)

29.9.11

Después de Maitines, cuando nuestra Madre vino a verla, tenía las manos juntas, y dijo con voz dulce y resignada:

Sí, Dios mío, sí, Dios mío, lo acepto todo...

–Es atroz lo que estás sufriendo, ¿verdad?, dijo nuestra Madre.

–No, Madre, no es atroz, pero es mucho, mucho..., justo lo que puedo soportar.

Pidió quedarse sola durante la noche, pero nuestra Madre no quiso. Sor María del Sagrado Corazón y sor Genoveva compartieron ese gran consuelo[a]. Yo me quedé en la celda contigua a la enfermería, que da al claustro.

---

[a] Los *Cuadernos verdes* añaden:

No había consentido que pasasen las noches junto a ella durante su enfermedad. La noche del 29 al 30 de septiembre, que fue la última de su vida, insistió aún en que la dejasen sola. Por fin, sor María del Sagrado Corazón y sor Genoveva consiguieron compartir ese consuelo... La vieron atenta únicamente a no turbar el descanso de la que la velaba. Y sin embargo, ¡qué sufrimientos soportó!

Sor María del Sagrado Corazón, después de darle una poción, se durmió, ¡y cuál no sería su enternecimiento cuando, al despertar, vio que la pobrecita seguía sosteniendo en sus manos, temblorosas de fiebre, el vasito, esperando pacientemente a que su hermana se despertase para que volviera a ponerlo sobre la mesa!

†

30 de septiembre

Jueves,
día de su preciosa muerte.

Por la mañana, estuve velándola durante la Misa. No me decía ni una palabra. Estaba agotada, jadeante. Adivinaba que sus sufrimientos eran indecibles. Juntó un momento las manos, y mirando la estatua de la Santísima Virgen:

¡Con qué fervor la he invocado! Pero es la agonía pura, sin mezcla alguna de consuelo.

Le dije algunas palabras de compasión y de cariño, y añadí que me había edificado mucho durante su enfermedad.

–¿Y tú? ¡Todos los consuelos que me has proporcionado...! ¡Han sido muy grandes!

Se puede decir sin exagerar que pasó todo el día, sin un solo instante de respiro, entre verdaderos tormentos.

Parecía estar al límite de sus fuerzas, y sin embargo, con gran sorpresa nuestra, podía moverse y sentarse en la cama.

... ¡Ya veis, nos decía, con cuántas fuerzas me encuentro hoy! ¡No, no estoy para morir! ¡Tengo todavía para meses, tal vez para años!

–Y si Dios así lo quisiera, dijo nuestra Madre, ¿lo aceptarías?

Comenzó a contestar, sumida en la angustia:

No habría más remedio...

Pero rehaciéndose enseguida, dijo con acento de resignación sublime, dejándose caer sobre las almohadas:

¡Lo acepto!

Pude recoger las siguientes exclamaciones, pero es imposible reproducir el tono con que las dijo:

Ya no creo en mi muerte... Ya no creo más que en el sufrimiento... Pues bien, ¡mejor que mejor!

¡Dios mío...!

¡Amo a Dios!

¡Querida Virgen Santísima, ven en mi ayuda!

Si esto es la agonía, ¿qué será la muerte?

¡Ay, mi *buen* Dios...! Sí, es muy bueno, me parece muy bueno...

Mirando a la Santísima Virgen:

¡Tú sabes que me estoy ahogando!

A mí:

¡Si supieras lo que es ahogarse!

–Dios te ayudará, pobrecita, y pronto terminará todo.

–Sí, ¿pero cuándo?

... ¡Dios mío, ten compasión de tu pobre hijita! ¡Ten compasión de ella!

A nuestra Madre:

¡Ay, Madre, le aseguro que el cáliz está lleno hasta los bordes...!

... Pero Dios no me abandonará, segurísimo...

... Nunca me ha abandonado.

... Sí, Dios mío, todo lo que quieras, ¡pero ten piedad de mí!

... Hermanitas, hermanitas, ¡rezad por mí!

... ¡Dios mío, Dios mío! ¡¡¡Tú que eres tan bueno!!!

... ¡Sí, eres bueno! Lo sé...

Después de Vísperas, nuestra Madre le puso sobre las rodillas una estampa de Nuestra Señora del Carmen.

La miró un instante y, cuando nuestra Madre le dijo que pronto acariciaría a la Santísima Virgen como el Niño Jesús lo hacía en aquella estampa, dijo:

Madre, preséntеme pronto a la Santísima Virgen, ¡que soy un bebé que no puede más...! Prepáreme a bien morir.

Nuestra Madre le contestó que, como ella siempre había comprendido y practicado la humildad, ya estaba preparada. Reflexionó un instante y pronunció humildemente estas palabras:

Sí, me parece que nunca he buscado más que la verdad. Sí, he comprendido la humildad del corazón... Me parece que soy humilde.

Y volvió a repetir:

Todo lo que he escrito sobre mis deseos de sufrir es, con todo, una gran verdad.

... Y no me arrepiento de haberme entregado al Amor.

Con insistencia:

No, no me arrepiento, ¡al contrario!

Un poco más tarde:

¡Nunca hubiera creído que fuese posible sufrir tanto[a]! ¡Nunca! ¡Nunca! No puedo explicármelo, a no ser por los ardientes deseos que he tenido de salvar almas.

Hacia las cinco, estaba yo sola con ella. Su semblante cambió de repente y comprendí que era la última agonía.

Cuando la comunidad entró en la enfermería, acogió a todas las hermanas con una dulce sonrisa. Tenía en las manos el crucifijo y lo miraba sin cesar.

Durante más de dos horas, desgarró su pecho un terrible estertor. Tenía el rostro congestionado, las manos amoratadas, los pies helados y le temblaban todos los miembros. Un sudor abundante perlaba su frente con gotas enormes y le resbalaba por las mejillas. La opresión era creciente y de vez en cuando, para respirar, emitía débiles gritos involuntarios.

Durante todo este tiempo, tan cargado de angustia para nosotras, entraba por la ventana –y me hacía sufrir mucho– todo un gorjeo de petirrojos y de otros pajarillos, ¡pero tan fuerte, tan cerca y tan largo rato! Yo pedía a Dios que los hiciese callar, pues aquel concierto me traspasaba el corazón y temía que fatigase a nuestra pobre Teresita.

En un determinado momento, parecía tener tan reseca la boca, que sor Genoveva, pensando aliviarla, le puso en los labios un

---

[a] No se le administró nunca ni una sola inyección de morfina.

trocito de hielo. Ella lo aceptó, dirigiéndole una sonrisa que jamás olvidaré. Era como un supremo adiós.

A las seis, cuando sonó el ángelus, miró largamente la estatua de la Santísima Virgen.

Por fin, a las siete y algunos minutos, habiendo despedido nuestra Madre a la comunidad, suspiró:

–Madre, ¿no es esto aún la agonía...? ¿No me voy a morir...?

–Sí, pobrecita mía, es la agonía, pero tal vez Dios quiera prolongarla algunas horas.

Ella continuó valientemente:

Pues bien... ¡adelante...! ¡adelante...!

No quisiera sufrir menos tiempo...

Y mirando al crucifijo:

¡Sí, lo amo...! .....

¡Dios mío..., te amo...! .....

.....

Y de pronto, tras pronunciar estas palabras, cayó suavemente hacia atrás, con la cabeza inclinada hacia la derecha. Nuestra Madre mandó que tocasen a toda prisa la campana de la enfermería, para llamar a la comunidad.

– «Abrid todas las puertas», decía al mismo tiempo. Estas palabras tenían un no sé qué de solemne, y me hicieron pensar que en el cielo Dios se las decía también a los ángeles.

Las hermanas tuvieron tiempo de arrodillarse en torno a su lecho y fueron testigos del éxtasis de la santa moribunda. Su rostro había recuperado el color de azucena que tenía cuando gozaba de plena salud, sus ojos estaban fijos en lo alto, refulgentes de paz y de alegría. Hacía unos hermosos movimientos de cabeza, como si Alguien la hubiera herido divinamente con una flecha de amor y luego retirase la flecha para volver a herirla de nuevo...

Sor María de la Eucaristía se acercó con un cirio para ver más de cerca su sublime mirada. A la luz de aquel cirio, no se percibió movimiento alguno en sus pupilas. Este éxtasis duró aproximadamente el espacio de un credo, y exhaló el último suspiro.

Después de su muerte conservó una sonrisa celestial. La suya era una belleza encantadora. Tenía tan fuertemente asido el crucifijo, que hubo que arrancárselo de las manos para amortajarla. Sor María del Sagrado Corazón y yo cumplimos este oficio con sor Amada de Jesús y nos dimos cuenta al hacerlo de que no aparentaba tener más de 12 o 13 años.

Sus miembros permanecieron flexibles hasta su inhumación, el lunes 4 de octubre de 1897.

Sor Inés de Jesús
r.c.i.

✦ ✦ ✦

APÉNDICE

30 de septiembre

... Todos mis pequeños deseos se han realizado... Por tanto, este gran deseo *(morir de amor)* tendrá también que realizarse.

Por la tarde:

¡Con cuántas fuerzas me encuentro hoy...! ¡Tengo para meses! ¡Y mañana, y todos los días, será todavía peor...!

... Bueno, ¡pues mejor que mejor!

.....

¡No puedo respirar, no puedo morir...![a]

... ¡Nunca sabré morir...!

.....

... ¡Sí, Dios mío...! ¡Sí...!

.....

[a] No respiró nunca con oxígeno; creo que entonces no se conocía.

... Acepto seguir sufriendo.

.....

Hacia las cinco, la madre María de Gonzaga bajó las reliquias del beato Teófanes Vénard y de la madre Ana de Jesús, que estaban prendidas con alfileres en la cortina, a su derecha. Las recogieron, y ella les hizo una pequeña caricia.

Últimas conversaciones de Teresa con Celina

Julio – Septiembre de 1897

†

12 de julio

1

En medio de una conversación, Teresa se interrumpió de repente mirándome con compasión y con ternura, y me dijo:

... «Mi hermanita sor Genoveva será la que más sentirá mi partida; y me parece que ella es ciertamente la más digna de compasión, pues, en cuanto tiene un problema, viene a buscarme, y ya no va a tener a nadie...

»... Sí, pero Dios le dará fuerzas... Y además, ¡yo volveré!»[1].

Y dirigiéndose a mí:

«Vendré a buscarte lo antes posible, y me conchabaré para ello con papá; ya sabes que él siempre tenía prisa...»(*).

(*) (Con eso no quería decir que fuese un precipitado, sino que aludía a su temperamento que no le permitía dejar para mañana lo que podía hacer hoy. Una vez que tomaba una decisión, nunca se le quedaba mucho tiempo entre las manos.)

2

Más tarde, mientras yo desempeñaba a su lado mi oficio de enfermera, hablando como siempre de la cercana separación, se puso a tararear, poniéndose en mi lugar, esta coplilla que iba componiendo a medida que cantaba (melodía del cántico «Il est à moi»):

«Es mía aquella a quien el cielo,
el cielo entero vino a arrebatarme.
Es mía, y yo la quiero, sí, la quiero.
Y nada podrá nunca separarnos».

---

[1] Cf. CA 9.7.2.

3

Yo le decía: «Dios no podrá llevarme inmediatamente después de tu muerte, pues no habré tenido tiempo de ser buena». Contestó:

«Eso no importa. Acuérdate de san José de Cupertino: tenía una inteligencia mediocre, era indocto y no conocía a
Lc 11,27 fondo más que este evangelio: *Beatus venter qui te portavit*. Le preguntaron precisamente por este tema, y respondió tan bien que todos se quedaron admirados y fue admitido con grandes honores al sacerdocio, junto con sus tres compañeros, sin más examen. Pues juzgaron, de sus sublimes respuestas, que sus compañeros debían de saber tanto como él.

»Así que yo responderé por ti y Dios te dará *gratis* todo lo que me haya dado a mí».

4

Ese mismo día, mientras yo iba de acá para allá por la enfermería, dijo mirándome:

«Mi pequeño Valeriano...».

(Algunas veces comparaba nuestra unión a la de santa Cecilia y Valeriano[2].)

Julio

1

Cuando me miraba, le brotaban espontáneamente comentarios como éstos:

«Seremos como dos patitos, ya sabes qué de cerca se siguen uno a otro».

«¡Qué disgusto me voy a llevar si veo a *cualquier otro* sobre la otra rodilla de Dios! Me pasaré todo el día llorando...».

A mi Teresita le había impresionado mucho el pasaje del Evangelio en que Jesús niega a los hijos del Zebedeo el estar en el cielo a su derecha y a su izquierda, y decía: «Me imagino que el
Mt 20,23 *Señor tiene reservados esos lugares para los "niños"... Y espera-*

[2] Cf. Ms A 61 v°; PN 3; Cta 149 y 161.

ba que esos dos niños privilegiados fuésemos ella y yo... (Eso es lo que explica mis reiteradas preguntas reveladoras del temor, ¡por cierto, fundado!, de no ser nunca digna de esa merced.) – La gracia del Haec facta est mihi, acaecida unas tres semanas después de su muerte, fue la respuesta a la siguiente pregunta íntima que le formulé de pronto durante el Oficio de Tercia: «Teresa no me ha dicho si tenía el sitio que esperaba: estar en el regazo de Dios». En ese preciso momento el coro estaba diciendo: Haec facta est mihi... Yo no entendía estas palabras, cuya traducción busqué una vez terminado el Oficio: Haec facta est mihi... Esto me ha sido concedido...».

2

Yo había dicho que, al perderla, me volvería loca. Respondió:

«Si te vuelves loca, chacha, el "Bon Sauveur" vendrá a buscarte»[3].

(«Chacha» era un sobrenombre que ella me daba, con permiso de nuestra Madre, porque yo la atendía y porque, al tener que llamarme continuamente, la cansaba menos pronunciar ese nombre que el mío.)

3

Al ver que la madre Inés de Jesús escribía todas las preciosas palabras de nuestro Ángel, mientras que yo sólo podía anotar a toda prisa las que se referían personalmente a mí, manifesté así mi pesar por no poder escribirlo todo:

–«Yo no hago como las otras, no tomo nota de lo que dices». Ella respondió inmediatamente:

–«Tú no lo necesitas, yo vendré a buscarte...».

(Antes de que la bajasen a la enfermería, allá por el mes de junio, viéndome un día desolada ante la perspectiva de su cercana partida, se dirigió al Niño Jesús y, apuntándole con el dedo en un gesto encantador, le dijo como si quisiera leerle la cartilla:

«Jesusito, si me llevas a mí, tendrás que llevarte también a la señorita Lili (*). Éstas son mis condiciones, así que mira

[3] Juego de palabras con «Bon Sauveur», nombre de la casa de salud de Caen en la que estuvo ingresado el señor Martin.

bien lo que haces... Nada de términos medios: o lo tomas o lo dejas».

(*) Sobrenombre familiar que se remontaba a nuestra niñez y que ella me daba en la intimidad. Nos lo había inspirado un cuento infantil titulado «Mr Toto et Mlle Lili»; ella era el Sr. Totó y yo la Srta. Lilí.

4

El 22 de julio escribía yo a mi tía, la señora de Guérin:

... El otro día le leía yo a mi enfermita un pasaje sobre la bienaventuranza del cielo (*), y me interrumpió para decirme:

–«No es eso lo que me atrae...».

–«¿Pues qué es?, le contesté».

–«¡El amor! Amar, ser amada y volver a la tierra para ~~hacer amar al amor~~...[4]

(esto no está en el autógrafo.)

(*) Yo estaba sentada junto a la ventana.

5

Por la noche había expectorado sangre. De tanto en tanto, con sus modales infantiles, me enseñaba toda contenta el plato[5]. Con frecuencia, me señalaba el borde con cierto aire de tristeza que quería decir: «yo lo quisiera lleno hasta ahí».

Yo le contesté también tristemente:

«¿Qué importa que haya mucho o que haya poco? El hecho en sí es ya una señal de tu muerte...».

Y luego añadí: «¡Ay, tú tienes más suerte que yo, pues yo no tengo ninguna señal de la mía!».

Ella replicó de inmediato:

«¡Sí, tienes una señal! Mi muerte es señal de la tuya...».

---

[4] «Para hacer amar al Amor». Sor Genoveva tachó estas palabras y añadió la frase: «(esto no está en el autógrafo)». El autógrafo quiere decir su carta del 22 de julio a la señora de Guérin. Sobre este tema puede consultarse la edición crítica de las *Últimas conversaciones*: UC, pp. 647-649.

[5] Platito de barro que le servía de escupidera; cf. CA 31.7.6.

21 de julio

Mientras cumplía mi oficio en la enfermería, ordenando la habitación, ella me seguía con la mirada, y de pronto rompió el silencio con una frase que nada había provocado:

«En el cielo tú te sentarás a mi lado».

Y más tarde, citando un pasaje de una hermosa poesía sobre Luis XVVII[6]*:*

«Pronto vendrás conmigo

... a acunar al niño que llora,

y, en su ardiente morada,

con soplo luminoso, a renovar los soles...».

«Y después te pondré las alas azul marino de un rojo querubín... *Te las sujetaré yo misma*, pues tú no vas a saber, tú te las pondrías o demasiado bajas o demasiado altas».

24 de julio

1

Conocía multitud de historietas, y recordaba cantidad de anécdotas, de las que se servía en el momento oportuno, lo cual hacía que su conversación fuera muy gráfica y aguda.

«Eres un alma de buena voluntad, me dijo; no temas, tienes una «perrita» que te salvará de todos los peligros...».

(Alusión a la confesión que el demonio había hecho al P. Surin en el curso de un exorcismo: «Salgo adelante con todo, excepto con esta perra de buena voluntad, contra la que nada puedo».)

2

Yo le decía: «Tú eres mi ideal, y ese ideal no puedo alcanzarlo, ¡qué horrible! Creo que no tengo lo que se necesita para ello. Soy como un niño pequeño que no tiene conciencia de las distancias: desde los brazos de su madre tiende la manita para coger la cortina o cualquier otro objeto..., ¡sin darse cuenta de que están muy lejos!».

---

[6] Poesía de Víctor Hugo.

«Sí, pero en el último día, Jesús acercará su Celinita a todo lo que había deseado, y entonces lo cogerá todo».

3 de agosto

«Tú eres *pequeñita*, no lo olvides, y cuando uno es pequeñito no tiene hermosos pensamientos...»[7].

4 de agosto

1

En mis primeros años de vida religiosa me hicieron asistir a una verdadera destrucción de mi naturaleza; no veía en torno a mí más que ruinas, y esto hacía que me lamentase con frecuencia. En una de esas ocasiones, la oí cantar (melodía) (*):

«Chacha imperfecta en la tierra,
¡serás perfecta en el cielo!» (*ter*).

(*) La melodía de estas dos últimas líneas es la de un canto a san José:

«José, desconocido en la tierra,
qué grande eres en el cielo!» (ter).

(La primera estrofa de este canto comenzaba así: «Sangre noble corría por tus venas...», y el primer verso del estribillo: «La gloria humana es pasajera».)

2

Para aliviar un dolor muy fuerte que mi hermanita tenía en el hombro y en el brazo derechos, se me ocurrió sujetar en el dosel de su cama una larga cinta, que hice doblando una tela, dentro de la cual el brazo le quedaba suspendido en el vacío. Este alivio no duró mucho; ella, sin embargo, quedó muy agradecida y me dijo con cariño:

«Dios hará también colgaderos para la chacha».

---

[7] Sobre los «*hermosos pensamientos*», cf. Ms C 19r°/v°; Cta 89 y 141 a Celina.

3

Interrumpiendo una conversación, exclamé con tristeza, pensando en su muerte:

–«¡Yo no podré vivir sin ella!».

–«Tienes mucha razón, *contestó con viveza*, por eso te traeré dos...»[7a] (alas).

4

Cuando me quedé a solas con Teresa, le dije: «Quieres que de un huevo de gorrión salga un pájaro precioso como tú, y eso ¡es imposible!».

«Sí, pero haré un experimento de física para divertir a todos los santos. Cogeré ese huevecito y diré a los santos: Fijaos bien, voy a hacer un juego de manos:

»Aquí tenéis un huevecito de gorrión; bueno, pues yo voy a hacer salir de él un hermoso pajarito como yo.

»Entonces le diré muy bajito a Dios, presentándole el huevecito, pero muy bajito, muy bajito: «Cambia la naturaleza del pajarito soplando sobre él». Luego, cuando me lo devuelva, se lo daré a la Santísima Virgen y le pediré que lo bese... Después se lo pasaré a san José y le rogaré que lo acaricie... Y por último, diré muy alto a todos los santos:

»– ¡Decid todos que queréis tanto como yo al pajarito que va a salir de este huevecito!

»E inmediatamente todos los santos exclamarán: «¡Queremos tanto como tú al pajarito que va a salir de ese huevecito!».

»Entonces, con aire triunfal, yo romperé el huevecito, y un precioso pajarito vendrá a ponerse a mi lado en el regazo de Dios, y todos los santos estallarán en un alborozo imposible de describir, al oír cantar a los dos pajaritos...».

[7a] Teresa hace un juego de palabras con la frase de Celina: «sans elle» (sin ella), que dice Celina, se pronuncia igual que «sans ailes» (sin alas); por eso la santa le contesta que le traerá dos (alas). N. del T.

5 de agosto

1

Mt 24,41 *Sobre este pasaje del Evangelio: «Dos mujeres estarán moliendo juntas: a una se la llevarán y a la otra la dejarán»:*

– «Nosotras dos llevamos juntas el negocio. Yo veré que tú no puedes moler el trigo sola, así que vendré a buscarte...
Mt 24,42 Por lo tanto, estate en vela, porque no sabes a qué hora vendrá tu Señor».

Me recordaba con frecuencia que éramos como dos socios. ¿Qué importa que uno de los dos sea insolvente? Mientras no se separen, un día participarán de los mismos beneficios.

Mi Teresita siempre me decía que en su metáfora del pajarillo que espera al Águila Divina[8] *a la puerta del nido, y que no cesa de mirarla con amor, no se imaginaba sola sino que allí había dos pajaritos...*

2

Con dichos como éste, se esforzaba por inculcarme la pobreza de espíritu y de corazón:

– «La chacha debe mantenerse en su posición social, y no tratar nunca de ser una gran dama».

Y como me faltaba por rezar una de las Horas Menores del Oficio divino, me dijo con tono infantil:

– «Vete a rezar Nona. Y recuerda que eres una monja muy pequeña, la última de las monjas»[8ª].

3

– «¡Así que vas a dejarme!».

– «¡Ni a sol ni a sombra!».

– «Y volviendo a mi tema favorito: ¿Crees que puedo seguir esperando estar contigo en el cielo? Me parece imposible, es como si se hiciera concursar a un manco para coger algo que está en lo alto de una cucaña[9]*...».*

---

[8] Cf. Ms B 4v°/5v°.

[8ª] Nuevo juego de palabras entre «None» (Hora litúrgica de Nona) y «nonne» (monja), que se pronuncian igual. N. del T.

[9] Cf. CA 8.7.7.

– «Sí, pero... ¿y si hay allí un gigante que coge en brazos al manco, lo levanta muy alto y él mismo le da el objeto deseado?

»... Pues eso es lo que Dios hará contigo. Pero no tienes que preocuparte por ello, basta que digas a Dios: "Sé muy bien que nunca seré digna de lo que espero, pero te tiendo la mano como una pobre mendiga y estoy segura de que me escucharás plenamente, ¡pues eres tan bueno...!"».

8 de agosto

– «Si, una vez que te vayas, se escribe tu vida[10]*, yo quisiera irme antes..., ¿lo crees?».*

– «Sí, lo creo, pero no tendrás que perder la paciencia...; mírame a mí, qué buenecita soy, tú tendrás que hacer lo mismo».

Agosto

[*estampa*]

1

Mi querida hermanita se esforzaba en toda ocasión por desasirme de mí misma y comparaba nuestra carrera a la de los dos niños pintados en esta estampa: ella se iba despojada de todo, sin llevar encima nada más que una túnica, y sin nada en las manos, a no ser a su hermanita a la que arrastra tras de sí; ésta opone resistencia, tiene que coger flores y cargarse con un enorme ramo que no le deja libre ni una sola mano...

2

Un día me contó esta historieta alegórica[11]*:*

«Había una vez una "señorita" que tenía riquezas de esas que hacen al hombre injusto, y a las que daba mucha importancia.

---

[10] Publicando la *Historia de un alma*.

[11] Evocación de la niñez vivida con Celina y afirmación de un destino común, que podemos encontrar en varias comparaciones a lo largo de todos los DE/G (*Últimas conversaciones con Celina)* (–.7.1; 12.7.4; 5.8.1; –.8.1; –7.3). Cf. «las dos gallinitas» del Ms A 9r°.

»Tenía un hermanito que no poseía nada y que, sin embargo, nadaba en la abundancia. El niño cayó enfermo y dijo a su hermana: –"Señorita", si quisieras, arrojarías al fuego todas tus riquezas que no sirven más que para crearte preocupaciones, te convertirías en mi chacha renunciando a tu título de "señorita"; y cuando yo llegue al país encantado al que pronto voy a ir, volveré a buscarte pues habrás vivido pobre como yo y sin preocuparte por el día de mañana.

»La "señorita" comprendió que su hermanito tenía razón, se hizo pobre como él, se convirtió en su chacha y ya nunca más se vio atormentada por la preocupación de aquellas riquezas perecederas que había arrojado al fuego...

»Su hermanito cumplió su palabra y vino a buscarla una vez que llegó al país encantador en el que Dios es el Rey y la Santísima Virgen la Reina, y *los dos* vivirán eternamente en el regazo de Dios, pues éste es el lugar que ellos escogieron porque, siendo tan pobres, no pudieron merecer unos tronos...».

3

En otra ocasión, haciendo de nuevo alusión a la imagen de los dos niños, y, además, a un ama de casa a la que no le falta de nada en los armarios, dijo:

«Señorita demasiado rica: varios capullos de rosa, varios pájaros cantándole al oído (*), unas enaguas, una batería de cocina, pequeños paquetes...».

(*) Tomado de un pasaje que había leído, en el que el autor ensalzaba así a su héroe, T. Vénard: «Tenía un capullo de rosa en los labios, y un pájaro cantándole al oído».

4

Una noche que me vio desnudarme, sintió lástima ante la miseria de nuestros vestidos, y sirviéndose de una expresión cómica que había oído, exclamó:

–«¡Pobre, pobre! (*) ¡Estás envuelta en cuerdas (**)! Pero no siempre vas a estar así, ¡te lo digo yo!».

(*) Sobrenombre que me daba con frecuencia.

(**) Torée [dice Teresa], del latín torus = cuerda.

5

«Cuando esté en el cielo, iré a meter mano en los tesoros de Dios y diré:

»Esto para María, esto para Paulina, esto para Leonia, esto para la *chiquitita de Celina*.... Y haciéndole señas a papá: "Ahora es la *más pequeña*. Tenemos que darnos prisa por ir a buscarla"».

6

Me contó este sueño que había tenido poco antes de su enfermedad:

«Tú estabas a la orilla del mar con dos personas que yo no conocía. Una de ellas propuso dar un paseo, pero ella y su compañera eran muy avaras y dijeron que había que alquilar un cordero en vez de un burro para montarnos las tres juntas en él. Pero cuando lo viste cargado con ellas dos, dijiste que tú irías a pie.

»El pobre cordero, que ya no podía más, se iba arrimando y arrimando al seto, y pronto cayó agotado bajo la carga.

»Entonces, en un recodo del camino, se presentó ante ti un precioso corderito todo blanco que se ofreció a llevarte. Y entonces comprendiste que él te sostendría durante el viaje de la vida. Luego, el corderito añadió: *"¿Y sabes?, quiero palpitar también dentro de ti..."*.

»Después comprendí que aquélla era la recompensa por la caridad que habías tenido con aquellas dos personas al soportarlas sin quejarte. Por eso el mismo Jesús vino a entregarse a ti».

16 de agosto

Habiéndome levantado muy de madrugada, encontré a mi querida hermanita pálida y desfigurada por el sufrimiento y por la angustia. Me dijo:

«El demonio ronda a mi alrededor. No lo veo, pero lo siento... Me atormenta, me agarra como con una mano de hierro para impedirme tener el más ligero alivio, aumenta mis

dolores para que me desespere... ¡Y no puedo rezar! Sólo puedo mirar a la Santísima Virgen y decir: ¡Jesús...! ¡Cuán necesaria es la oración de Completas: "Procul recedant somnia et noctium fantasmata!». Líbranos de los fantasmas de la noche[12].

»Siento algo misterioso... Hasta ahora me dolía sobre todo el costado derecho; pero Dios me preguntó si quería sufrir por ti, y yo le contesté inmediatamente que sí... En ese mismo momento, comenzó a dolerme el costado izquierdo con una intensidad increíble... *¡Sufro por ti*, y el demonio no lo quiere!».

Profundamente impresionada, encendí un cirio bendito y poco después recobró la calma, pero sin que se le pasara ese nuevo sufrimiento físico.

Desde entonces, llamaba al costado derecho «el costado de Teresa» y al costado izquierdo «el costado de Celina».

20 de agosto

«Sí, vendré a buscarte, porque, cuando eres buena, no tienes ojos para vivir».

21 de agosto

«Cuando yo te diga: «*Sufro*», tú responderás: «*¡Mejor!*». Yo no tengo valor para hacerlo, así que tú completarás lo que quiero decir».

En aquel momento la opresión era muy fuerte, y, para ayudarse a respirar, decía, como si desgranase un rosario: «Sufro, sufro...»; pero pronto se lo reprochó, como si hubiera sido una queja, y me dijo eso que acabo de escribir.

22 de agosto

«¿Señorita? Te quiero mucho, y es una delicia ser cuidada por ti».

Me había llamado para decírmelo.

---

[12] Cf. CA 25.8.6.

24 de agosto

Hablábamos entre nosotras una especie de jerga infantil que las demás no podían entender. Sor San Estanislao, la primera enfermera, dijo con tono de admiración: «¡Qué graciosas son estas dos jovencitas con su jerga ininteligible!».

Un poco mas tarde, yo le dije a Teresa: «Sí, ¡qué graciosas somos las dos! Pero tú eres graciosa sola, mientras que yo sólo soy graciosa contigo!».

Ella replicó vivamente:

«¡Por eso vendré a buscarte[13]!».

31 de agosto

«¡Chacha, te quiero mucho!».

3 de septiembre

1

Estaba yo delante de la chimenea de la enfermería, yendo y viniendo para arreglar la habitación, y me angustiaba por algo que no marchaba como yo quería. Me dijo:

«Chacha, ¡nada de inquietud de espíritu!».

2

Ese mismo día, aunque no en la misma ocasión, le hice yo este comentario: – «Las criaturas nunca sabrán que nos hemos querido tanto...». Me contestó:

«No vale la pena querer que lo sepan las criaturas, lo importante es que sea así...».

Y adoptando un tono de absoluta seguridad:

«Sí, pero... porque las dos estaremos sentadas en el regazo de Dios».

(Tenía una forma deliciosa de decir ese «sí, pero...», expresión que era muy peculiar de ella.)

---

[13] [Teresa dice *«vous cri»* = «buscar»], en vez de «vous quérir».

5 de septiembre

1

«¡Yo te protegeré!».

2

Yo era muy avara con los domingos, tiempo libre de que disponía para pasar a limpio las notas que iba tomando a toda prisa en papeles sueltos. Y dije:

– «Hoy ha sido un domingo perdido. No he escrito nada en la celda»[14].

Contestó:

– «Ésa es la medida de Lilí, ¡pero no la de Jesús!».

11 de septiembre

1

«Chacha, ya no eres mi chacha, eres mi nodriza..., y estás cuidando a un bebé que está para morir».

Y volviéndose hacia la estampa que representaba a su querido amigo Teófanes, dijo hablándole a él:

«La chacha me cuida muy bien; así que, cuando yo esté allá arriba, vendremos los dos a buscarla, ¿verdad?».

2

«Quiero mucho a mi chacha, pero que mucho... Por eso, cuando me vaya, vendré a buscarla para darle gracias por haberme cuidado tan bien».

3

Mirándome con cariño:

Jn 16,22 «... Pero volveré a verte y se alegrará tu corazón y nadie te quitará tu alegría!».

---

[14] En «el cuaderno», escribe en otra parte sor Genoveva.

16 de septiembre

1

Acababa yo de cometer una imperfección, y me dijo, abriendo unos ojos como platos:

«¡A pesar de todo, estarás junto a mí!»[15].

2

Conmovida hasta las lágrimas por los cuidados que le dispensaba, exclamó:

«¡Qué agradecida te estoy, mi chacha querida...! ¡Ya verás todo lo que te voy a hacer!».

3

Temía que tuviese frío y le dije:

– «Voy a buscarte un"alivio" (*)». Pero me contestó rápidamente:

– «No, mi alivio eres tú...».

(*) (Los «alivios» eran simples trozos de lana que la encargada de la ropería daba junto con las ropas de invierno.)

19 de septiembre

«¡Qué dulce es mi chacha, y qué bien me cuida...! ¡Yo se lo pagaré!».

21 de septiembre

«Para amarte, estoy yo...; y para no amarte no está Dios..!, está el diablo».

23 de septiembre

«Tú no necesitas entender, eres demasiado pequeña...».

(Entender lo que Dios hace en mí.)

---

[15] Se sobreentiende: «en el regazo de Dios».

25 de septiembre

«Voy a morirme, seguro... No sé cuándo, ¡pero es seguro!».

septiembre

1

Un día le dije: «Nos mirarás desde lo alto del cielo, ¿verdad?». Entonces respondió espontáneamente:

– «No, ¡bajaré[16]!».

2

Durante la noche me levantaba varias veces, a pesar de su insistencia [en que no lo hiciera]. En una de aquellas visitas encontré a mi querida hermanita con las manos juntas y los ojos alzados al cielo:

– «¿Qué estás haciendo así?, le dije. Deberías tratar de dormir».

– «No puedo, sufro demasiado, así que rezo...».

– «¿Y qué le dices a Jesús?».

– «No le digo nada, *¡lo amo*[17]!».

3

Uno de los últimos días de su vida, en un momento de grandes sufrimientos, me suplicó:

«¡Ay, hermanita Genoveva, reza por mí a la Santísima Virgen! Si tú estuvieses enferma, ¡yo le rezaría tanto! Una misma no se atreve a pedir...».

(«una no se atreve a pedir para sí misma»..., éste es el sentido.)

Y suspiró de nuevo, dirigiéndose a mí:

«¡Cuánto hay que rezar por los agonizantes! Si se supiera[18]...».

(Yo oí estos dichos y la mayoría de los que escribió la madre Inés de Jesús a medida que los iba pronunciando; si no los escribía, era porque veía que ya los estaban anotando. Yo he sido testigo de todos ellos, a excepción de los que fueron pronunciados du-

---

[16] Cf. CA 13.7.3.

[17] Dicho transmitido únicamente por sor Genoveva, y publicado a partir de HA 98 (p. 243).

[18] Cf. CA 25.8.6.

rante el rezo de las Horas del Oficio divino en que la madre Inés de Jesús se quedaba sola con ella.)

Para más detalles, véase también mi Deposición manuscrita[19].

27 de septiembre

«¡Chacha, mi corazón siente por ti un gran cariño...!».

30 de septiembre

Último día del destierro de mi querida Teresita...

El día de su muerte por la tarde, estando solas con ella la madre Inés de Jesús y yo, nuestra querida santita, temblorosa y deshecha, nos llamó en su ayuda... Le dolían terriblemente todos los músculos, y apoyando uno de sus brazos en el hombro de la madre Inés de Jesús y el otro en el mío, se estuvo así, con los brazos en cruz. En aquel preciso momento dieron las tres y nos vino a la mente el pensamiento de Jesús en la cruz: ¿no era la pobrecita de nuestra mártir su viva imagen...?

A nuestra pregunta: «¿para quién sería su última mirada?», nos había respondido unos días antes de morir: – «Si Dios me deja elegir, será para nuestra Madre» (la madre María de Gonzaga).

Pues bien, durante su agonía, tan sólo unos minutos antes de que expirase, yo pasé por sus labios encendidos un pedacito de hielo, y en ese momento alzó los ojos hacia mí y me miró con una insistencia profética.

.....

Su mirada estaba llena de cariño; tenía al mismo tiempo una expresión sobrehumana, hecha de aliento y de promesas, como si me hubiera dicho:

«¡Bueno, bueno, Celina! ¡Yo estaré contigo...!».

(¿Le reveló Dios en ese momento la larga y laboriosa carrera que, por su causa, tendría yo que recorrer aquí en la tierra, y quiso consolarme así de mi destierro? Pues el recuerdo de esa última mirada, que todas tanto deseábamos y que fue para mí,

[19] Las notas preparatorias para el Proceso Apostólico (NPPA).

ese recuerdo me sigue sosteniendo y constituye para mí una fuerza indecible.)

La comunidad allí presente estaba como en suspenso ante aquel espectáculo grandioso. Pero de pronto nuestra querida santita bajó los ojos para buscar a nuestra Madre, que estaba arrodillada a su lado, mientras su mirada velada recobraba la expresión de sufrimiento que tenía antes.

Últimas palabras de nuestra querida Teresita 30 de septiembre de 1897

¡Sí, es el sufrimiento puro, pues no hay en él el menor consuelo! ¡No, ni el más mínimo!

¡¡¡Ay, Dios mío!!! Sin embargo, amo a Dios... ¡Querida Virgen Santísima, ven en mi auxilio!

Si esto es la agonía, ¿qué será la muerte...?

¡Madre, le aseguro que el vaso está lleno hasta el borde!

¡Sí Dios mío, todo lo que quieras..., pero ten compasión de mi! Hermanitas... hermanitas... ¡Dios mío, Dios mío, ten compasión de mí!

¡No puedo más..., no puedo más! Y sin embargo, tengo que resistir...

Estoy... estoy acabada... No, nunca hubiera creído que se pudiese sufrir tanto..., ¡nunca, nunca!

Madre, ya no creo en la muerte para mí... ¡ya no creo más que en el sufrimiento!

¡Y mañana será todavía peor! Bueno, ¡pues mejor que mejor!

Por la noche

(Nuestra Madre acababa de despedir a la comunidad, diciendo que la agonía iba a prolongarse todavía, y nuestra santa enfermita contestó enseguida):

«Pues bien, ¡adelante, adelante! ¡No quisiera sufrir menos!».

.....

«Sí, le amo...

¡Dios mío, ... te... amo!».

Últimas conversaciones de sor Teresa del Niño Jesús

recogidas por sor María del Sagrado Corazón

8 de julio

1

Le dije, a propósito de una novicia que la cansaba mucho: «¡Menuda lucha que tienes con ella! ¿Te da miedo?».

– «Un soldado no tiene miedo al combate, y yo soy un soldado».

(Después de haber reprendido a esa novicia:)

– «¿No he dicho que moriré con las armas en la mano[1]?».

2

«El «Ladrón»[2] está muy lejos, ¡se ha ido a robar a otros niños!».

3

«Estamos a 8 de julio, y el 9 de junio yo veía al Ladrón. Si es así como actúa, no está a punto de robarme...».

4

«Me han puesto en «la cama de la mala suerte», en una cama que te hace perder el tren».

Aludía a la madre Genoveva, que en aquella misma cama había recibido por tres veces la Unción de los Enfermos.

9 de julio

Después de la visita del médico, que la había encontrado mejor.

«¡El «Ladrón» se ha vuelto a marchar! ¡En fin, que sea lo que Dios quiera!».

---

[1] PN 48,5,11-12.

[2] Cf. CA 9.6.1.

12 de julio

– *«Si tuvieras que empezar a vivir otra vez, ¿qué harías?».*

– «Haría lo mismo que he hecho[3]».

13 de julio

1

– «¡Si supieras la cantidad de proyectos que hago y cuántas cosas haré cuando esté en el cielo...! Comenzaré mi misión[4]...».

– *«¿Y cuáles son tus proyectos?».*

– «Proyectos de volver al lado de mis hermanitas, y de irme allá lejos a ayudar a los misioneros, y además el de evitar que los niños salvajes mueran sin bautizar».

2

Le decía que, cuando ella se fuera, yo ya no tendría ánimos, a mi parecer, para dirigir a nadie una palabra, que caería en un estado de depresión.

1Co 9,22 – «Eso no está de acuerdo con la ley evangélica. Hay que hacerse todo a todos».

3

– *«¡Alégrate, pronto te verás libre de los trabajos de la vida!».*

– «¿Yo, un soldado tan valiente?».

4

– *«¿Y que tendrá que hacer tu madrinita?».*

– «Elevarse por encima de todo lo que dicen las hermanas y de todo lo que hacen. Tendrás que vivir como si no estuvieras en el monasterio, como si no tuvieras que pasar aquí más que dos días. Te guardarías muy bien de decir lo que te desagrada, ya que tendrías que dejarlo».

---

[3] Dicho referido en HA 98, p. 227, y en NV 12.7.3.

[4] Cf. CA 13.7.17.

(Como estaba terminando de escribir estas palabras mientras tocaban para la Salve:)

– «Sería mejor, muchísimo mejor, perderte eso, y hacer un acto de regularidad. ¡Si supierais qué importante es esto!».

16 de julio

– «Si Dios me dijese: «Si mueres ahora mismo, tendrás una gloria muy grande, pero si mueres a los 80 años tu gloria será mucho menor, pero a mí me gustará mucho más», no vacilaría en contestarle: – Dios mío, quiero morir a los 80 años, pues no busco mi gloria sino agradarte a ti.

»Los grandes santos trabajaron por la gloria de Dios, pero yo, que no soy más que un alma pequeñita, sólo trabajo por complacerle y por satisfacer sus caprichos, y sería feliz de soportar los mayores sufrimientos –aun cuando él no lo supiera, si eso fuese posible–, y no por darle una gloria pasajera sino únicamente por saber que sólo con ello haría aflorar a su labios una sonrisa[5]».

25 de julio

«Inclinándome un poco, veía por la ventana el sol poniente que lanzaba sus últimos rayos sobre la naturaleza, y la cima de los árboles aparecía toda dorada. Y pensé: ¡Qué diferencia entre estar a la sombra o, al contrario, exponerse al sol del amor...! Entonces, todo parece dorado. En realidad, yo no lo soy, y dejaría inmediatamente de serlo si me alejase del Amor».

28 de julio

1

Comentábamos que nos costaría mucho perder la recreación por cualquier otra que no fuera ella. Respondió de inmediato:

---

[5] Cf. CA 16.7.6*.

– «Pues yo me sentiría feliz de hacerlo. Si estamos en la tierra para sufrir, cuanto más suframos, más felices seremos... Se practica mucho mejor la caridad sirviendo a quien te cae menos simpático[6].

»¡Qué mal sabemos llevar nuestros negocios en la tierra!».

2

Le decía: «¡Qué felicidad morir después de haber pasado la vida amando!».

–«Sí, pero también es necesario no faltar a la caridad con el prójimo».

29 de julio

Le decía yo que una cierta musiquilla de santa Marta le había dado ocasión de merecer. Y me contestó enseguida:

– «¡Nada de merecer! Dar gusto a Dios... Si hubiese atesorado méritos, habría perdido muy pronto la esperanza».

1 de agosto

– «No sé cómo haré para morir[7]... Pero me abandono totalmente... ¡Que sea lo que Dios quiera!».

10 de agosto

Le decía: «¡Con todo lo que he pedido para que no sufras mucho, y estás sufriendo tanto!».

Me contestó:

– «Le he pedido a Dios que no escuche las oraciones que puedan suponer un obstáculo al cumplimiento de sus designios sobre mí y que haga desaparecer todos los obstáculos que se opongan a ellos».

---

[6] Cf. Ms C 13v°/14r°.

[7] Cf. CA 6.6.4; 31.7.4; 1.8.5; 29.9.2; 30.9.

11 de agosto

Le decía: «¿O sea que no podré desahogarme con la madre Inés de Jesús?».

– «Sólo tendrías que hacerlo en el caso en que ella tenga necesidad de consuelo. Tú no debes hablarle nunca buscando tu consuelo mientras no sea ella la priora. Te aseguro que esto es lo yo he hecho siempre. Por ejemplo, nuestra Madre le había dado permiso a ella para hablar conmigo, pero yo no lo tenía, así que no le decía nada sobre mi alma. Creo que precisamente esto es lo que convierte la vida religiosa en un martirio. Sin ello, sería una vida fácil y sin méritos».

15 de agosto

1

El día 13[8], antes de recibir la sagrada comunión, se había emocionado mucho con el Confíteor que recitaba la comunidad. Y me dijo:

– «Cuando oía a todas las hermanas decir en mi lugar: Yo confieso a Dios, Padre todopoderoso, a la Bienaventurada Virgen María y a todos los santos, pensaba: Sí, es bueno pedir perdón a todos los santos... No puedo expresar mis sentimientos. Dios me hace sentir así lo pequeña que soy. ¡Y esto me hace tan feliz...!».

2

Le decía: «Lo que más me duele es pensar que aún vas a sufrir mucho».

– «Pues a mí no, porque Dios me da lo que necesito».

3

Decíamos: «Si Dios la llevase esta noche, se iría sin que nos diésemos cuenta... ¡Cómo lo sentiríamos!».

– «¡Y a mí que me parecería muy gracioso que lo hiciera! Sería como robarme...».

---

[8] En realidad el 12 de agosto.

20 de agosto

– «A mí no me ocurre como a la gente que sufre por el pasado y que sufre por el futuro. Yo sólo sufro en el momento presente. Así que no sufro gran cosa».

22 de agosto

«Nadie sabe lo que es sufrir así... No, hay que pasar por ello...».

(Después de esta misma jornada, de continuos sufrimientos.)

– «¡Ved qué bueno es Dios! Hoy no tenía fuerzas para toser, y casi no he tosido. Ahora que estoy un poco mejor, la tos va a empezar de nuevo».

27 de agosto

Le pregunté: «¿Quieres agua helada?».

– «Sí, ¡me gustaría tanto...!».

– «Nuestra Madre te ha mandado pedir todo lo que necesites. Hazlo por obediencia».

– «Ya pido todo lo que necesito».

– «¿Y no lo que te gusta?».

– «No, sólo lo que necesito. Por eso, si no tengo uvas no las pediré».

Un poco después de haber bebido, miraba el vaso de agua. Yo le dije: «Bebe un poco».

– «No, no tengo la lengua seca[9]».

– «Cuando pienso que, estando tan enferma como estás, todavía encuentras la manera de mortificarte...».

– «¡Y qué quieres! Si me escuchase a mí misma, estaría bebiendo con demasiada frecuencia».

---

[9] Cf. CA 27.8.9.

1 de septiembre

(A propósito de la madre H. del Sagrado Corazón, a quien había que prestarle numerosos pequeños servicios.)

– «¡Cómo me hubiera gustado ser su enfermera! Tal vez me hubiese costado según la naturaleza, pero creo que la habría cuidado con mucho amor, porque pienso en aquello que dijo Nuestro Señor: "Estuve enfermo y me aliviasteis"». Mt 25,36

8 de septiembre

– «¡Ah, la Santísima Virgen...! ¡No ha venido a buscarme...!».

17 de septiembre

(A propósito del cementerio.)

– «A vosotras comprendo que os impresione un poco. ¡Pero a mí...! ¿Cómo me va a impresionar[10]...? Meterán en la tierra algo muerto. No es como si estuviese en estado letárgico, ¡eso sería cruel!».

21 de septiembre

Yo deseaba oírle una palabra, algo así como si se acordase del pasado y del cariño con que yo la había rodeado en su niñez. Apenas había cruzado por mi mente este pensamiento, cuando nos miró a la madre Inés y a mí con los ojos llenos de lágrimas, diciendo:

– «¡Hermanitas..., vosotras sois las que me educasteis...!».

25 de septiembre

Yo la estaba mirando con ternura.

– «Madrina, ¡qué preciosa eres cuando tu rostro se ilumina con un rayo de amor...! ¡Es tan puro!».

---

[10] Cf. UC, pp. 573s, 19.7+a.

30 de septiembre

«Sí, es el sufrimiento puro, pues no hay en él el menor consuelo... ¡No, ni el más mínimo!

»¡¡¡Dios mío!!! Sin embargo, amo a Dios... ¡Querida Santísima Virgen, ven en mi auxilio!

»Si esto es la agonía, ¿qué es la muerte...?

»¡Madrecita querida, te aseguro que el vaso está lleno hasta el borde!

»¡Sí, Dios mío, todo lo que quieras...! ¡Pero ten compasión de mí!

»Hermanitas..., hermanitas... ¡Dios mío..., Dios mío, ten compasión de mí! ¡No puedo más..., no puedo más! Y sin embargo, tengo que resistir... Estoy... estoy acabada... No, nunca hubiera creído que se pudiese sufrir tanto... ¡Nunca! ¡Nunca!

»Madre, ya no creo en la muerte para mí... ¡Creo en el sufrimiento!

»¿Y mañana será todavía peor? Bueno, ¡pues mejor para mí!».

Últimas palabras, mirando al crucifijo:

«¡Sí!, lo amo...

»¡Dios mío..., te amo!».

Otros dichos de Teresa

MADRE INÉS DE JESÚS

Mayo

Un día que fue a Misa y comulgó, aunque acababan de quitarle un vejigatorio, yo me eché a llorar y no pude ir a las Horas. La seguí a su celda, y siempre la veré sentada en su banquito, con la espalda apoyada en la pobre pared de tablas. Estaba extenuada, y me miraba con expresión triste, ¡pero tan dulce a la vez! Mis lágrimas arreciaron, y, adivinando cómo la estaba haciendo sufrir, le pedí perdón de rodillas. Ella me respondió simplemente:

«No es demasiado sufrir a cambio de una comunión...».

Pero repetir la frase es lo de menos: ¡hay que haber escuchado el acento con que la pronunció[1]!

*

Tosía mucho aquellos días, sobre todo por la noche. Y entonces se veía obligada a sentarse en el jergón para reducir la opresión y poder recobrar el aliento. Yo hubiera deseado que bajase a la enfermería para poder darle un colchón, pero ella insistía tanto en que le gustaba más estar en su celda, que la dejaron allí hasta que ya no había nada que hacer:

«Aquí no me oyen toser, no molesto a nadie –decía–, y además si me cuidan demasiado *ya no disfruto*».

*

Para ponerle otro vejigatorio, la enfermera, una anciana venerable, muy bondadosa y abnegada, la había instalado esta vez en la enfermería en un sillón. Pero a fuerza de poner almohada tras

[1] Este texto y los dos siguientes figuran en los Cuadernos verdes, en los días 21/26 de mayo; cf. UC II, pp. 42 y 44.

almohada en el respaldo de aquel asiento para que estuviese más cómoda, la pobre enfermita pronto se encontró sentada en el borde del sillón, corriendo peligro de caerse en cualquier momento. En lugar de quejarse, le dio efusivamente las gracias a la buena de la hermana, y así estuvo todo el día escuchando los elogios de las caritativas visitas que recibía: «¡Bueno, ya veo que estás cómoda! ¡Cuántas almohadas tienes! Bien se ve que te cuida una verdadera mamá, etc.».

También yo caí en la trampa, hasta que una sonrisa que yo conocía muy bien me hizo comprender..., pero ya era demasiado tarde para remediarlo.

Junio

El 9 de junio de 1897, sor María del Sagrado Corazón le decía que después de su muerte nos quedaríamos muy tristes. Ella respondió:

«No, no, ya veréis..., será como una lluvia de rosas...».

Y añadió:

«Después de mi muerte, iréis al buzón y allí encontraréis consuelos»[2].

*

(La madre Inés de Jesús anotó este recuerdo, que data de junio de 1897, relativo a las botellas de leche:)

Este dibujo (descrito aquí debajo), recortado de una hoja de periódico encontrada por casualidad, me lo dio con una sonrisa maliciosa sor Teresa del Niño Jesús en un momento en que yo estaba desolada porque ella, que estaba muy enferma, no tomaba más que leche.

Era una manera de hacerme reír. Me dijo:

«Mi botella de leche me sigue tan fielmente como la suya a este borracho, de quien no se ve más que la punta del bastón, ¡fíjate!».

Así de alegre era nuestra querida santita.

---

[2] PA, p. 199 (UC, p. 371).

(Hoja suelta manuscrita, en la que está envuelto el dibujo en cuestión. Éste representa a un perro que llega al galope, azuzado por el bastón de su amo, con una botella en la boca[2ª]*.*

Julio

El cielo, para ella, era la visión y la posesión plena de Dios. A ejemplo de varios santos, particularmente de santo Tomás de Aquino, no aspiraba a otra recompensa que el mismo Dios.

Recordaba las palabras de Nuestro Señor: «La vida eterna consiste en conocerte a ti...»; y como, para ella, conocer a Dios era amarlo, podía decir:

«Sólo una esperanza hace latir mi corazón: el amor que recibiré y el que yo podré dar»[3].

*

Le pedía yo explicaciones sobre el camino que decía que quería enseñar a las almas después de su muerte.

«Madre, es el camino de la infancia espiritual, el camino de la confianza y del total abandono. Quiero enseñarles esos medios tan sencillos que a mí me han dado tan buen resultado, decirles que aquí en la tierra sólo hay que hacer una cosa: arrojarle a Jesús las flores de los pequeños sacrificios, ganarle a base de caricias. Así le he ganado yo, y por eso seré tan bien recibida»[4].

Agosto

Una noche, en la enfermería, se sintió más animada que de costumbre a confiarme sus penas. Nunca se había desahogado sobre ese tema de esa manera. Hasta entonces yo sólo conocía su prueba muy vagamente.

[2ª] UC, p. 382.

[3] NPPA Esperanza del cielo (UC II, p. 516).

[4] *Novissima Verba*, 17 de julio (UC II, pp. 179-180).

«¡Si supieras –me dijo– qué espantosos pensamientos me asedian! Pide mucho por mí para que no escuche al demonio que intenta convencerme de tantas mentiras. Se impone a mi espíritu el razonamiento de los peores racionalistas: más adelante, la ciencia, al hacer nuevos e incesantes progresos, lo explicará todo de manera natural, descubriremos la razón absoluta de todo lo que existe y que hoy aún constituye para nosotros un problema, pues quedan todavía muchas cosas por descubrir..., etc., etc.

»Quiero hacer el bien después de mi muerte, ¡pero no podré! Pasará como con la madre Genoveva: esperábamos verla hacer milagros, y un completo silencio cayó sobre su tumba...

»Madrecita, ¿por qué se han de tener tales pensamientos cuando se ama tanto a Dios?

»En fin..., ofrezco estos tormentos tan grandes para alcanzar la luz de la fe a los pobres incrédulos y por todos los que viven alejados del credo de la Iglesia».

Y añadió que nunca discutía con esos pensamientos tenebrosos:

«Los sufro a la fuerza –dijo–, pero mientras los sufro no ceso de hacer actos de fe»[5].

*

«En el carmelo he pasado un frío de muerte».

Me extrañó oírla hablar así, pues en invierno su porte no revelaba en absoluto su sufrimiento. Nunca, ni durante los fríos más intensos, la vi frotarse las manos o caminar más ligera o más encorvada que de costumbre, como se hace tan espontáneamente cuando se tiene frío[6].

*

Durante este período de su enfermedad, ¡cuántas veces debió de hacer sonreír a Dios con su paciencia! ¡Qué sufrimientos tuvo que soportar! A veces se quejaba como un pobre corderito al que están inmolando:

---

[5] NPPA, Su prueba contra la fe (UC, p. 449).

[6] NPPA, Templanza (UC, p. 459).

«Madre –me dijo un día–, cuando tengas enfermas víctimas de tan violentos dolores, ten mucho cuidado con no dejar cerca de ellas medicamentos que contengan veneno. Te aseguro que, cuando se llega a este grado de sufrimiento, basta un solo momento para perder la razón. Y entonces es muy fácil envenenarse»[7].

Septiembre

Un día, la madre priora le hablaba al doctor, en su presencia, de la compra que acabábamos de hacer de un nuevo terreno en el cementerio de la ciudad, porque ya no quedaba lugar en el antiguo. Añadió que, en adelante, las fosas se excavarían lo suficientemente hondas como para poder sobreponer en ellas tres féretros.

Sor Teresa del Niño Jesús dijo riendo:

«¿Entonces seré yo quien estrene ese nuevo cementerio?».

El doctor, asombrado, le dijo que no pensase aún en su inhumación.

«Sin embargo, es un pensamiento muy alegre –respondió ella–. Pero me preocupa que el pozo sea tan profundo, pues podría ocurrirles alguna desgracia a los que tengan que bajarme».

Y prosiguió en son de broma:

«Ya me parece estar oyendo a un sepulturero que grita: ¡No tires tanto por aquí de la cuerda!, y a otro que le responde: ¡Tira de allá! ¡Eh, cuidado! ¡Bueno, ya está! Echan tierra sobre mi féretro y todos se van».

Cuando se marchó el Sr. de Cornière, yo le pregunté si de verdad no le impresionaba la idea de que la iban a meter tan profundamente en la tierra. Me contestó, con aire de extrañeza:

«¡No te entiendo! ¿Qué me puede pasar con eso? Ni siquiera sentiría la menor repulsión si supiese que iba a ser echada en la fosa común[8].

---

[7] *Cuadernos verdes*, 30 de agosto (UC II, p. 374).

[8] NPPA, Humildad. Un ejemplo de su desprecio de sí misma (UC, pp. 573s).

SOR GENOVEVA

Junio

Durante su enfermedad, había acompañado a la comunidad con gran dificultad a la ermita del Sagrado Corazón, y se había sentado mientras entonábamos un canto. Una hermana le hizo señas de que se uniese al coro. Estaba agotada y no podía tenerse de pie. Sin embargo, se levantó enseguida, y como yo la critiqué por ello después de la reunión, me dijo simplemente:

«He cogido la costumbre de obedecerlas a todas como si fuese Dios quien me manifestase así su voluntad»[9].

*

En el curso del año 1897, sor Teresa del Niño Jesús me dijo, mucho antes de caer enferma, que esperaba morir ese año. He aquí la razón que me dio en el mes de junio, cuando se sintió presa de una tuberculosis pulmonar:

«Ya ves, me dijo, Dios va a llevarme a una edad en que no habría tenido tiempo de ser sacerdote... Si hubiera podido ser sacerdote, habría recibido las sagradas Órdenes en este mes de junio, en estas ordenaciones. Pues bien, para que no tenga ningún pesar, Dios ha permitido que me encuentre enferma, así que no habría podido acudir a la ordenación y moriría antes de ejercer el ministerio[10].

Julio

Una hermana le decía que podría tener una hora de temor antes de morir, para expiar sus pecados.

«¿El temor de la muerte para expiar mis pecados...? ¡Eso no tendría más eficacia que un poco de agua cenagosa! Por eso, si llego a tener esos temores, los ofreceré a Dios por los pecadores, y como será un acto de caridad, ese sufrimiento

---

[9] PA, p. 306.

[10] PO, p. 305 (UC, pp. 539s, Varia 4).

será para los demás mucho más eficaz que el agua. A mí lo único que me purifica es el fuego del amor de Dios»[11].

*

(Un día, después de comulgar)

«Era como si hubiesen puesto juntos a dos niños, y los niños no se dijesen nada el uno al otro. Sin embargo, yo Le dije algunas cosillas, pero Él no me contestó; seguro que estaba dormido».

*

«Cuando esté muerta, no diré nada, no daré ningún consejo. Si me colocan del lado izquierdo o del derecho, no ayudaré. Dirán: está mejor de este lado; hasta podrán poner fuego cerca de mí, y yo no diré nada».

*

(Un día en que se encontraba delante de una biblioteca)

– «¡Ay, cómo me pesaría haber leído todos esos libros!».

– «¿Por qué? Haberlos leído sería una riqueza que habrías adquirido. Yo puedo entender que uno sienta leerlos, pero no el haberlos leído».

– «Si los hubiese leído, me habría roto la cabeza y habría perdido un tiempo precioso que hubiese podido emplear sencillamente en amar a Dios...».

*

– «Me encuentro en un estado de ánimo en que me parece que ya no sé ni pensar».

– «No importa, Dios conoce tus intenciones. Cuanto más humilde seas, tanto más feliz serás».

*

[11] Para la fuente de este texto y de los seis siguientes, cf. UC, p. 514, Varia 3 y 5 (texto en pp. 536-540).

Una vez, en que sonó el reloj y yo no me movía del sitio con la suficiente rapidez, me dijo:

«Vete a tu *obligación*».

Y corrigiéndose:

«No, ¡a tu *amor*!».

Y en otra ocasión yo le decía: Tengo que trabajar, porque, si no, Jesús se pondría triste. Y ella me respondió:

«No, no, tú te pondrías triste. Él no puede entristecerse por nuestras componendas. *¡Pero qué pena la nuestra, de no darle todo lo que podemos!*».

*

Cuando se presentaban las hemorragias, se alegraba, pensando que estaba derramando su sangre por Dios:

«No podía ser de otra manera –decía–, yo sabía que tendría el consuelo de ver derramada mi sangre, pues muero mártir de amor».

*

En otra ocasión le decía: «Ya que querías ir a Saigón, tal vez cuando estés en el cielo iré yo en tu lugar para completar tu labor, y entre las dos realizaremos una obra perfecta».

«Si algún día vas allá, no pienses que es para completar nada. No hace ninguna falta. Todo está bien, todo es perfecto, todo está consumado, sólo cuenta el amor... Si vas allá, será por un capricho de Jesús, nada más. No pienses que será una obra *útil*, será *un capricho* de Jesús[12]...».

[12] CMG II, p. 73 (UC II, p. 592).

SOR MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN

Mayo

La enfermera le había aconsejado que se diera todos los días un paseíto de un cuarto de hora por la huerta. Yo me la encontré caminando penosamente y, por así decirlo, al límite de sus fuerzas. «Harías mucho mejor descansando –le dije–; en esas condiciones ese paseo no puede hacerte ningún bien; te estás agotando, y basta».

«Es verdad –me contestó–, ¿pero sabes lo que me da fuerzas? Pues camino por un misionero. Pienso que allá lejos, muy lejos, tal vez alguno de ellos esté agotado en sus correrías apostólicas, y para aminorar sus fatigas ofrezco yo las mías a Dios»[13].

Julio

Su gran sufrimiento en el Carmelo fue el no poder comulgar todos los días. Un poco antes de su muerte, decía a la madre María de Gonzaga, la cual tenía miedo a la comunión diaria:

«Madre, cuando esté en el cielo le haré cambiar de opinión».

Y así sucedió. Después de la muerte de la Sierva de Dios, el Sr. capellán nos dio la sagrada comunión todos los días, y la madre María de Gonzaga, en lugar de rebelarse como antes, se sentía muy dichosa[14].

*

Un día le decía yo: «¡Si fuese yo la única que va a sufrir con tu partida...! ¿Pero cómo voy a poder consolar a la madre Inés de Jesús, que te quiere tanto?».

«No te preocupes –me dijo–, no tendrá tiempo para pensar en su dolor, pues estará ocupada conmigo hasta el fin de su vida, y no podrá dar abasto a todo»[15].

---

[13] Cf. UC, p. 554, Varia 2 (el texto, p. 565).

[14] PO, p. 249 (UC, p. 372).

[15] NPPO 1908, p. 14 (UC, p. 572).

*

Hacia el mes de agosto de 1897, unas seis semanas antes de su muerte, yo estaba junto a su lecho con la madre Inés de Jesús y sor Genoveva. De pronto, sin que ninguna conversación provocara esta frase, nos miró con una expresión celestial y nos dijo muy claramente:

«Sabéis bien que estáis cuidando a una santita...».

Interrogata a R.D. Judice Vicario Generali an Serva Dei aliquam hujusce sermonis explicationem vel correctionem addiderit? – Respondit:

Quedé muy emocionada ante esas palabras, como si hubiese oído a un santo predecir lo que acontecería después de su muerte. Dominada por esa emoción, me alejé un poco de la enfermería, y no recuerdo haber oído nada más[16].

SOR MARÍA DE LA EUCARISTÍA

11 de Julio

«Cuando tengas tentaciones contra la caridad, te aconsejo que leas este capítulo de la Imitación: "De cómo se han de soportar los defectos ajenos". Verás cómo tus tentaciones se desvanecen. Siempre me ha ayudado mucho; es muy bueno y muy verdadero[17]».

18 de julio

Le pedía que, cuando estuviera en el cielo, me alcanzara grandes gracias, y me respondió:

«Cuando esté en el cielo, haré muchas cosas, *grandes cosas*... Es imposible que no sea Dios mismo quien me da este deseo, *¡y estoy segura de que me escuchará!* Y además, cuando esté allá arriba, te seguiré de cerca...».

---

[16] PA, p. 245 (UC, p. 566, Varia 3).

[17] Cf. UC, p. 697.

Y como le dijese que a lo mejor me daba miedo:

«¿Te da miedo el ángel de la guarda...? Sin embargo, te sigue de continuo. Bueno, pues yo te seguiré lo mismo, ¡y mucho más de cerca todavía!, no te dejaré pasar ni una...».

Julio

«Siempre que se razona un poquito sobre lo que dice la madre priora, se le da a Dios un poquito de pena; y se le da mucha pena cuando se razona mucho, aunque sea interiormente».

2 de agosto

«No encuentro ningún placer natural en que me quieran y me mimen, pero lo encuentro muy grande en que me humillen. Cuando hago alguna tontería que me humilla y me hace ver lo que soy, entonces sí que siento un placer natural y experimento una verdadera alegría, como la que tú experimentarías cuando te sientes amada».

11 de septiembre

«Tendrías que hacerte muy dulce: nunca palabras duras o tono duro, nunca adoptes una expresión dura. Sé siempre dulce.

»Por ejemplo, ayer le diste un disgusto a sor XX; un momento después, otra hermana le dio otro. ¿Y qué pasó...? ¡Pues que acabó llorando...! Si tú no la hubieses tratado con dureza, habría aceptado mejor el segundo disgusto, que le hubiera pasado desapercibido. Pero dos disgustos tan seguidos la sumieron en un estado de tristeza muy grande; mientras que si tú hubieses sido tierna con ella, nada de eso habría ocurrido».

*

Un día me hizo prometer que sería santa. Me preguntó si hacía progresos, y yo le contesté: «Te prometo ser santa cuando tú te hayas ido al cielo; en ese momento pondré manos a la obra con toda el alma».

– «No, no esperes hasta entonces –me contestó–. Comienza ya ahora. El mes que precedió a mi entrada en el Carmelo se me ha quedado grabado como un dulce recuerdo. Al principio, me decía a mí misma, como tú ahora: "Seré santa cuando esté en el Carmelo; mientras tanto, no voy a molestarme...". Pero Dios me hizo ver el valor del tiempo, e hice todo lo contrario de lo que pensaba. Quise prepararme para entrar, siendo muy fiel. Y fue ése uno de los meses más hermosos de mi vida.

»Créeme, nunca esperes a mañana para empezar a ser santa».

SOR MARÍA DE LA TRINIDAD

Abril

Me contó la siguiente anécdota, que ocurrió cinco meses antes de su muerte:

«Una tarde, vino la enfermera a ponerme una botella de agua caliente a los pies y tintura de yodo en el pecho. Yo estaba consumida por la fiebre y una sed ardiente me devoraba. Mientras soportaba esos remedios, no pude por menos de quejarme a Nuestro Señor: "Jesús mío, le dije, tú eres testigo de que estoy ardiendo, ¡y encima me traen calor y fuego! ¡Si en vez de todo eso, me diesen medio vaso de agua...! ¡Jesús mío, tu hijita tiene mucha sed! Pero, no obstante, se siente feliz de encontrar la ocasión de que le falte lo necesario, a fin de parecerse más a ti y salvar almas". Al poco, me dejó la enfermera, y yo ya no contaba con volverla a ver hasta el día siguiente por la mañana, cuando, con gran sorpresa de mi parte, volvió pocos minutos después trayéndome una bebida refrescante... ¡Qué bueno es nuestro Jesús! ¡Y qué dulce confiar en él[18]!».

[18] NPPA (Cuaderno rojo, pp. 21-22; cf. UC, pp. 702s).

Mayo

Ayer, el canto de la «Rosa deshojada» me trajo a la memoria un grato recuerdo. La madre María Enriqueta, del carmelo de París, avenida de Mesina, me había pedido que pidiera a santa Teresa del Niño Jesús que le compusiese una poesía sobre este tema. Como el tema respondía a los sentimientos de nuestra querida santa, puso en ello toda el alma. La madre Enriqueta quedó muy contenta; sólo que me escribió diciéndome que le faltaba una última estrofa explicando que, a la hora de la muerte, Dios recogería esos pétalos deshojados para formar con ellos una rosa preciosa que brillaría por toda la eternidad. Entonces sor Teresa del Niño Jesús me dijo:

«Que esa buena Madre haga ella misma esa estrofa como quiera, pues yo no me siento inspirada en absoluto para hacerlo. Mi deseo es ser deshojada por siempre jamás, para alegrar a Dios. ¡Y punto[19]...!».

Junio

Siempre recordaré los tres largos meses de agonía de nuestro Ángel (...) Tenía prohibido hablarle, bajo el pretexto de que, al ser joven, ¡podía contraer su enfermedad! (Sin embargo, yo estaba segura de todo lo contrario, pues sor Teresa del Niño Jesús me había asegurado que nadie cogería su enfermedad, que así se lo había pedido a Dios.) Las noticias sobre su salud eran cada día más tristes; yo me ahogaba de pena... Un día que salí a tomar el aire a la huerta, la vi en su silla de ruedas, debajo de los castaños. Estaba sola, y me hizo señas de que me acercase: «No, le dije, pueden vernos, y no tengo permiso». Entré en la ermita de Santa Faz, donde me eché a llorar. Al levantar la cabeza, vi con sorpresa a mi hermanita sor Teresa del Niño Jesús sentada en un tronco de árbol a mi lado. Me dijo:

«Yo no tengo prohibido acercarme a ti, y aunque tuviese que morir por ello, quiero consolarte».

Me secó las lágrimas, apoyando mi cabeza sobre su pecho. Le supliqué que volviera a la silla, pues estaba temblando de fiebre:

---

[19] Billete de sor María de la Trinidad a la madre Inés de Jesús, del 17 de enero de 1935.

«Sí, pero antes tienes que sonreírme».

Lo hice inmediatamente, por miedo a que se pusiese peor, y la ayudé a llegar hasta la silla[20].

*

Yo sentía mucha pena de verla enferma, y le repetía con frecuencia: «¡Ay, qué triste es la vida!». Pero ella me corregía inmediatamente, diciendo:

«¡La vida no es triste! Al contrario, es muy alegre. Si dijeses: "El destierro es triste", te entendería. Se comete un error al dar el nombre de vida a lo que tiene que acabar. Sólo se puede dar de verdad ese nombre a las cosas del cielo, a lo que nunca jamás morirá; y bajo este aspecto, la vida no es triste, es alegre, ¡muy alegre[21]...!».

Julio-agosto

Un día de fiesta, en el refectorio, se habían olvidado de ponerme el postre. Después de comer, fui a la enfermería, a ver a sor Teresa del Niño Jesús, y al encontrar allí a mi vecina de mesa, le di a entender bastante sutilmente que se habían olvidado de mí. Cuando me oyó sor Teresa del Niño Jesús, me obligó a que fuera a decírselo a la hermana encargada del refectorio, y como yo le suplicaba que no me obligase a eso:

«No –me dijo–, ésa será tu penitencia, no eres digna de los sacrificios que Dios te pide. Él te pedía que te privaras del postre, pues fue Él quien permitió que se olvidaran de ti. Te creía suficientemente generosa para hacer ese sacrificio, ¡y tú has defraudado sus esperanzas viniendo a reclamarlo!».

Puedo decir que la lección dio frutos y que me curé para siempre de querer volver a las andadas[22].

---

[20] Carta a la madre Inés de Jesús, del 27 de noviembre de 1934 (UC, p. 699).

[21] *Histoire d'une âme*, 1907, p. 296 (UC, p. 700).

[22] NPPA (Cuaderno rojo, p. 48); UC, p. 700.

Agosto

Esto me trae a la memoria el recuerdo de un momento de intimidad con mi hermanita sor Teresa del Niño Jesús. Fue, poco más o menos, un mes antes de su muerte. Toda la comunidad estaba triste, y yo ciertamente no le iba a la zaga a nadie en la pena. Cuando fui a verla a la enfermería, descubrí al pie de la cama un gran balón rojo que habían traído para que se entretuviese. Aquel balón me despertó las ganas [de jugar], y no pude por menos de decirle: «¡Cómo me gustaría jugar con él!». Ella sonrió, pero como su debilidad eran tan grande que no podía soportar el menor ruido, me dijo:

«Ponte detrás de mí mientras no haya nadie, y juega con él; yo cerraré los ojos para que no me aturdas».

Cogí encantada el balón, y le sacaba tanto gusto al juego, que Teresita parpadeaba una y otra vez por verme sin aparentarlo y no podía contener la risa. Entonces le dije: «¡No soporto estar triste tanto tiempo! ¡Ya no puedo más! Me vienen tentaciones de distraerme, ganas de jugar con el trompo que me regalaste por Navidad; pero si alguien me ve, es capaz de escandalizarse y de decir que no tengo corazón».

– «No, no –me respondió–, yo misma te mando coger el trompo e ir a jugar durante una hora en el desván del noviciado. Allí nadie te oirá, y si alguien se da cuenta le dirás que te lo he mandado yo. Vete ya, me gusta mucho pensar que vas a divertirte[23]».

*

«Cuando esté en el cielo –me dijo–, tendréis que llenar a menudo mis manos de oraciones y de sacrificios, para darme el gusto de arrojarlos como una lluvia de gracias sobre las almas»[24].

---

[23] Carta a la madre Inés de Jesús, Viernes Santo 1906 (UC, pp. 700s).

[24] NPPA (Cuaderno rojo, p. 102); UC, p. 506.

Septiembre

Ocho días antes de su muerte, yo había estado llorando durante toda la recreación de la noche, pensando en su próxima partida. Ella se dio cuenta y me dijo:

«Has estado llorando. ¿Lo has hecho en la concha[25]?».

No podía mentirle..., y mi confesión la entristeció. Continuó:

«Me voy a morir, y no me quedaré tranquila respecto a ti si no me prometes que vas a seguir fielmente mi consejo. Lo considero de capital importancia para tu alma».

No tuve más remedio que rendirme, y le di mi palabra, pidiéndole sin embargo, como una gracia, permiso para llorar libremente su muerte[26].

*

El día de su muerte, después de Vísperas, fui a la enfermería, donde encontré a la Sierva de Dios sosteniendo, con ánimo invencible, las últimas luchas de la más terrible agonía. Tenía las manos completamente amoratadas, las juntaba angustiosamente y exclamaba con una voz que la sobreexcitación de un intenso sufrimiento hacía clara y fuerte:

«¡Dios mío..., ten compasión de mí...! ¡María, ven en mi ayuda...! ¡Ay, Dios mío, cuánto sufro...! El cáliz está lleno... ¡Lleno hasta los bordes...! ¡Nunca voy a saber morir...!».

– «¡Ánimo!, le dijo nuestra Madre, estás llegando al final. Un poco más y todo habrá terminado».

– «¡No, Madre, todavía no ha terminado...! Estoy segura de que seguiré sufriendo así durante meses».

– «Y si fuera la voluntad de Dios dejarte así un largo tiempo en la cruz, ¿lo aceptarías?». Con un acento de extraordinario heroísmo contestó:

---

[25] Una concha de mejillón que Teresa utilizaba para sus trabajos de pintura. Había mandado a su novicia, sor María de la Trinidad, que cada vez que le vinieran ganas de llorar recogiera en ella las lágrimas.

[26] «Conseils et Souvenirs», de la *Histoire d'une âme*, 1899, pp. 280-281 (UC, p. 701).

«¡Lo acepto!».

Y su cabeza volvió a caer sobre la almohada con una expresión tan tranquila y resignada, que no pudimos contener las lágrimas. Era exactamente idéntica a una mártir a la espera de nuevos suplicios. Yo abandoné la enfermería, incapaz de soportar por más tiempo tan doloroso espectáculo. Ya sólo volví con la comunidad para los últimos momentos, y fui testigo de su hermosa y prolongada mirada extática en el momento en que murió, el jueves 30 de septiembre de 1897 a las 7 de la tarde[27].

SOR TERESA DE SAN AGUSTÍN

Julio

– *«Dime si has tenido luchas».*

– «Pues sí, las he tenido. Tenía un temperamento nada fácil; no lo parecía, pero yo lo sabía muy bien. Y puedo asegurarle que no he pasado un solo día sin sufrir, ni uno solo».

– *«Pues creen que no las has tenido».*

– «¡Ay, los juicios de las criaturas! Si no ven, no creen[28]».

*

– *«Hay hermanas que piensan que sufrirás los espantos de la muerte».*

– «Todavía no han llegado. Si llegan, los soportaré; pero si los sufro, no bastarán para purificarme, no pasarán de ser una simple lejía... Lo que necesito es el fuego del amor[29]».

---

[27] PO, p. 472 (UC II, pp. 581s).

[28] *Souvenirs d'une sainte amitié*, p. 12; UC, p. 706.

[29] *Ibid.* (UC, p. 354).

SOR MARÍA DE LOS ÁNGELES

La madre Inés de Jesús le decía, un día en que la comunidad estaba reunida en torno a su lecho: «¿Y si arrojaras flores a la comunidad?».

«No, Madrecita –respondió–, no me pidas eso, por favor; no quiero arrojar flores a las criaturas. Quiero, sí, arrojárselas a la Santísima Virgen y a san José, pero no a las demás criaturas[30] ».

*

Algunos días antes de la muerte de la Sierva de Dios, habían llevado la cama, que tenía ruedas, al claustro.

Sor María del Sagrado Corazón, jardinera del patio, que estaba a su lado, le dijo: «Mira este retoño de rododendro que se está muriendo, voy a arrancarlo».

«Sor María del Sagrado Corazón –le contestó, con voz lastimera y suplicante–, no te entiendo... Te pido por mí, que voy a morir, que perdones la vida a ese pobre rododendro.».

Tuvo que seguir insistiendo, pero su deseo fue respetado[31].

SOR AMADA DE JESÚS

En los últimos días de septiembre de 1897, en que la debilidad de nuestra querida Santa no le permitía ya moverse, teníamos que colocarla momentáneamente en una cama provisoria, para arreglar su cama de enferma. Viendo el apuro de las enfermeras, que temían hacerle daño, dijo:

«Creo que sor Amada de Jesús podría cogerme fácilmente en brazos. Es alta y fuerte, y muy tierna con las enfermas».

---

30 PO, p. 415 (UC, p. 708).

31 Hojas sueltas añadidas al NPPA (UC, pp. 466s).

Llamamos, pues, a la hermana, que levantó a la santa enfermita como si fuese una ligera carga, sin darle la menor sacudida. En aquel momento, con los brazos alrededor de su cuello, nuestro ángel le dio las gracias con tal sonrisa de cariñosa gratitud, que la hermana no olvidó nunca aquella sublime sonrisa. Y hasta llegó a ser para ella una especie de compensación por el pesar que sintió de haber sido la única que no oyó la campana de la enfermería que convocaba a las hermanas en el momento supremo de la muerte más bella que jamás se vio en el carmelo de Lisieux[32].

ANÓNIMO

Le preguntaban bajo qué nombre habría que invocarla cuando estuviese en el cielo.

«Llamadme *Teresita*, contestó humildemente[33]».

[32] Circular de sor Amada de Jesús, 17 de enero de 1930; cf. PO, p. 573 y PA, p. 408 (UC, pp. 481s).

[33] «Conseils et Souvenirs», de la *Histoire d'une âme*, 1953, p. 248.